

**ANTOLOGÍA CRIATURAS MÁGICAS**  
**“DOS ISLAS, DOS MARES...”**  
**TOMO II**  
**CUENTO**



**COMPILACIÓN**  
**MARIÉ ROJAS TAMAYO**  
**BARTOLOMÉ ADROVER GUERRERO**

## La dama de blanco

Batallón de Infantería N° 5.

Año 1983, Río Grande en la mágica Isla de la Tierra del Fuego. Una noche interminable de invierno en la cual un soldado vuelve a relatar ciertos hechos al capitán médico.

El conscripto es José Alfredo Muñoz, que está promediando su servicio militar obligatorio y pertenece a la clase que reemplaza a los veteranos de la guerra de Malvinas. Mientras se desarrollaba la contienda, él la vivió desde sus diecisiete años como el resto del país ¡por televisión!, y con el ánimo de estar viendo un encuentro futbolístico.

La instrucción militar había sido dura, pero también pudo conocer por relatos, la terrible realidad de la guerra que vivieron sus compañeros de las clases anteriores.

Pero el ya no es el niño grande que hace seis meses trajeran desde Buenos Aires, ahora se siente un hombre como el que más, y no por el sólo hecho de haber aprendido a disparar un fusil, ahora puede entender la real dimensión física de la Patria, que la Tierra del Fuego no es sólo un triangulito que alegra la terminación del mapa, al contrario, aquí puede palpar el empuje de unos miles de compatriotas que intentan forjar otro destino. Puede sentir que la bandera lo representa, que es algo más que un paño para decorar mástiles, ya que cada día que se iza le muestra a varios millones de mortales que tienen un destino común, es el símbolo que determina los alcances de una tierra que merece su lugar entre las naciones.

En el ambiente casi rústico, pero confortable, de la cocina del batallón, el conscripto vuelve una y otra vez a decir: “Se lo juro doctor, es verdad”. El médico lo mira con algo de sorna en los ojos. “Seguramente ese día te tomaste algo de más Josecito”. “No, doctor ni una gota de nada, y eso que el frío mataba, vea”.

Dos o tres muchachones que los rodeaban soltaron la risa. Mientras el mate circulaba, José Muñoz volvió a su relato una vez más.

“Eran como las dos de la mañana, un frío terrible, ustedes saben, no fue hace mucho, casi un mes, estaba de imaginaria, allá sobre la avenida, la que da al monumento ¿vía?. Y bueno, iba y venía dentro de la caseta para no congelarme los pies. Pero nada, llamé por el handy a Gómez que estaba en la otra punta, para ver si no se había dormido, no, él también estaba como yo, muerto de frío pero despierto. Dejé el fusil en el piso y prendí un pucho, mirando siempre para el mar. Y entonces la vi, era una mujer alta, con un vestido blanco, largo, como esos de fiesta. Me quedé duro, porque la mujer caminaba por la barda como sin tocarla. Se fue acercando cada vez más y la pude ver mejor, tenía el pelo claro, como rubio, y suelto, caminaba despacio hacia la caseta, parecía como que tenía algo en las manos, pero no podía distinguir bien que era.” “No se veía a nadie por la avenida, ni un auto, ni un cristiano, nadie, y yo decía para mí: ¿de dónde

salió esta mujer?”. “La verdad, que tenía flor de susto, y no sabía que hacer, casi me quemo los dedos con el cigarro, lo quise llamar de nuevo a Gómez, pero el handy estaba mudo”. “Entonces me asusté más, agarré el fusil y salí afuera, y di la voz de alto, pero la señora pasó de largo a unos metros de donde yo estaba y desapareció.” “Ahí pude ver lo que llevaba en la mano, era un ramo de flores con algo que flotaba, capaz que era una cinta, no sé, pero les juro que la vi”.

Todos se quedaron mirándolo, alguno que otro soltó una risita incrédula, el doctor también sonrió. Solamente el soldado Quispe se quedó serio, mirando el piso, como meditando. “Yo también la vi”, dijo despacio. Todos volvieron la cabeza hacia él. Era un muchacho grandote y fuerte, con la piel, y el pelo rapado bien oscuros, denotando a la legua su origen del altiplano jujeño. “Sí, la vi, el mes anterior, justito para el aniversario de lo del General Belgrano, lo del hundimiento. ¿Vio doctor? ¿Se acuerda de eso, no?”. El médico lo miró ya no tan sonriente, “¿Y por qué no dijiste nada?”, preguntó. “Porque nadie me iba a creer, pero ahora que él lo dice, yo también lo digo”. “¿Así que teníamos una dama dentro del batallón y no sabíamos?”. Dijo el soldado Castro, un abogadito joven y porteño, que hacía el servicio después de terminar la carrera. Dijo esto riéndose sin dar importancia a la cara de los demás. “Sería un fantasma agradable de encontrar, ¿no les parece?”. Todos festejaron el chiste.

Sin embargo, varios no se rieron y quedaron esperando la palabra del médico.

“¿Saben que vamos a hacer?. Vamos a ponerlo a Quispe de guardia otra vez, a ver. ¿A cuánto estamos hoy?. Primero, justo, mañana se cumple un año y tres meses del hundimiento del crucero General Belgrano. Que él, que ya la vio, se quede en el puesto de la avenida y Muñoz en la de la otra esquina, a ver que pasa. ¿Les parece?.”

Todos movieron la cabeza, asintiendo, Quispe y Muñoz se miraron con los ojos agrandados, pero no pudieron decir que no. Y todo quedó decidido.

2 de Agosto a las 2.30 de la madrugada.

El soldado Quispe estaba en su puesto. El frío no lo dejaba en paz, pero caminaba a paso firme para que los pies no dejaran de sentirse a través de las gruesas botas. Llamó a Muñoz por el handy, ninguna novedad. Todo tranquilo. La noche estaba clara, se veían las estrellas y todas las constelaciones, miró hacia el mar, nada. Volvió a caminar. Abrió de nuevo el handy, “¿Muñoz, todo bien?”. “Sí, nada ché, mirá si veo algo, largo un tiro te parece?”, contestó la voz algo nerviosa del compañero. “Bueno, dale, yo hago lo mismo”.

Cuando apagó el comunicador, Muñoz vio claramente por la ventana de la caseta la figura de la mujer avanzando como en el aire. La boca se le secó de golpe, las manos se le quedaron quietas sobre el fusil. Quiso moverse y no pudo. La figura pasó junto a la caseta ante sus ojos horrorizados, en dirección al otro puesto de guardia.

Sólo reaccionó cuando escuchó el disparo, y llamó entonces al puesto de guardia principal, echó a correr desarmado hacia donde estaba Quispe.

Vio a lo lejos las luces del jeep de la guardia que se acercaba, pero él llegó primero. El soldado jujeño estaba tirado en el piso, con el arma en la mano aún caliente.

Llegaron tres más, entre ellos, el doctor que se agachó para revisarlo.

“Está desmayado, no es nada. ¿Qué pasó?”.

“ ¡Apareció de nuevo doctor, yo la vi, de seguro que él también!”.

El médico lo miró, Muñoz estaba pálido, le temblaban las manos.

Quispe reaccionó, diciendo, “¡Volvió, volvió! ¿ Vos la viste Muñoz?”

“¡Vaya si volvió!”. La voz de Castro se escuchó ya sin su tono sobrador,”¡Miren!”; dijo enfocando su linterna hacia un costado.

Sobre el suelo lleno de nieve, se veían marcadas las pisadas de ellos, pero un poco más allá, cerca de la caseta, un ramo de flores, azules y blancas, atadas con una cinta negra, ponían el toque de color sobre el frío suelo, como si fuera el homenaje, de una bandera a quienes habían muerto tragados por el mar.

Maryvet

***María Eva Toledo Lara***

***Argentina***

**[evym\\_t@yahoo.com.ar](mailto:evym_t@yahoo.com.ar)**

## LA CITA



Una mujer misteriosa se aparecía en las noches y entraba en el sueño de Daniel. No podía ver su rostro. Eso lo desesperaba y su descanso quedaba empeñado. Aún despierto no podía dejar de pensar en ella.

Se estaba volviendo loco. La buscaba en la calle, en el ómnibus y en el supermercado. Una fuerza misteriosa lo empujaba a encontrarla, mientras que su razón le decía que se detuviera. Estaba convencido que más allá de su paranoia esa mujer era real. Lo sentía. Pero como encontrarla...

Dejando de lado un montón de reparos y dudas, se le ocurrió poner un aviso en el periódico. Era una chiquilinada pero podía resultar. De todos modos algo tenía que hacer.

“Soy Daniel. Llegó el momento de conocernos. Dejo mi teléfono en la redacción.”

Dos días después en la contestadora una voz hermosa y suave, le dejaba una dirección. Lo esperaba el sábado a la medianoche. Que extraño, pensó. En general las citas se concertaban para la noche, pero no tan tarde. Vaya a saber. Ni por un momento dudó en que fuera una impostora, o alguien que tratara de burlarse. La voz lo tranquilizó. Estaba seguro de que se trataba de la doncella de sus sueños.

Puntual a la medianoche se presentó en el lugar indicado. Quedó sorprendido cuando se encontró con tres hermosas muchachas que lo estaban esperando. Eran unas auténticas diosas griegas, níveas, de largos bucles dorados y miradas de fuego que él interpretó como lascivas promesas. Estaba absolutamente extasiado. En ellas reconoció a la mujer buscada.

Ahora le quedaba más claro. No era un rostro el que perseguía, sino tres en continua y perfecta metamorfosis, cuyo encanto y seducción lo despojaron de la cordura. Cerró los ojos y guiado por ellas, se sumergió en los abismos de la inconciencia. Su cuerpo no existía, flotaba en las profundidades marinas, allí donde los dioses tienen su morada.

De pronto una brisa helada lo trajo de nuevo a la realidad. Abrió sus ojos y las miró. Tres monstruosos seres de enormes colmillos, manos de bronce, alas de oro y los hermosos bucles transformados en reptiles, lo miraban con sus ojos llameantes. Una de ellas, sostenía en la mano su propia cabeza erizada de serpientes. A la vez que lo miraba fijo gritaba: te maldigo a ti, mortal hijo de Perseo. Y él sin entender lo que estaba pasando fue quedando rígido hasta convertirse en un hombre de piedra.

***María Inés Dorado***  
***Uruguay***  
***[idorado@adinet.com.uy](mailto:idorado@adinet.com.uy)***

## El Guerrero

En la llanas tierras de la región de Vizah vivió un guerrero simpar al que todos respetaban y temían.

Sus valientes hombres después de cada gran batalla eran hechizados por Vizah y convertidos en insignificantes rocas hasta que el los necesitaba de nuevo.

Villiat como se llamaba el guerrero , petrificaba sus vidas con un gran conjuro del cual ningún nombre se salvaba.

Pero como todo mal tiene su fin un día también su corazón quedó hecho piedra cuando en la última de sus batallas, fue herido por un puñal que se alojó en su pecho congelando su alma.

Y cuentan, que ninguna fuerza humana pudo sacar del lugar la ancha hoja metálica enterrada en su tórax que sorprendía a todos.

El dolor lo torturaba día y noche de modo que se aisló en su tienda pero antes hizo regresar sus soldados a su pétrea condición.

Sólo y atormentado no tuvo más acompañante que un ave exótica de plumaje morado que lo miraba insistentemente.

Una noche, su pecho comenzó a latir fuertemente, un enorme jabalí invadió la tienda y sentándose en sus patas traseras preguntó sin más con voz hueca:

-¿Cómo se siente el Gran Villiat?. Estoy seguro que tus hombres, a los que has engañado una vez más convirtiendo en rocas han de sentir igual pesar.

Villiat, sorprendido salió de su doloroso estado y con voz débil dijo:

-¡Oh Jabalí! Si logras quitarme este puñal del pecho, te prometo que los libero a todos con tal de salir de este dolor.

-Pues antes debes decirme las palabras secretas del conjuro-respondió tajante mientras se acomodaba aún más tocándose uno de sus grandes colmillos como si fuera a comerse al herido.

Con sólo una frase puedes darles la libertad Tayli, Titaba, Taylitabem- dijo desesperado el señor con tal de salir de la penosa situación en que se encontraba.

-Ya lo se Gran Villiat-masculló el jabalí inquieto-serás liberado. Pero hay más, tengo una curiosidad. ¿Por qué le has hecho esto batalla tras batalla a tus guerreros?

Bajo la cabeza avergonzado y dijo humildemente:

-El poder y el deseo de poseer todas estas tierras sin que ninguno de ellos me pudiera aventajar en valentía y capacidad. Por eso usé la vieja magia heredada de mis antepasados y que nadie más conoce.

Se volvió a mover el jabalí de su sitio murmurando con el entrecejo fruncido.

-En tu pecho no habrá más dolor Villiat pero en tu corazón perdurará la pena de haber sido injusto con aquellos que te han sido fieles- y se marchó levantando el

polvo del camino por donde había venido.

Salió como de un sueño El Gran Villiat y al rato sintió una algarabía afuera. Sus guerreros desatados dejaban el polvo de las rocas y sacudiendo sus vestiduras corrían libres y felices por las llanuras.

El puñal seguía aún en su pecho destrozando las esperanzas del herido, se sintió traicionado por el jabalí. Con fuerzas arremetió nuevamente contra la empuñadura y ésta vez tuvo éxito en sacar el puñal, que realmente era gran espada y se asombró de que toda aquella hoja de acero hubiera estado en su pecho.

En ese momento el ave exótica de plumaje morado levantó vuelo delante de él y agitando sus alas en el aire dijo con voz clara:

-Villiat, el tamaño de espada da la medida de la profundidad de tu corazón; no vaciles por tanto, y llénalo del amor que te falta. De esta forma serás el mejor hombre de estas tierras. Deja la guerra y el poder para corazones más chicos y mezquinos. El tuyo necesita otras cosas.

El guerrero, emocionado besó el suelo que pisaba y dejó salir al ave que se alejó volando.

Después de lavar su cuerpo en el agua del río, utilizó la vieja magia de sus antepasados para darle color verde a la llanura donde desde ese día reinó la paz y la prosperidad entre todos los hombres.

De este modo el Gran Villiat dejó de ser un guerrero y abriendo su corazón, todo lo bello de una región llamada Vizah pudo ser disfrutado por sus pobladores.

***María Magdalena Linares***

***Cuba***

**[dmcmnao@cubarte.cult.cu](mailto:dmcmnao@cubarte.cult.cu)**



## **DOS DEL ONCEAVO**

Su llanto la coloreo de pena, así como la luna sobre la flor de cempasúchil pintaba el cementerio de color naranja. Mi tiempo ahí terminaba. De no ser porque la vi, me habría regresado a mi cama. Pero quise quedarme. Observarla. Supe que era una bruja por todas aquellas ramas que llevaba. Las veladoras y demás artículos que desconozco sus nombres, pero he visto donde leen las cartas. Tiró arena sobre la tumba. Encima unos caracoles. Algo leyó y lloraba. Las velas encendidas hicieron más calabaza la noche. Su llanto comenzó a molestarme. También el lugar tan solitario. Algunos gatos la acompañaban o tal vez se quejaban. Sentí que el ruido de sus lamentos levantaba a los muertos. Unas manos salieron de aquella lápida. Me froté los ojos incrédulo. Tomaron sus delgados tobillos y la sumergieron dentro. Borrando de mi vista su presencia. Haciendo sordos los lamentos. Quitándole la amarga vida. Dejando en mi algo que no sé explicar.

En el panteón, sobre una tumba, una bruja trabajaba.  
Sus habilidades; El amor y el llanto.  
Trataba con ellos de revivir a su amado.

***Mariel Turrent Eggleton***

***MÉXICO***

**[mariel\\_turrent@yahoo.com.mx](mailto:mariel_turrent@yahoo.com.mx)**

## ALGUIEN

Lucho giró la cabeza porque presintió que alguien lo seguía. No había nadie pero sin embargo palpó su existencia. Había pasado por una dificultad un tanto traumática, por eso pensó que podía haberlo afectado. Siguió caminando y se detuvo bruscamente porque sintió en su nuca una mirada penetrante y buscó sin encontrar de donde provenía. Creyó estar más afectado de lo que imaginaba y palideció. Sus manos en los bolsillos apretaron su cuerpo sin sentirlo, la gente pasaba a su lado y lo traspasaba como si no existiera, pero alguien sí lo veía y se paraba a su lado, se colocaba bajo sus pies hasta sentirse pleno.

***Marta Multini***

**ARGENTINA**

**[emizorzut@netverk.com.ar](mailto:emizorzut@netverk.com.ar)**

## Los cuentos de Pedro

Dudaba al definirlo. Era ingenuo o estúpido. ¡Era un plomo!

No quería compartir con él un café, cada tarde, a la salida de la oficina. Ya me había fastidiado bastante con cuentos de “aparecidos” que supuse, eran resabios de su vida en el campo antes de que decidiera no deslomarse sobre la tierra y venirse a la Capital.

Comencé a intentar perderlo, pero no era fácil. Si retardaba mi salida, Pedro me esperaba sin impacientarse; si me iba de pronto, me alcanzaba antes de llegar a la calle, con el saco en la mano y llamándome a los gritos. Al doblar la esquina me obligaba a entrar al bar precediéndome entre las mesas. Se sentaba con una sonrisa y pedía “lo de siempre”, sin la menor duda sobre el placer que yo sentiría por estar con él.

En forma inevitable sus narraciones se instalaban en la conversación. Me resignaba como en tantas rutinas, luego del proceso de adaptación en el que estudié su personalidad.

“La luz mala”, “El alma en pena”, “El espíritu del angelito” o “La cola de Satanás”, eran expresiones que no me alteraban tanto como sus dramatizaciones: agrandaba los ojos o mostraba los dientes recreando al vampiro que resultó ser el capataz de una Estancia o lanzaba quejidos espeluznantes cuando se refería al fantasma que volvía al bebedero en busca de su caballo preferido.

Traté de hacerle notar su insistencia en temas nada agradables y poco creíbles pero él seguía; solo evidenciaba que entendía mi falta de confianza sobre la veracidad de sus relatos, anteponiéndoles un “no sé si vas a creerme, pero...”

Una tarde surgía del aljibe un cadáver, al día siguiente era Lucifer el protagonista de la historia en la que nacía un niño “poseído por el Mal”, luego un lobizón o algún espectro seguirían originándome pesadillas de las que despertaba transpirando y odiando a mi compañero y su manía aterradora.

Llegué a la conclusión de que el miedo a lo sobrenatural me había ganado. Me incomodaba sentir que una parte de mí, no participaba de la madurez ya que tenía 35 años.

Pedro seguía en su empeño haciéndome sentir el zigzaguear de una yarará sobre las brasas “¡sin quemarse!” y el roce de los tules de la resucitada que vagaba por el campo, enamorada del peón que tocaba la guitarra.

Día a día, el desborde folklórico me dejaba sensibilizado para cualquier sonido después de cerrar la puerta de mi departamento.

Una noche quedé paralizado por el crujido del sillón de mimbre “anuncio de la probable visita de un muerto”. En otras veladas mi corazón creyó agotada su resistencia, ante el insistente gota de agua golpeando en la pileta de la cocina o el chirrido de una ventana balanceada por el viento.

El Michi, cuando no salía en busca de aventuras por el techo que alcanzaba desde el balcón, me recibía en una carrera que terminaba con sus uñas en mis

tobillos, provocando que el frío me subiera hasta la raíz del cabello rememorando los colmillos del “Vampiro de los corrales”.

Bastaba que algo me trajera una imagen levantada en mi mente por las reiteraciones de Pedro, para que no me abandonara durante toda la noche, poblando mis desvelos y mis sueños.

Comencé a revisar cada rincón en mis retornos: debajo de la cama, en el placard, el baño y hasta en los cajones del escritorio.

Cada lugar una inspiración retenida y las arterias dispuestas a estallar presintiendo una presencia terrorífica. Cada comprobación, inútil para sellar el miedo pues las puertas, llaves o candados, no actuarían contra lo sobrenatural.

La pesadilla estaba alerta en la penumbra que creaba en mi cuarto, el cartel luminoso de la farmacia de enfrente a través de la ventana.

Nunca estuve seguro si después de cada crisis, me dormía o me desmayaba superado el límite de “aguante”.

Por supuesto, me levantaba agotado. Me habían hablado del Hermano Abel. Tomé el tren un sábado temprano y cuando entré a su casa en las afueras de Lugano después de la espera en la fila, contra el alambrado, me confié a la cara bronceada. Hablaba como un sabio indígena:

- Pedro te ha pegao los demonios de sus antepasados. Los cinco sentidos sirven a los malignos. En anca ‘e su vos, entraron por tus orejas y te los llevaste a tu casa. Salieron por tus ojos y ahora te rondan de día y de noche.

Era verdad, los sentía conmigo y Pedro, cada tarde, agregaba uno más.

- Tenés que devolverle sus creaturas. El las heredó de sus antepasados.

- ¡¿Cómo?! - pensé o dije.

Me explicó paso a paso, acompañando su voz con el movimiento de las manos que se elevaban y entrecruzaban como cerrando un extraño conjuro.

Mi billetera dejó lo estipulado sobre la mesa. La cordura valía y si todo salía bien, volvería para agradecerle.

Ya en el tren, recordé las narraciones que habían empujado a los monstruos a mis oídos. Debía devolvérselos esa misma noche para que siguieran con su penitencia sujetos a la vida de su heredero.

Cuando salimos de la oficina, llamé un taxi. Pedro se desorientó. Le pedí que me acompañara.

- Hoy comés conmigo- le dije.

Compré pizza y evité que hablara dispuesto a no incorporar más legados.

Tomó todo el vino que quise darle y lo rematé con cognac. Reía y lloraba hasta que se durmió sobre la alfombra. Uno a uno recordé los relatos, les dí mi voz junto a su oreja izquierda. Le devolví sin reparos sus tremendas criaturas. Gritaba. Entendí que ya estaban en sus sueños. Apagué la luz y me encerré en el dormitorio. Desde allí lo escuché llamarme, chocar contra los muebles, maldecir y vomitar.

Después de un rato, comprobé que se había ido. Cerré con llave y limpié el desastre.

Me desvestí con tranquilidad. El silencio habitaba mis oídos. Me senté en la cama. Quise murmurar mi alivio. Sentí la presión en los tobillos: algo me sujetaba contra el piso. El frío subió por las piernas desnudas. Recordé la narración que no había pasado a la oreja de Pedro: “Leandro se sentó en la cama y las manos del finado surgieron del piso. Gritó, nadie lo escuchó. Murió con los dedos fríos e invisibles, hundidos en sus tobillos”

El terror me hizo saltar. Cerré la puerta del cuarto. Caminé de la cocina al living con todas las luces prendidas, hasta que salió el sol y se terminó la hora de los espíritus.

Entendí que ya no existía otra alternativa para liberarme. Eran las siete y media. Pensé en el tercer botón de su camisa. Debía apuntar con una leve desviación hacia mi derecha.

Nunca tuve la intención de hacerlo sufrir. Sabía que mi liberación sería la suya.

***Norma Teresa Caiafa***

***Argentina***

***Correo Electrónico: [abutere@ciudad.com.ar](mailto:abutere@ciudad.com.ar)***

## **EL OJO DE LA TORMENTA**

Cuando Héctor le envió la invitación para que lo visitara después de tanto tiempo, pensó que sería algo importante de veras. Una discusión que ya ni se acordaba, los había separado. Supo que se había casado, que se había recibido y tenía un buen pasar. Leandro estaba intrigado, pero a la vez inquieto, ya que tenía que estar al frente de la clase de Historia en la Universidad a la tarde y esta invitación lo había desviado de sus planes. Al penetrar en la sala, un hálito le recorrió el cuerpo, Héctor le sonreía desde el piano, con una hermosa mujer a su lado, quién le ofreció un vaso de whisky.

-¿Recuerdas? –le dijo tocando una vieja melodía que lo trasladó a los años de postgrado. –te presento a mi esposa Celena, Celena, él es Leandro- dijo sin dejar de tocar el piano.

De pronto, un acceso de tos comenzó a retorcerle el cuerpo, supo entonces por que Héctor lo había llamado, estaba enfermo. Celena era una bellísima y joven mujer, la cual se ocupaba de su esposo en todo momento... pero él no mejoraba, al contrario, empeoraba cada día más.

Después de unos días recibió una nueva invitación, pero esta vez la noticia era muy distinta, Héctor había desaparecido. Al llegar a la casa, un despliegue policial le obstruyó el paso y tuvo que apelar a la bella Celena, quien le fue explicando la situación; hacía más de 3 días que Héctor había desaparecido. Se desató una lluvia sin precedentes, parecía que el ojo de la tormenta estuviera sobre la casa y Leandro se quedó a pasar la noche. Tarde, lo despertó un sonido, como un silbido y al seguir su rastro, lo llevó al sótano de la casa. Las luces se confundían con las sombras, pero lo que vio lo dejó paralizado. Un monstruo alado, con cabeza y pecho de mujer, cuerpo y garras de ave de presa, comía un cadáver, descuartizado, mientras los relámpagos alumbraban la macabra escena. Salió corriendo llevándose todo por delante y se encerró en su cuarto, no pudo dormir esa noche de tormenta, no pudo dormir y seguía pensando que todo había sido una alucinación, una confusión de sombras que se esfumaría al amanecer. Pero el amanecer trajo la noticia de que el cuerpo de Héctor había sido encontrado a varios kilómetros de distancia de la casa, en un estado deplorable, casi irreconocible. Celena estaba más hermosa que de costumbre, su rostro había adquirido una lozanía inexplicable, como si el tiempo no pasara para ella, joven, joven y hermosa rodeó a Leandro en un abrazo y pudo sentir sus pechos, su perfume, su carne, su olor, misterio, pasión y muerte deambularon en la noche.

-¡Dios!, ¡Que mujer! –dijo Leandro y se entregó a una boca sedienta de animales placeres.

***Mónica Suárez Marchesky***

**URUGUAY**

**[claleosu@hotmail.com](mailto:claleosu@hotmail.com)**

## EL MAGO-MAGO



Todos los años, al despuntar la primavera, se celebra en el Pantano Azul la Feria de los Milagros. Seguramente habrán oído hablar de ella. Ahí los animales se reúnen para dedicarse al fino y extraño arte de la compraventa, y el griterío puede escucharse desde kilómetros a la redonda.

Entre las historias que se cuentan sobre esta feria hay muchas excesivamente fantasiosas, y otras que no son más que simples cuentos para niños. Pero entre todas ellas hay una que quisiera contarles, que tal vez no sea la más famosa, pero sí la que conozco mejor, porque yo mismo estuve ahí presente aquella mañana en que todo sucedió.

En esa época yo no era más que un joven e inexperto ratoncito. Y lo que más me gustaba hacer era pasármela vagando por la Feria, escuchando los comentarios y las interminables discusiones entre los comerciantes y sus clientes. Era un mundo al que me parecía imposible acceder, un mundo que me maravillaba y me horrorizaba al mismo tiempo. Sin embargo, esta vez era otra cosa lo que llamaba mi atención, algo que parecía absolutamente fuera de lugar en aquel sitio.

Por todos los demonios, ¿de dónde había salido aquel pequeño lagarto verde que, entre un par de puestos de zapallos y antigüedades (porque en la Feria todos los puestos, hasta los de alcachofas, venden antigüedades), se dedicaba a repetir como un encantamiento: “Soy un Mago-Mago. Soy un Mago-Mago”? Nadie recordaba haberlo visto nunca por el Pantano. Y más que estar haciéndose propaganda como un charlatán cualquiera, parecía estar asombrándose él mismo de lo que decía. Como si hubiese estudiado magia por correspondencia y acabara de recibir sus poderes por vía telefónica hacía menos de diez minutos.

Acostumbrados a los hechiceros sombríos y seguros de sí mismos, que vendían tónicos para el mal aliento o convertían a los cocodrilos en bolsos de viaje, los habitantes del pantano no le prestaban la menor atención. Seguían con su trajinar de acá para allá, comprando y vendiéndolo todo con esa cara que pone la gente cuando quiere parecer seria y ocupada. En un cierto momento, el lagarto, para mostrarles quién era —o para demostrárselo a sí mismo—, hizo un par de ademanes en el aire con cara de concentrado, revoleó un par de rayos y centellas y ¡Jjjjjjjjtz!!!! ¡Convirtió a una margarita en una sandía! Pero los otros animales lo tomaron por un simple y astuto comerciante de verduras que trataba de impresionarlos para cobrarles más caros sus productos, y fingieron no haberlo visto.

El lagarto se quedó mirando un rato a su alrededor, esperando algún comentario, alguna mirada sorprendida, la queja de un romántico o la aprobación de un goloso. Pero cuando vio que todos seguían sin hacerle el menor caso, apuntó su mano derecha a un jabalí y ¡Jjjjjjjjjtz!!!! ¡Le hizo crecer en la trompa una espada, con empuñadura y todo! El animal, enloquecido, se lanzó con la cabeza hacia abajo sobre todo lo que tenía por delante, causando un revuelo de escasa envergadura. Unos pocos minutos después todo había vuelto a la normalidad, y todos lucían otra vez indiferentes: a su criterio, el lagarto no era más que un desesperado vendedor de armas blancas. Un par de fanáticos de los artes marciales se le acercaron para preguntarle precios. El mago se puso aún más verde de lo que era por la furia y empezó a lanzar sortilegios de fuego en todas direcciones.

—¡Soy un Mago, ¿entienden?! ¡Soy un Mago, maldita sea!

¡Jjjjjjjjjtz!!!! ¡Bolas de fuego volaban por todas partes! ¡Jjjjjjjjjtz!!!! ¡Todas las estanterías de la feria se quemaban! ¡Y las criaturas del pantano, aterrorizadas, corrían, volaban o reptaban lejos de ahí para esconderse entre los altos árboles!

—¡Es un mago! ¡Es un mago! —gritaban, pero en su voz no había admiración sino sólo espanto. El lagarto, confundido, gritó:

—¡No, no! ¡Tranquilícense!

—¿Cómo “no”? ¿Sos un mago o no sos un mago? —le preguntó una vieja lechuga sin alas que, cojeando, iba alejándose muy lentamente del lugar. Y varios animales detuvieron también su huida para escuchar la respuesta.

—Sí, lo soy. Y mi nombre es Abdul.

—¡Es un mago! ¡El mago Abdul! —volvieron a gritar todos, corriendo a refugiarse entre el barro o entre las hojas de los sauzales. Pronto no quedó nadie alrededor del lagarto-mago, que se sentó en una piedra a meditar sobre lo sucedido, mordiéndose los dedos —pues es sabido que los lagartos carecen de uñas. Sintió calor, y con un gesto apagó las llamas que aún quedaban en los puestos cercanos. El silencio era completo; sólo se oía el leve temblor de alguna rama chamuscada a punto de desplomarse.

De pronto, una voz muy pequeña y muy aguda dijo:

—Bueno, sí, sos un mago. ¿Y qué?

La voz parecía venir de las altas alturas. El lagarto levantó la cabeza, no vio a nadie y dijo:

—Dios, ¿eres tú?

—¡No, tonto! ¡Pretendés ser un mago y no podés ver más allá de tu nariz! ¿No me ves, acá, en la rama del árbol?

—¡Ah, un gorrión! ¿Qué pasa? ¿Por qué huyeron todos?

—¡Y todavía lo preguntás! ¿Qué estás buscando? ¿O estás sencillamente mal de la cabeza? ¡Por todos los santos, ¿por qué le prendiste fuego a la Feria?!

El lagarto se ruborizó —lo que dio por resultado verde + rojo = una suerte de violeta.



—¡Porque nadie quería escucharme!

—¿Y qué cosa tan importante tenías para decir, muchachito?

—Bueno, justamente, ¡que soy un Mago!

—¡Ah, era una especie de publicidad! Pero me temo que tu campaña no haya sido de las más efectivas: si tu plan era atraer clientes, creo que estás jodido. De hecho, ¿qué es lo que estás ofreciendo?

—¡Ya veo que para ustedes no existe más que comprar o vender! ¡Soy un Mago, y se supone que la gente debe saberlo si necesita recurrir a mí en caso de necesidad!

—Bueno, acá la gente no necesita demasiado seguido que le incendien la casa, ¿sabés?

Otros animales se habían ido acercando, al ver al hechicero loco hablando tranquilamente con aquel pequeño gorrioncito. Después de escuchar la última réplica, una comadreja se atrevió a decir:

—¡Sí, mirá el desastre que hiciste!

El pequeño lagarto la miró espantado, y esto terminó de infundirle coraje al resto de los animales.

—¡Deberían encerrarlo! —gritó un ratón.

—¡Sí! —asintió una rana—. ¡Encerrarlo!

—¡Es un criminal! ¡Miren cómo dejó mis verduras! —gritó la comadreja—. ¡Deberían prohibirle a esta gente el ejercicio de la magia!

—¡No, es un farsante! ¡Es tan mago como puedo serlo yo! —aseveró el hipopótamo, y todos se echaron a reír—. ¡Habría que darle una lección!

—¡Sí, una lección!

—¡Sí! ¡Es un fiasco!

—¡Un fiasco!

—¡Maldito impostor! ¡Ahora vas a ver cómo convierto tu cuerpecito en unas cuantas latas de tomate vencidas y chorreantes!

Abriéndose sitio, el gigantesco hipopótamo avanzó hacia el lagarto, que parecía haber enmudecido de la impresión. Pero se recobró a tiempo y gritó:

—¡No se acerquen! ¡Soy un Mago!

—¡Un mago, sí! ¡Ja, ja, ja! —le contestó el hipopótamo.

—¡Mago de cumpleaños, eso es lo que sos! —gritó una garza.

Exasperado, el lagarto hizo el mismo pase de la vez anterior y otra vez ¡Jjjjjjjjtztz!!!!, salieron disparadas un montón de bolas de fuego en todas direcciones.

—¡Soy un Mago! ¿Entienden? ¡Un Mago!

Al ver la lluvia de fuego que caía sobre ellos, todos los animales, con el hipopótamo a la cabeza, se dieron nuevamente a la fuga, gritando:

—¡Un mago! ¡Es un mago!

Cuando se quedó solo una vez más, el lagarto, preso de la peor de las desilusiones, suspiró y, después de pensarlo un momento, hizo el truco más difícil de todos: se desapareció a sí mismo.

Y nunca nadie volvió a verlo por la zona, ni por ninguna parte.

***Pablo Krantz***

**ARGENTINA**

**[porcamiseriarecords@yahoo.com.ar](mailto:porcamiseriarecords@yahoo.com.ar)**

## LA MEIGA.

Se llama CHOCALLA aunque su verdadero nombre sea MARUJA. Todo el mundo la conoce, por el seudónimo. Es tremendamente morena de tez, resaltando los ojos muy verdes y según cuentan, su aspecto tan cetrino es herencia de su Bisabuelo que era Moro ahora se les llama marroquíes, árabes o afro continentales, aunque también me gusta más llamarles Moros.

Es MEIGA también por herencia. Su madre lo fue, su abuela lo fue, su bisabuela lo fue y supongo si sigues bajando por su árbol encontrarás más. Durante mucho tiempo se le tuvo en estima por su condición de curandera y arregla brazos, piernas, articulaciones. Aunque en todo secreto se la visitaba para solicitud de ayuda “espiritual”, nadie lo confesará jamás y jamás ella comentó nada.

Vive en la aldea donde tengo la casa que compré, donde había nacido mi abuelo y donde tengo ahora los perros. En el pueblo a la casa se le llamó siempre “La casa de las Sombras”. Mi abuelo nació en ella, en esa casa, pero en el año 1928 se largó de ella con su madre, no volviendo a la aldea más que de visita alguna vez y vendiéndola al poco tiempo. Así conocí la casa, de la mano de mi abuelo y con poquísimos años (no recuerdo cuantos pero más o menos diez años tendría) me la enseñó como:

La casa donde nací, donde estudié las oposiciones y al final vendí. Es extraño, nunca volvió a ser habitada ... Siempre por unas cosas u otras se compraba y vendía pero nadie la habitaba.

A mi pregunta de ¿por qué eso de La casa de las Sombras?, mi abuelo me dijo que eran Supersticiones Pueblerinas. Según comentan por ahí se ven sombras, se escuchan conversaciones o risas por la noche, de ahí que acabara casi en ruinas. Aquella tarde le prometí que acabaría comprándola, que aquella casa acabaría volviendo a ser “*de la familia*” y mi abuelo se lo tomó como una chorrada de Nieto de Diez Años. ¡¡Pues la compré!!, ahora es mía. En menos ruinas, con las Sombras desaparecidas y sin escuchar más risas dentro que las mías y de mis amigos.

Bueno vale ... lo de las Sombras tenía su explicación. Estaba llena de Espíritus (aunque a ellos no les gusta que les llame así ), eran mis ANTEPASADOS esos que no sabía quienes eran, que los que no sabía como comunicarme, que ni idea de lo que me pasaba pero notaba que no estaba solo. Bien, pues conseguí comunicarme y conseguí tener una muy buena relación con ellos.

Pero volviendo a la Meiga que me voy del tema.

Recién comprada la casa (hace cosa de pocos años), toda la Aldea se puso muy contenta. En principio porque volvía a tener dueño, segundo porque suponía darle vidilla a la zona el que me pasara por allí y todo lo que ello lleva consigo. Pero no, hubo una UNICA persona a la que le agradó de forma distinta la compra, esa persona era CHOCALLA. Se me acercó una tarde, me paró en el camino, me tomó por un brazo y me dijo:

RAFIÑA (para el pueblo en general soy Rafiña o Rafalito sin la “e”)... Me dijo: ***Al final se salieron con la suya, solo tú podrías habitar esa casa ... No sabes como estaban todos.***

Cuando le pregunté a quienes se refería, me miró con una cara que te prometo me produjo un escalofrío. De pronto se echó a reír y cerró con sentencia:

***Ya vendrás con ellos, ya ...***

Y fui, vaya si fui.

A los pocos días de estar en la casa, llevé a mi “heredera”. Ella, la niña, lleva sangre de muchos “Ilustres personajes”. Por parte de su madre seguramente conquistadores, colonos de lejas tierras y gallardos caballeros montados en blancos corceles. Por parte de su padre (el que suscribe) lleva los genes y herencia vital de ilustres Borrachos, increíbles Mentirosos y estafadores de gran corazón. Pero en la variedad está el gusto, todo de lo mismo sería muy aburrido. Estábamos una tarde en “La Casa”, la niña jugando con los perros en la huerta y yo paseando por la casa pensando en las obras que nunca podré realizar por falta de solvencia, pero me gusta soñar. Vino la niña y TE PROMETO me dijo muy seria (con cuatro años de entonces): ¡¡Esta casa está llena de gente!! y tengo la imagen grabada de la niña (manchada completamente de tierra y barro) con Morgan y Turca (dos Boxers) a su lado mirándome con cara de “*llena, pero llena de gente*”.

Le pregunté a quién se refería, si había visto a alguien, si pasaba algo. Se abrazó a uno de los perros, se quedó mirando con una cara muy... muy... "de mi familia" y me contestó algo así como: "Llena Papi, llena de gente...".

Y parecerá una bobada, pero me asusté. Incluso me di un garbeo con la niña por toda la casa mirando si encontraba algo, pero no, no encontré nada.

Seguiré contando en otro momento...

Tengo a todos los Antepasados metiendo baza, hablando todos a la vez, no dejan escribir a uno tranquilo. Tengo dos Tatarabuelos que en cuanto no se les hace caso se ponen que no hay quien aguante.

Me tomé el Viernes libre. Me llamó mi amiga SILVIA (la argentina) volvía a Galicia con su ¿novio? y decidí no trabajar el Viernes para poder estar más tranquilo. Me fui a la aldea el Jueves, recogí a Roco, lo llevé a la veterinaria ... todo curado, todo cicatrizando bien y está para otra. Esa noche entre que arreglaba todo lo arreglable y aireaba a toda la jauría no me quedó tiempo para mucho. Eso sí, estuve con Chocalla la Meiga sentado en un banco de piedra del camino, ella aportó una cesta llena de fruta de su huerta, mientras yo solo llevaba unas botellas de vino de “mis viñedos”. Empezamos charlando de pie en el camino, acabamos sentándonos, después yendo a buscar todo esto que te cuento y hablando toda la noche.

Cuando me levanté estaba lleno de fruta y de vino. Me fui a la cama vía satélite y me quedé dormido como un bebé.

¿De qué hablamos? de todo absolutamente. Ella me habla de mis antepasados (conoció a unos cuantos y sigue empeñada en la presencia de todos ellos). No sé

si te comenté la compra de esa casa porque había nacido mi abuelo en ella, seguramente también mi Bisabuelo y a saber cuanta gente más. De hecho tiene el “Escudo de la Familia” allí luciendo. Cuando reclamo la presencia de alguno de la “familia” tengo que pensar en esa casa, no sé si lo consideran su lugar de reunión o qué, el caso es que siempre sé que están allí. Y alguno no sé quien es, a veces se me aparecen cinco o seis parientes y en el medio uno vestido con trajes medievales. No pregunto quién es, porque los demás familiares tampoco saben (los espíritus son muy suyos y no tienen la falta de elegancia de preguntarse unos a otros quienes son).

Según Chocalla estaba escrito en el destino que acabaría siendo su propietario. Nadie más apropiado para regentarla, no solo por Genes sino por ser algo así como un Elegido. Mejor no sigo contando, primero porque me da miedo revelar este tipo de conversaciones, segundo porque se ofenden... ahora mismo estoy rodeado de antepasados que me están poniendo a parir.

¿Que no te lo crees?... pues allá tú.

El caso es que la noche estaba fresquita, la conversación con ella es amena y las horas se pasaron volando. Allí los dos sentados, con Morgan y Turca echados escuchando y solo levantándose cuando veían pasar un gato. Salían corriendo detrás y volvían al poquito rato para volver a acostarse a nuestros pies.

Lo que sí puedo revelar fue la mil veces comentada historia del “ahorcado”. Y es que me la contó mil veces y las mil la escuché embebido, como si no la hubiera escuchado nunca.

Según cuentan (no solo la Meiga, sino todo el pueblo) era común en la noche escuchar el paso de la Santa Compañía camino del cementerio. Perdón, camino del cementerio iban al final, cuando habían recogido a la víctima, lo que hacían era recoger primero a la víctima y después iban al cementerio con ella, por ese orden.

Se cuenta que hubo un buen hombre que al enterarse que su mujer le había sido infiel entró en una depresión salvaje y se ahorcó de un Roble que aún sigue allí. A la mañana siguiente la gente se levantaba para las labores del campo y se encontraron con el cadáver allí colgado, con el lógico revuelo. La Bisabuela de Chocalla también era Meiga (se pasa de madres a hijas o de tías a sobrinas) y vaticinó:

*Muerto de pena, no debe ser tocado en horas ... esperar a la noche para descolgarlo. El cuerpo debe de airearse y recibir el sol del día para purificarse sino su espíritu estará vagando con la pena durante mucho tiempo y acabaremos todos pagando su desdicha. ¡¡se lo deben llevar los Muertos Peregrinos!!.*

Al parecer no le hicieron caso. Allí llegó la pareja de la Guardia Civil, el Juez y el Señor Alcalde, decidieron descolgarlo, un funeral y al cementerio. La Bisabuela Meiga pasó el día llorando, veía venir lo que acabaría pasando y todos la tomaron por loca.

Un inciso: En gallego CHOCALLA significa algo así como MAL DE LA CABEZA.

A partir de aquel momento, las procesiones de la Santa Compañía se hicieron casi diarias, cuando antes eran una o dos veces al año. Otro inciso, si no crees en “La procesión del Santo Entierro” vente a mi casa con los perros, verás si la ves pasar por delante de casa o no.... sigo.

El Alcalde (que decidió bajar el cadáver y llevárselo de allí inmediatamente) tardó solo una semana en morir. Se cayó del caballo y se partió el cuello. Según cuentan no hubo forma de cerrarle los ojos, no es cuestión del Rigo Mortis, según Chocalla suele pasar cuando la causa de la muerte es que te vienen a buscar, que no puedes volver a cerrarlos. Dicho más claro, se apareció el AHORCADO en el camino, el susto lo mató y se cayó... Los ojos no se pudieron cerrar por eso mismo, por haber visto al espíritu de quien te viene a buscar.

Los Guardias Civiles presentes en el “levantamiento del cadáver” se rieron de Chocalla tomándola por loca. Al año uno se emborrachó y mató a tiros al compañero, antes de que lo dieran preso se colgó él también de otro árbol. Explicación Chocalla: Se cerró el círculo... el alma del penado no quedaría libre hasta que otro ocupara su lugar, de ahí que se colgara también.

Los mejores de la historia su Ex mujer (la infiel) y su Amante (el Casanova). Al ver los acontecimientos decidieron dejar la aldea. La infiel dicen se fue a América también y nunca más se supo. El Casanova no llegó a irse, no tuvo tiempo. Según cuentan se ahogó en el río, se encontró su cadáver muchos días después flotando, hinchado y comido por los peces y los bichos, en elevado estado de putrefacción... Explicación Chocalla: Debieron quemar el cadáver, porque estaba cargado de malas energías. Fíjate en el cementerio, en donde está enterrado el Casanova no crecen ni las malas hierbas y si quieres seguir mi consejo, ni te acerques a aquella zona. ¡¡Eso sí!! rézale, a distancia pero rézale... el pobre también necesitará perdón.

De la Santa Compañía había escuchado muchas historias. De muertos que esperan la llegada del “Santo Entierro” en procesión, para buscar su alma y llevarla con ellos. Suele pasar, en cuanto se tiene cerca o al alcance una leyenda, no se le presta atención e incluso diría que todo pierde encanto cuando es palpable, al menos en temas referentes a los que ahora me ocupan. Pero allí sentado, con la Meiga a mi lado, la curiosidad era más fuerte que cualquiera de mis reservas y le rogué me diera todos los detalles posibles sobre el tema.

Fue extraño, esperaba me diera una larga charla, me comentara alguna de las muchas historias que se corren de boca en boca, pero enseguida noté algo extraño y no solo no me daba detalles concretos sino que pretendía no tocar en absoluto nada referente a todo aquello. Solo con mi insistencia conseguí recibir la información solicitada, aunque antes me advirtió:

*No estas en condiciones de profundizar en todo esto. Tomarás en serio todo lo que relate y en tu condición de “elegido” puedes llegar a tener un*

*contacto directo y a veces, no teniendo un control absoluto puede tener consecuencias irreversibles.*

Era tal mi interés, mis ganas de saber más que ninguna de sus advertencias sirvió para hacerme cambiar de opinión e incluso me acomodé para escucharla. Y ella, tomando aire antes de comenzar, dejando sus manos entrelazadas sobre el regazo y como dejándose llevar en una especie de éxtasis personal, comenzó su relato desde un principio lleno de advertencias.

Un resumen de lo relatado, sería esto:

La Santa Compañía es una procesión de Espíritus (esto lo sabía). Salen solo en ocasiones señaladas con intención de recoger el alma de un moribundo, de ahí que solo se les vea en su procesión cuando cerca se espera el fatal desenlace de un vecino. La procesión es nocturna, con origen en el cementerio del pueblo, destino en el lecho del moribundo y vuelta al cementerio. Aunque nada de todo esto se puede afirmar, pues el encontrarse con la procesión significa el ser incluido en ella, no volviendo a saberse más del capturado.

Dentro de la procesión, todos en fila de a uno y normalmente embutidos en sudarios o amortajados (no olvidemos que son cadáveres) desfilan en silencio, aunque en ocasiones se escuchan cánticos a media voz. Abriendo el desfile irá uno de ellos con un crucifijo de grandes dimensiones y a continuación le seguirá otro con una lamparilla. El crucifijo se entrega al individuo encontrado en el camino y obligado a acompañarlos, solo quedando libres si en el transcurso del paseo pueden hacer lo propio con otro despistado al que se obligue a ocupar su lugar. La lámpara no les sirve para iluminar el camino, pues no les haría falta en su condición de cadáveres o espíritus, pero sí sirve para advertir su llegada y con ello poder guardarse de encontrárselos.

A continuación de revelarme todo esto, me dio una larga lista de casos de procesiones, recogidas de espíritus y los llamados “Aparecidos”. En su mayor parte almas en pena, las cuales vagan buscando el perdón o castigados sin poder pasar al “otro mundo” mientras no resuelvan algunas tareas pendientes durante su vida.

Según comentó ningún suicida pasa al “otro mundo” de forma inmediata, no por el hecho de haber dado fin a su vida de forma voluntaria, sino por el motivo que lo llevó a ello. Como ejemplo el ya revelado, del ahorcado por infidelidad de su esposa y encontrarse en esa tesitura. Esa pena, esa rabia fue el motivo de su muerte, esa precisamente es la tarea obligada antes de dejar definitivamente el mundo mortal. Esa rabia, esa pena, esa sensación, dejarla aquí antes de partir.

**RAFA PAGÁN CAMPOS**

**ESPAÑA**

**[novelosmo@hotmail.com](mailto:novelosmo@hotmail.com)**

## UNA HISTORIA DE AGUAS

*En esta combustión se pierde el mundo. En esta combustión  
yo recupero la memoria perdida de la especie (...) Violenta  
mis sentidos y llévalos a los insoportables límites de lo  
imposible.*

*Georges Bataille*



La mujer se desvió del camino y avanzó un centenar de metros. La luna llena facilitaba su marcha. Apartó con seguridad los ramajes y sorteó ágilmente varios arbustos. Al llegar a una curva del riachuelo que bordeaba el bosquecillo recién atravesado se detuvo reconociendo el sitio.

Ante ella estaba el recodo del río donde se bañó semanalmente durante su infancia y adolescencia y en el que experimentó, bajo las aguas, las primeras sensaciones de excitación sexual. También en aquel remanso, pocos años atrás, había perdido su virginidad de una forma misteriosa; tan extraña que

no lo confió a nadie, ni entonces ni después, temerosa de no ser creída y de quedar expuesta a elucubraciones molestas. Aquel día, contaba entonces con quince años recién cumplidos, sintió el mismo mareo sensual de otras veces, la humedad dentro de la humedad, la incontrolable reacción de abrir las piernas y el agradable pulsar de su clítoris por unos dedos muy pequeños, sensibles y esquivos. Fue tan deliciosa la sensación que se abandonó al lujo del placer hasta que algo se quebró en su sexo. No resultó doloroso sino más bien placentero. Un disfrute que recordó con recurrencia en lo adelante.

De nuevo se sintió sujeta por el río y su recodo. Reconoció que se mantenía intacto, con su atractivo y misterio de siempre. Era como un regreso en el tiempo.

Llevaba puesto solamente un sencillo vestido que se ajustaba a sus formas y los zapatos que se descalzó con rapidez. Alborotó sus cabellos con lo cual tersó un poco más sus breves senos. Luego se estiró completamente, irguiéndose en puntas de pies.

Un físico espléndido, su cuerpo parecía una pincelada color siena de grácil trazado. La piel cobriza y los rasgos faciales descubrían un complejo mestizaje.



Cintura estrecha, las caderas, de suave nacimiento, rompían poco más abajo en nalgas exultantes. Los muslos, lampiños como todo su cuerpo, habían sido torneados con arte, al igual que sus piernas, las que terminaban en pequeños pies. El abdomen pronunciándose ligeramente era, acaso, la única imperfección de una anatomía por la que resbalaban lujuriosas las pupilas lunares.

La cercanía del remanso, su olor a hierba fresca y los ruidos de la noche, constituían para ella una suerte de aromática droga. Respiró hondo el oxígeno impregnado de monte. Pronto sintió lo que hubiese sido imperceptible para otros. El éter se cargó de una miríada de signos que la envolvieron en un halo invisible. Comenzó a musitar una plegaria mientras se frotaba los pezones con las palmas de las manos. Ebria de libido experimentó nuevamente como se humedecía con abundancia el montecillo pélvico. Era la señal. El enigma se repetía dando comienzo a un antiguo ritual, remoto como las edades de la especie. Nada podía detenerla. Se acercó a la orilla y mojó sus pies en el agua. Luego avanzó con lentitud removiendo el ondulado tapiz de la superficie. Cuando estuvo sumergida hasta los hombros se detuvo con expresión ansiosa. Esperaba algo.

Se produjo, entonces, una mutación sorprendente. A los pocos minutos el agua comenzó a reverberar y a despedir un tenue vapor. Un chisporroteo fulgurante como de finos surtidores de diamantes rodeó a la joven. Los vapores se alzaron adquiriendo tonos malvas y verdes. La atmósfera, enrarecida, la envolvió totalmente.

Unas manos pequeñas la tomaron con lascivia por los muslos y le acariciaron las nalgas, sobándolas. Cuando algo duro comenzó a golpear suavemente sus piernas, la mujer buscó a tientas bajo el agua hasta encontrar el objeto.

Lo palpó, probó su consistencia apretándolo; sin más, entreabrió sus piernas y las dos manos la sujetaron por el nacimiento de los muslos. El objeto se desplazó hasta situarse justo debajo del sexo de la joven. Excitada, con voluptuoso contoneo de caderas y el bajo vientre, comenzó a acariciar la extremidad, rozándola con los labios exteriores de la vulva. La cabeza del pez ciego tanteó el umbral de la caverna marina.

El silencio cayó súbitamente sobre el lago. Los ayes de placer de la joven se escucharon con mayor claridad. Frigor de quejumbre. Ningún otro ruido se percibía. Ni el croar de las ranas, ni la desordenada sinfonía de los insectos o el ulular de las lechuzas. Mucho menos los ladridos de los perros jíbaros, nada, sólo el silencio denso y final del vacío cósmico.

La mujer fue empujada hacia la orilla. Se dejó conducir sin soltar el duro y grueso miembro que tanto placer le estaba proporcionando.

Ya fuera del agua, incapaz de soportar un segundo más el deseo febril que la consumía, se introdujo con fuerza el monolito y comenzó a trotar sobre él. En cada movimiento lo encajaba más hondo dentro de sí y, a cada penetración, éste aumentaba más su grosor y su largura.

La rosa babeante de su sexo se llenó del cuerpo carnosos. Los gemidos se trocaron en lamento atravesando en todas direcciones el silencio abisal. Las manos crispadas de la mujer pasaban bruscamente de la cara a los senos y de estos a la cabellera en incontrolados movimientos. Dominada por la intensidad del goce mordía desesperada las manos, tratando de evitar los gritos que se escapaban de sus entrañas; la cabeza hacia atrás arqueando la espalda, los senos cortando con sus duras puntas la nube vaporosa.

La temperatura del lugar se elevó a niveles infernales. Los dos amantes sudaban copiosamente a lo que contribuía el ritmo frenético de la cópula y la pasión que ponían en fundir los dos cuerpos.

El disfrute la llevó a graduaciones de irracionalidad, una tensión que formaba parte de la ordenanza secular que le llegaba a través de los sentidos.

La torre de carne la socavaba en su eje y el placer comenzó a confundirse con el dolor. Placer y dolor, pareja inseparable de sensaciones que confluyen y se alternan. El disfrute sexual mezclado con el sentimiento de auto-destrucción: fronteras que se entrecruzan. Una sensación llevaba a la otra y al invertirse el ciclo éste se hacía interminable. Trepidante movimiento pendular. Violencia y placer. Milenios de cópulas se concentraban en aquella cabalgata única sobre la arena y la grava. Cada ascenso era una liberación, cada caída un nuevo destroz ocasionado por el promontorio masculino, tan desgarrador como apetecido e inevitable.

Los estremecimientos del clímax llegaron uno tras otro. Apoteosis del límite; vértigo. Los ayes fueron ahogados por el cisma del flujo sanguíneo en el cerebro de la muchacha. Claroscuros en sucesión; la nube de oro. La mente de la joven se apagó súbitamente y el cuerpo espasmódico se rindió a la fuerza bruta que taladraba su centro. Un mar de latidos la cubrió por completo.

Cuando pudo recuperarse, extrajo la palpitante serpiente y comenzó a frotarla contra su rostro. Lamió así la capa de miel que aún la recubría. Lo hizo con tanta fruición que olvidó por completo el dolor en su castigado sexo: el don del dolor, tan antiguo como la primera víctima. De la rosa ígnea manaba el semen

mezclado con hilos de sangre. Cuando la columna comenzó a perder vigor y a curvarse bajo su propio peso, la joven se desplomó de espaldas, extática, exhausta, pero sin soltar su presa.

Un enano moreno de cabeza oblonga y cabellos hirsutos, de abdomen pronunciado y desmesurado ombligo, retiró su gigantesco falo de las manos de la muchacha y retrocedió hacia el estanque arrastrando el apéndice sobre las lisas piedras de la orilla.

Al llegar al agua viró el rostro hacia la muchacha. Una mirada llameante, de basilisco, horadó el manto nocturno recorriendo por última vez el cuerpo derrotado de la hembra.

Cargando el miembro con ambas manos lo hizo descansar sobre su hombro. En un instante sumergiéndose por completo en el río. Una vez desaparecido bajo la superficie de las aguas, la noche recuperó sus ruidos. Era como si la fluencia del tiempo, detenida desde que la mujer entró al remanso, hubiese recuperado su curso.

La joven, con la mirada perdida en las negras aguas, se vistió y emprendió el camino de regreso.

***Rafael Acosta de Arriba***  
***La Habana, mayo de 1994***  
**[cnap@cubarte.cult.cu](mailto:cnap@cubarte.cult.cu)**

## ANERIS

El azar me regaló con el privilegio de nacer sirena

Nunca supuse que la vida en el mar iba a ser tan dura y complicada como estaba resultando la mía, ¿por qué los pulpos, a pesar del enredo que suponen sus ocho patas y sus adherentes e incómodas ventosas, alcanzan una soltura y rapidez endiablada?

Ningún indicio de mi desdichada suerte me dio la estupefacta cara de mi madre al verme brotar de sus entrañas con una falta de soltura sólo equiparable a la de los estáticos erizos o las rutinarias y aburridas lapas. Pero lo cierto es que, si el genoma me había traicionado ( si es que existen los genomas traidores ), también se había cebado en mí de la forma mas cruel y retorcidamente perversa posible.

Jamás podré retozar en las rizadas espumas de los islotes o en las cálidas arenas de las playas; no, el eterno vaivén del mar no besaré mis cabellos ni jugaré entre mis senos enredándose en mi cuerpo como un río de hilos de seda.

La dulzura de la trampa de mi canto no arrastrará jamás a los marineros de torsos tostados por la sal a lanzarse a la perdición en mi búsqueda, ni siquiera podré tañer nunca el arpa o la flauta y dudo siquiera en poder articular algo parecido a un canto o a un sonido delator de mi presencia.

Pero lo verdaderamente nefasto de mi caso es la nula capacidad adaptativa de mi cuerpo a cualquiera de los medios dominantes donde sobrevivir; es cierto que mis torneadas y fuertes piernas me otorgan una resistencia envidiable para cualquier ser en los desplazamientos por tierra firme, pero mi respiración branquial hace totalmente imposible mi estancia pie a tierra por mas de unos instantes sin el peligro de perecer de una hipoxia casi fulminante.

¿Y mi estancia en el mar, preguntareis, no es mejor ni mas segura que mi estancia en tierra?, mis torneadas y fuertes piernas, envidia de las pobres terrestres, son apenas dos muñones, dos inútiles apéndices incapaces de dar velocidad y prestancia a mis movimientos en una huida o una persecución en pos de una presa o un coito difícilmente culminable (los peces machos tienen un pene totalmente incompatible con mis genitales) además, mis piernas y el fuerte olor de mis feromonas los repele y les priva de toda atracción reproductiva hacia mí.

A veces aparecen en mi cabeza toda esta serie de extrañas articulaciones, que los animales de la tierra llaman pensamientos... no se... no... ¡hambre!... ¡plancton!...

***Ricard Monforte***

***España***

**[richimv@hotmail.com](mailto:richimv@hotmail.com)**

## Hija de marino, Marina

*Para los dos Marinas: la real y la soñada*

Qué otra cosa podría haber sido Androcles sino marinero, habiendo nacido en Eskiros, una de las tantas islas del Egeo. Después de todo, el verdadero hogar del hombre no es la tierra, sino el mar. Y no en balde Tales, el sabio de la ciudad de Mileto, afirmaba que, en los orígenes del mundo, el agua lo fue todo; que del agua proviene cuanto existe, incluido –por supuesto– el hombre.

Y siendo un marinero que se empleaba en embarcaciones mercantes y que andaba siempre de arriba abajo, qué otra cosa podría haberse esperado de él sino que fuera padre de múltiples hijos engendrados en diversas madres. Androcles solía afirmar (como tiempo después lo haría Sócrates) que tres cosas agradecía a los dioses: haber nacido heleno y no bárbaro, libre y no esclavo, hombre y no mujer. “Esto último –agregaba– porque los hombres llevan nueve meses de ventaja a las mujeres cuando se trata de procrear hijos y desaparecer, dejando a la pareja con la carga del cuidado de la cría.”

A pesar de que por su origen no tuvo alternativa al momento de elegir profesión, lo cierto es que Androcles tenía una auténtica vocación marina. Por eso, cuando le tocaba descansar algunos días mientras su barco se alistaba para zarpar, los empleaba yendo de pesca; lo cual era sólo un pretexto para salir otra vez al mar, así fuera en una barca y por unas cuantas horas.

El día que la encontró (aunque igual sería decir *el día que la perdió*), el mar estaba extraordinariamente tranquilo pues apenas si soplaba una débil brisa. Androcles se encontraba varado en el puerto de Caristos, esperando la salida de su barco y decidió, como siempre, matar el tiempo pescando. Sin embargo, el Egeo le contagió su modorra y no tuvo humor ni siquiera para lanzar las redes. Dejó la embarcación a la deriva y se acostó en la cubierta, permitiendo que el mar lo meciera con suavidad. Desde su posición podía ver un acantilado próximo y una ladera que descendía casi vertical hasta la playa que quedaba fuera del alcance de su vista. Podía distinguir también algunas chozas; arriba, al borde del sitio en donde se iniciaba la pendiente. Trató de imaginarse a las personas que vivían en esas chozas y decidió que sin duda serían familias de pescadores o pastores.

Cuando estaba a punto de dormirse, el ruido de un chapoteo lo trajo de regreso a la vigilia. Ella había emergido del mar y se había acodado en el borde de la barca, por afuera. Desde ahí lo miraba sugerente mientras sonreía. Era obvio que estaba desnuda, aunque el cabello le cubría el pecho. Androcles le tendió la mano invitándola a subir, pero ella sin dejar de sonreír desapareció bajo la superficie del agua. Debía ser una nadadora experta puesto que la playa se encontraba bastante lejos.

Ella emergió de nuevo a la superficie, a unos cinco cuerpos de distancia de la embarcación. Con un movimiento de su mano, invitó a Androcles a

seguirla. Él pensó que nunca había copulado en el mar. En la playa sí, pero no en el mar propiamente dicho. No tardó, pues, mucho tiempo en decidirse. Se quitó la túnica y se lanzó de cabeza al agua en persecución de la sirena.

Cuando la vio bajo la superficie, no podía dar crédito a sus ojos. Era *en efecto* una sirena. Y no sólo porque nadara a la perfección, sino porque tenía cola de pez en vez de piernas. “¿Cómo puede uno copular con una sirena?”, se preguntó Androcles sin adivinar todavía que precisamente eso era lo que ella estaba a punto de enseñarle. O mejor dicho: a punto de no enseñarle, porque las sirenas, como los peces, viviendo en un ambiente líquido, no necesitan copular para reproducirse.

La sirena tenía consigo todas las ventajas porque ella sí estaba de veras en su elemento. Podía aguantar la respiración por mucho más tiempo y se movía en el agua con mayor rapidez que su perseguidor, quien apenas pudo darse cuenta de cómo su teoría del mar como auténtico hogar del hombre se desplomaba irremisiblemente. No habría forma de acercársele siquiera a menos que ella propiciara el acercamiento. Por fortuna para Androcles (al menos, eso creyó él en ese momento) ella se mostraba bastante decidida a establecer contacto físico.

La conquista, sin embargo, no fue rápida ni, mucho menos, sencilla; aunque, eso sí, apasionante en grado superlativo. Tan pronto como él parecía estar a punto de atraparla, ella se le escabullía; ni más ni menos que como un pez entre las manos. No obstante y a pesar de sus escapatorias, cada vez que él tenía que subir a la superficie a respirar, ella lo provocaba, tal vez pensando que quería desistir. Lo seguía, entonces, y le tocaba el pecho o la espalda con la aleta caudal; pasaba por entre sus piernas, excitándolo. Y mientras él recobraba el aliento, ella llegaba de sorpresa por atrás y, poniéndole ambas manos en los hombros, lo sumergía en el agua; para en seguida darle un beso, en el preciso momento cuando él ya se contaba entre los ahogados, restituyéndole la vida con una bocanada de aire.

La sirena le fue permitiendo aproximarse cada vez más antes de escapar. Sus pechos eran definitivamente hermosos y era increíble la manera como se movían, ingrátidos, en el ambiente líquido. En uno de sus cada vez más próximos acercamientos, Androcles advirtió que ella llevaba una perla transparente en el ombligo. Al menos, eso fue lo que él supuso en un principio. Después supo que las sirenas no tienen ombligo y que la perla era, en realidad, un óvulo marino.

Hubo una última aproximación en la cual la sirena no huyó. Él estaba fascinado, contemplándola, cuando sintió la mano de ella en el escroto. Androcles adelantó, entonces, su propia mano y, apenas si había tocado uno de los pezones femeninos con la yema de uno de sus dedos, cuando experimentó el estremecimiento más intenso y gratificante que hubiera sentido jamás, al mismo tiempo que de su pene salían, una tras otra, cuatro anguilas blancas; que no de otra manera se comportaron los cuatro chorros de semen.

Las anguilas se lanzaron en persecución del óvulo, que había dejado de alojarse en el supuesto ombligo de la sirena y que ahora nadaba por su cuenta. Igual que su dueña, el óvulo se dejó perseguir durante unos momentos antes de dejarse atrapar. Las anguilas de esperma empezaron a rodearlo (“Como los anillos a Saturno”, hubiera pensado Androcles de haber vivido veintidós siglos más tarde). Acto seguido, fueron formando una especie de nubosidad alrededor de la falsa perla. Tras esa nube, aquélla dejó de ser visible. Finalmente la niebla espermática comenzó a expandirse y a desvanecerse hasta diluirse tanto en el agua salada que desapareció por completo. La fecundación se había llevado a cabo.

Cuando Androcles levantó la vista, buscando a la sirena, se dio cuenta de que ella había desaparecido también, de que había iniciado la huida en el momento mismo de liberar el óvulo. “¿Cómo ha podido abandonar a su hija?”, pensó. Y fue entonces cuando comprendió cabalmente su verdadera situación. Habiendo huido la madre, no le quedaría a él otra salida que hacerse cargo de la cría.

Ya no podría irse en el barco que zarpaba en unos cuantos días. Ya no podría navegar más. Tendría que quedarse al menos por unos años en Caristos, cuidando de su hija: de Marina, pues qué otro nombre hubiera podido darle sino ése. Lo consoló, sin embargo, el hecho de saber que, al tener que hacerse cargo de la crianza de una niña sirena, seguiría en el mar como siempre había estado y como quería estar el resto de su vida. Y vivir en el mar ahora sí significaría literalmente eso.

El marinero resultó ser, para sorpresa incluso de sí mismo, un padre bastante aceptable. Lo cual, tenía que reconocer, no fue difícil, pues la muchacha siempre le dio sobrados motivos para estar orgulloso de ella. Y se sintió todavía más ufano cuando Marina llegó a la adolescencia y comenzó a dejar nietas de Androcles regadas por todo el mar Egeo. De tal palo tal astilla.

***Ricardo Martínez Cantú***

***México***

**[rdomtz@hotmail.com](mailto:rdomtz@hotmail.com)**

## LA PLAYA DE JUNIO

*A Magdalena. A su memoria.*

Ella permaneció de pie en la playa desierta de junio, frente al inmenso mar que se extendía como un infinito desierto líquido, compacto y azul. Por sus mejillas corrían lágrimas de amor y de sal, que el viento secaba casi enseguida, aunque de ningún modo lograba impedir que volvieran a brotar, tibias y presurosas. La tarde ya estaba muriendo, al igual que su alma, y un incipiente pero constante viento helado, proveniente del este, comenzaba a levantarse.

En sus ojos brillantes, tan azules como el mismo mar, se dibujaba, con notable nitidez, la nostalgia de la hora, la fugaz y profunda sensación de abandono, la amarga certeza de la pérdida inexorable. Su hermosa desnudez, exquisita y perfecta, no se inmutaba ante el frío que, con inusual crudeza, parecía lacerar a todo ser viviente. Su pelo largo y lacio, dueño de todo el sol, de todo el oro y de todo el dorado del trigo maduro, ocultaba a veces su rostro, siguiendo los dinámicos caprichos del viento, que jugaba con él como quien juega con una marioneta, manejándola a su antojo y voluntad.

Nosotros, la niña y yo, la observábamos desde la cima de un médano, a una considerable distancia, detrás de ella. Su mano tibia y diminuta entibiaba la mía, que la envolvía con cariño y con delicadeza. Ella también lloraba. Lloraba ausencias, lloraba adioses, lloraba vacíos. Lloraba preguntas que su corta edad se negaba a entender. Preguntas que formulaba en la más completa oscuridad y para las cuales no había respuestas, porque una de las respuestas a esas preguntas era ella misma: la niña que siempre había sido distinta. La niña que no era como las demás. La niña a la cual yo, accediendo a un ruego que no era de este mundo, había decidido adoptar y cuidar.

Y mientras permanecíamos allí, quietos, estoicos, tomados de la mano, ella, la figura que se recortaba contra el mar y la playa con una asombrosa palidez, tan lívida y tan distante, de repente se giró hacia nosotros. Y de inmediato adiviné su sentir, reflejado en su rostro sufriente. Un sentir cargado de dolor, de nostalgia, de angustia. Un sentir delicado y lastimoso, frágil, tan frágil como el cristal. Luego, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, levantó uno de sus delgados brazos y nos buscó con su mirada. Agitó su mano con suavidad, intentando un último saludo, un último gesto desesperado e inútil, un último recuerdo tal vez. Nos sonrió con tristeza y con resignación y yo apreté aún más la mano de la niña.

Finalmente nos dio la espalda otra vez y comenzó a caminar hacia el mar, internándose muy despacio en él. Antes de hundirse para siempre en las heladas aguas invernales, todavía pudimos ver, durante un brevísimo instante, cómo las aletas de su cola realizaban un sinuoso movimiento en el aire.

-Mamá...



La voz de la niña llegó hasta mí como un sereno y agrio murmullo traído por el viento.

***Ricardo Moro***

***Argentina***

***[susbatmor@hotmail.com](mailto:susbatmor@hotmail.com)***

## LOS MERMAS

Aunque inundan el bosque, nadie ha podido hacer una descripción fidedigna de los mermas. Los niños hojean libros de zoología en busca de sus formas y de sus hábitos, pero los diagramas los conducen al lobo, pues en su primera etapa un merma tiene el cuerpo de este animal. ¿Cómo identificar en una manada al merma? Un explorador armenio asegura que se debe detectar al macho o hembra más silencioso, al que suele apartarse de la manada, oler las piedras, el musgo, aullar cuando ninguno aúlla. Y es que el merma no se siente bien en ninguna compañía, la ansiedad lo devora y acaba abandonando la manada. Se interna entre las sombras, deja de cazar, duerme muchas horas, semanas enteras. Todo su cuerpo empieza a correr hacia un punto impreciso, no material, que supuestamente se encuentra en su pecho. El pelo se hunde en la piel, los colmillos en la encía. Luego se queda en carne viva, y es posible ver el movimiento de sus pulmones y el latido del corazón. Durante las primeras heladas los órganos fluyen hacia el punto espiritual en el pecho del merma. Si alguien lo encuentra en esos momentos podría apreciar como los riñones adoptan la forma de un río y los intestinos parecen cataratas. Cada hueso se vuelve un silbido del viento. Nada queda ya del lobo, el merma ha alcanzado su plenitud. Sale de la madriguera y aúlla junto a nosotros, nos muerde el cuello, nos lame la superficie del corazón, pero nada vemos pues el espíritu sopla donde quiere y su llegada es impredecible.

***Roger Daniel Vilar Fernández***

***Cuba***

***[fernands47@hotmail.com](mailto:fernands47@hotmail.com)***

## PERFUME DE DOS BESOS

Pidió el Segunda Mano estirando el brazo hacia arriba. Su pequeño cuerpo le obligaba a ese esfuerzo cada vez que compraba un periódico. El metro cuarenta de estatura era coronado por un pelo rubio brillante. Leyendo la sección de contactos personales mujer-hombre se dio cuenta de que muchos pedían poseer una empresa o tener resuelto el tema monetario. Había otros que exigían ser guapo y atlético. De pronto, uno diferente:

“Mujer, 40 años, normal, de economía media, busca señores de gran cultura para hacer amistad y charlar los fines de semana. No importa su físico ni su estado laboral. Roxana. Apdo 45006. Madrid”.

¡Ese era el suyo! Por fin una señora que no miraba el físico. Respecto al dinero, la pensión por insuficiencia cardíaca era vitalicia. Se la concedieron después de cuatro intervenciones quirúrgicas. El catorce de febrero empezaba prometedor. En la floristería compró una flamante rosa roja dentro de un estuche dorado. Introdujo una emocionada carta, plena de lírica sentimental, y su tarjeta personal con la frase: “Te mandaré una cada mañana, tu soledad lo necesita”. Lo envió certificado y urgente, para que llegase ese mismo día.

Transcurrió una semana de tremenda ilusión elucubrando sobre esa mujer, barajando hipótesis sobre su aspecto y su vida. Esa tarde el cartero le entregó un paquete: Sus manos impacientes deshicieron en segundos el embalaje. Contenía una rosa dentro de un estuche y a su lado una nota decía: “Tú la necesitas más que yo”. Recordó que esa flor roja era su regalo enviado al anuncio. Decepcionado, pasó un rato observando el aire y decidió que no volvería a escribir a Roxana.

Sonaron las doce en el carillón del abuelo. Justo encima de la rosa roja, un vaho creció elevándose hasta el techo. Los pétalos se abrieron en silencio y una masa vaporosa, encarnada, surgió desde el cáliz. Tomó forma de mujer evanescente, danzando por toda la habitación con gracilidad, como si no tuviera peso. Estupefacto, temiendo por su corazón, Gregorio se quedó quieto y pálido. La silueta se acercó, le acarició las mejillas, la boca, le empezó a desnudar. Le envolvió consigo misma y el candor devino en la excitación del hombre. Ella arriba, él abajo, una bruma femenina le hizo hervir de placer dejándole dormido tras dos largos besos en el pecho.

Cada noche se abría la flor y emergía la silueta fulgurante, cada noche Gregorio esperaba las doce campanadas para, sin palabras, sin preguntas, sin complicaciones, disfrutar de amor translúcido, dos besos y relax.

Se preguntó quién sería la mujer del anuncio, quién le devolvió su regalo con otro regalo oculto. En Correos consiguió la dirección de Roxana y, sin perder un instante, presa de la curiosidad, marchó hacia allí.

Después de tocar el timbre con insistencia, los vecinos le informaron que esa inquilina falleció el quince de febrero. Unos ladrones sesgaron su corazón con dos navajazos; ella les abrió la puerta pensando que era otro regalo

certificado. Abatido, mirando al suelo, con las manos en los bolsillos y húmedos los ojos, Gregorio se fue a casa, cogió la rosa y se dirigió al cementerio. El espíritu de esa mujer descansaría para siempre.

Era ya tarde, el crepúsculo daba al viento una densidad mayor de lo normal. Gregorio depositó la flor en la tumba de Roxana y se quedó meditando. Se formó una calima brillante que cubrió su corto físico. En silencio, sepultura, rosa y hombre fueron una sola cosa.

Por la mañana, el rocío había anegado todas las flores de la necrópolis y la humedad palpitaba suavemente. Sobre la lápida de Roxana, una flor gualda parecía llorar de belleza.

***Santiago Aguilar Alvarez***

***España***

***E-mail: [santipasnoc@yahoo.es](mailto:santipasnoc@yahoo.es)***

## NOCHES DE FIESTA

De pequeña dedicaba horas a mirar las hormigas, le gustaba hacerlo, se echaba en la hierba y solo las observaba, casi nunca intervenía, ni en sus luchas cuando se encontraban los ejércitos de las “culonas” con las “coloradas”. Alguna vez llegó a poner algún obstáculo en el camino, pero solo para ver cómo se las arreglaban para seguir su destino hasta el hormiguero, con la carga auestas, sin perder ni una sola de las valiosas piezas. Solía aplicar todo lo que había aprendido de los animales con las personas, le era útil.

Ya en su jardín, solía hablar con los gnomos para que le cuidasen especialmente ésta o aquella planta que acababa de plantar. Sabía que estaban allí, escondidos, mimetizados en el verde amarillo de las ramas y hojas. Es que la zona era húmeda, la tierra joven y esponjosa, la colonia de caracoles devoraba sin piedad todo lo que encontraba en su camino. Había que poner orden, dar tiempo a los pequeños “gajos” a enraizar, y ella sabía muy bien a quien acudir. Dormía tranquila, ellos la ayudaban a fabricar sueños.

La vida en un giro la llevó al viejo continente, a un piso de cemento en medio de la gran ciudad, ocupada en la supervivencia, se olvidó de los duendes que solían guiarla. Compró macetas, tierra y se dispuso a formar un sitio verde donde mirar. Pero esto no se parecía en nada a su recuerdo, se sentía trasplantada a un medio desconocido. El trabajo la llevaba como bólido del coche al aeropuerto, un vuelo, otro coche, entrevistas, otro vuelo, de vuelta en casa el tedio de los papeles; y el tiempo se le fue, sin reparar en la ausencia de los duendes de la noche que siempre la habían acompañado. A pesar del enloquecido ritmo que llevaba, se sentía vacía. Las noches se le hacían interminables en el insomnio. Se sentía sola, abandonada a su suerte, ya no escuchaba como antes las voces de su corazón.

Era como una hoja en el viento, sin guía, sin timón.

Una noche, dos meses atrás, una voz le musitó al oído que intentara recordar. Fue entonces cuando todo comenzó otra vez.

Hacía un tiempo un amigo le había traído a Maruja, una bruja con un libro y un caldero, la pobre permaneció guardada, oculta en la oscuridad de algún cajón. Ese día, cuando volvió a escuchar la voz, la buscó, le quitó el polvo y le dio el mejor sitio de su casa, el recibidor –la colocaré en la guardia, que controle quien entra en casa, pensó.

Luego apareció la más pequeña, Chocalla, también olvidada. Ésta en la sala de atrás, -para que cuide mis espaldas, la retaguardia.

Solas estas dos no podían permanecer mucho tiempo más, así que un día encontró en una tienda a Benjamín, un duendecillo travieso que se ríe sin parar. Lo dejó con la del caldero, para que entre ambos se acompañasen y puedan hacer mejor su trabajo. Como todo en este mundo es de a dos, era imposible pensar en la pequeña sola, sin su otra parte masculina; y así llegó David, un

duende andariego que se parece mucho al loco del Tarot. Es alto, delgado, lleva un sombrero que le cubre más de media cabeza, un palo que hace las veces de bastón, un manojo de ramas secas atado en su espalda y una bolsa, como la del Loco del Tarot, de allí su parecido.

David no puede estar quieto, a pesar de estar cómodamente sentado en una aljaba a su medida, entre las plantas de la mesa pequeña del rincón con luz, cada noche hace de las suyas; se ha ensañado con Minina, la pequeña gatita a quien nada escapa a sus curiosos ojitos que saltando de un sitio a otro intenta atrapar aquello que solo ella percibe que se mueve.

El perro, no se entera de nada, agotado de tanto movimiento invisible, acomoda su cojín, intenta un pozo con sus patas delanteras, se echa y a dormir, no quiere cuentos.

Unas noches atrás, en medio del silencio mientras leía, le pareció escuchar risas, ruidos pequeños, y cosas que se movían de aquí para allá.

En sigilo y sin encender la luz, era una noche clara y la luna entraba por la ventana, pudo ver la escena sin ser reconocida: David, inquieto como siempre, revolvía con una de sus ramas secas el contenido del caldero de Maruja, ella enfadada como suele estar, le asestaba golpes con la cuchara de madera, mientras Benjamín, desde lo alto no dejaba de arrojarles los jugosos frutos donde siempre está sentado. A todo esto, Chocalla, riendo como una loca, distraía a la gata enviándole destellos, con lo cual la pobre saltaba de un lado para otro, zarpas abiertas, sin lograr dar con su objetivo. Todo era una fiesta, en medio de aquel revuelo John Lenon desde el ordenador apagado, repetía una y otra vez Let it be, y en el ambiente se respiraba el inconfundible perfume de los azahares del limonero. El pareo hindú, azul marino con espejitos, colgado en la pared norte repicaba acompañando los tonos de los Beatles.

Regresó a la cama, ya no pudo concentrarse en la lectura, el perro seguía durmiendo ajeno a la fiesta de la sala de adelante.

Sin estar muy segura de lo que acababa de ver, se durmió.

A la mañana siguiente, al levantarse, dudó: ¿habré soñado?

Primero buscó a David, lo encontró sentado en su aljaba, mirándola con sus ojos rojos, le pareció que sonreía, el bolso le colgaba en el brazo opuesto al de siempre. Chocalla estaba en su sitio, escondida entre el espejo y las plantas del mueble negro, con el sombrero chanfleado, sus pelos se veían mas despeinados que de costumbre. A Maruja le faltaba la cuchara de madera y en su caldero había uno de los frutos amarillos de Benjamín. Éste, siempre sonriente, escondía la cuchara de Maruja fuertemente asida entre sus manos.

La gatita, dormía como un ángel.

En el aire aún se percibía el olor de los azahares.

Con el corazón pleno, rebosante de gozo, acertó:

-¡Había sido invitada a la fiesta!

Cada noche cuando se apagan las luces David abandona la aljaba, de un salto baja de la mesa, camina presuroso por el pasillo, le urge revolver el caldero de Maruja, quien cuchara en mano, lo espera para quitarle el sombrero, mientras con un gesto airado esquivo los frutos que Benjamín les arroja desde lo alto. Mientras tanto Chocalla, protestona como es, acude a poner orden valiéndose de Minina, quien erizando sus pelos, encorvándose y caminando de costado, deja pasar a los actores sin que la rocen.

Desde ese día duerme tranquila, ya no está sola, han regresado los fabricantes de sus sueños.

***Silvia Falcón Rute***

***Argentina***

**[silviabcn@msn.com](mailto:silviabcn@msn.com)**

## LA ISLA DE URA



Cuenta la leyenda que la malvada Ura, celosa de la extraordinaria belleza de Alcia, una delicada doncella, la hechizó confinándola en su isla y le vaticinó que sólo sería libre el día en que llegara el amor a su vida, segura de que esto jamás sucedería en ese paraje desolado y olvidado por todos.

La Isla de Ura era fría, ventosa, solitaria y además, estaba constantemente azotada por fuertes oleajes. En su desamparo, Alcia buscaba afanosamente que alguien apareciera para rescatarla, pero el tiempo, transcurría lento e implacable y nada acontecía. De vez en cuando, se sobresaltaba al escuchar el crujido de alguna rama pero sólo era alguna ardilla huyendo veloz sobre las hojas secas. Su única compañía eran los ciervos dorados, que la escrutaban con sus miradas lánguidas, las calandrias, que le ponían música a sus silenciosos amaneceres o algún barco, que dejaba escuchar a lo lejos el eco de su sirena sin siquiera acercarse a la costa. Y así, pasaron los años sin que nadie llegara a esa isla...

Hasta que un día y cuando ya había perdido toda esperanza, un caballero, montado en brioso corcel azul apareció ante ella que, al verlo entre los frondosos árboles, tan hermoso, quedó fascinada... En el instante en que sus miradas se cruzaron, el tiempo pareció detenerse y todo se tiñó de azul: los troncos, la vegetación, los pájaros, el agua de los arroyos y hasta ellos mismos, se fusionaron al intenso color del paisaje.

Cuando Herek, tal el nombre del enamorado, tomó las manos de su amada supo que se quedaría allí para siempre. Al liberarse del hechizo, Alcia comprendió que ya no deseaba huir porque había encontrado la verdadera felicidad en el amor. Ahora, la Isla de Ura, parecía abrazarla junto a su caballero con su melodioso y mágico encanto...

**Viviana Walczak**  
**Buenos Aires -Argentina**  
[vivianaw@sinectis.com.ar](mailto:vivianaw@sinectis.com.ar)



## DE VISITA A XOCHIPILLI

Celina tenía una fuerte impresión de Chetumal. El par de veces que había estado allí siendo una niña para visitar a su abuela, doña Fortunata Lamay viuda del Castillo, la habían impresionado muy profundamente. No obstante, la intempestiva y alocada fuga planeada a toda prisa por su madre para huir de los absurdos sucesos que el destino había signado a sus vidas, abrirían para ambas las compuertas de un maravilloso mundo jamás imaginado.

La abuela Fortunata, una estudiosa apasionada de la arqueología maya de la península de Yucatán, se había dedicado desde muy temprana edad a recorrer la zona, primero acompañando a su padre en los viajes de trabajo que éste realizaba para la corporación arqueológica y un tiempo después, muy joven aún, haciendo parte del equipo de trabajo del arqueólogo Thomas Gann. El padre de Fortunata había decidido domiciliarse en Chetumal, justo en el año en que la ciudad adquirió este nombre, sustituyendo el antiguo de Payo Obispo. Chetumal era por aquel entonces poco más que un caserío de casas construidas casi en su totalidad con la madera que se explotaba a finales del siglo 19 y comienzos del 20 en aquella rica floresta, infestada de robles, ébanos, cedros, cauchos y otras muchas preciosas variedades.

Desde niña, Fortunata fue haciendo suyo el gran placer de escudriñar con las distintas lámparas que los progresos tecnológicos habían puesto en sus manos a través del tiempo, una enorme cantidad de aposentos abovedados ubicados en los distintos niveles del inmenso número de palacios y demás construcciones mayas que asiduamente visitó con su padre, y luego independientemente, como dibujante. Solía sentarse durante horas enteras en las escalinatas de las magníficas edificaciones y su febril imaginación se perdía en busca de los pensamientos y las historias que los artistas pertenecientes a aquellas altas civilizaciones habían dejado plasmadas en las fachadas construidas con aquellos enormes bloques esculpidos, en donde aparecían en mágica sucesión caprichosas figuras rectangulares y ovales. Los cornisamientos, arquitrabes y capiteles, ricamente adornados con frisos geométricos, alternaban con esculturas zoomorfas que semejabán una compleja mezcla de fantasmagóricos animales, entre ellos murciélagos, aves, batracios y reptiles, los cuales muchas veces servían de tocas o máscaras para ocultar el verdadero rostro de aquellos hombres que, en lejanas épocas, parecieron estar embebidos de la más sublime locura de los dioses. Fortunata abrazaba con deleite las columnas de aquellos monumentos, en la creencia de que eran ellas quienes le susurraban al oído las increíbles historias de ceremonias y rituales que los constructores de aquellas espléndidas culturas empezaron a tejer hacía ya más de dos mil años antes de su llegada a este sitio, y que ella recreaba en su fantasiosas neuronas con un regocijo que perduraba y se acrecentaba con el pasar de los años.

Entusiasmada con la riqueza arquitectónica y cultural que aquella región ofrecía, dedicaba largas jornadas al estudio de la lengua maya, a la investigación en las bibliotecas de los descubrimientos hechos por los ya numerosos estudiosos que habían llegado a la región, principalmente a partir del segundo decenio del siglo veinte, y muy en especial se consagró la mayor parte de su tiempo a dibujar con todo fervor y una paciencia que parecía inagotable, los mascarones, pirámides, íconos, palacios, edificios y cerámicas que la atraían con un magnetismo irresistible en Dzibanché, Tulum, Chacchoben, Cobá, Oxtankah, Chakambacá, Chunhuhub y naturalmente el lugar que había el destino le había señalado para radicarse. Fortunata poseía una enorme y bien nutrida biblioteca con extravagantes e inconseguibles ejemplares de tesis doctorales y libros de viajeros e investigadores tales como el alemán Paul Kirchhoff, los norteamericanos John L. Stephens, Paul Schellhas, K. Ruppert, W Andrews IV, H. Pollock, Robert Hayward Barlow, McAfee y J Deninson, los franceses Désiré Charnay y M. De Perigny, entre otras muchas rarezas. Su colección de dibujos y pinturas comprendía ya varios miles de ejemplares cuidadosamente ordenados y clasificados por núcleos regionales, no sólo de Quintana Roo, sino también de Campeche, Yucatán, Belice y Guatemala. Muchos de aquellos esplendorosos dibujos estaban realizados en papel de maguey y papel amate, fabricado de acuerdo a la tradición maya, esto es machacando el liber de diversas especies de árboles, especialmente las de los géneros Ficus y Morus. Su colección de fotografías era también esplendorosa; se remontaba ya a varias generaciones y hasta poseía fotografías heredadas de su abuelo que documentan el estado que guardaban muchos edificios mayas a finales del siglo XIX, algunas de ellas realizadas por Teoberto Maler, un austríaco que llegó a México como parte del ejército del emperador Maximiliano y que tras la caída del imperio se quedó a vivir en la provincia de Yucatán, recorriendo de manera intensa sus sitios arqueológicos y dándolos a conocer.

Celina había sido criada en la capital y como tal sufría todos los prejuicios propios de la gran mayoría de habitantes de los grandes conglomerados urbanos, quienes miran con profundo desdén la inmensa riqueza cultural pre y poscolombina que yace en los territorios de América, atraídos sordamente por las culturas ultracontinentales, especialmente la europea y estadounidense.

En una de las escasas visitas a la abuela Fortunata, cuando Celina apenas contaba con 12 años de edad, había acontecido un hecho maravilloso en la vida de la niña, que jamás se iba a borrar de su memoria. Una noche descubrió, en la alacena de la abuela una fina botella de cristal artísticamente labrada en la forma de un kukulcán adornado finamente con un exuberante tocado de plumas, un pectoral en forma de media luna, pulseras y brazaletes laborados con

caprichosas figuras geométricas y una serpiente como cinturón. La figura sostenía en su mano izquierda un rayo y en la derecha una tortuga y en su interior reposaba un líquido azul que la atraía de manera irresistible. Celina tomó en sus manos el frasco, lo destapó y lo acercó a su nariz para apreciar el aroma de aquella bebida: aunque ella lo ignoraba, se trataba de pulque, la antigua bebida ritual de los aztecas. Justamente un par de días antes, en el gran comedor de la casona, después de una maravillosa cena, la abuela había contado la increíble y acongojadora historia de la hermosa joven Mayahuel, diosa del maguey, quien viviera en el cielo y a quien su temible abuela, una tzitzimítl, llena de ira había despedazado y tirado a las otras tzitzimines para que la devorasen, por la relación amorosa que tuvo la osadía de emprender con el dios serpiente emplumado Quetzalcoatl, la cual habían logrado perpetrar huyendo a la tierra. Una vez aparecidos en el acuoso planeta y para poder evadir cualquier intento de ser hallados, Quetzalcoatl y Mayahuel se habían convertido en dos ramas de un frondoso árbol, las cuales, mecidas por el viento, muy cerca la una de la otra y unidas a un mismo tronco, disfrutaban a toda plenitud todas las delicias del amor de la manera más despreocupada y feliz. Fortunata había contado también que Quetzalcoatl hubo de retornar a su forma original, y muy afligido, había recogido los roídos huesos de su amada Mayahuel, los había enterrado y de ellos había nacido la primera planta de maguey. En aquel remoto tiempo los hombres poseían alimentos, variados y suficientes, que garantizaban una perfecta alimentación; pero carecían de productos espirituosos que reforzarán y aumentarán la alegría de vivir alejando las tristezas; entonces los dioses decidieron dar a aquellos desgraciados una bebida intoxicante que los hiciera propensos al baile y al canto, y para ello extrajeron el pulque de la milagrosa planta nacida de los huesos de Mayahuel.

Celina, llena de inquietud, aquella noche acercó la pequeña garrafa de cristal a sus infantiles labios humedeciéndolos con aquel atrayente líquido, y luego bebió de él algunas gotas. Sintió entonces un fuerte ardor que le iba quemando la boca, el esófago y lentamente se precipitaba hacia su estómago como un reguero de pólvora viviente que avanzaba a una velocidad fulminante por todo su sistema digestivo. El pánico se apoderó de la criatura. Sintió deseos de gritar con todas sus fuerzas, de pedir auxilio, pero el miedo a las recriminaciones de su mamá o su abuela le taparon su boca como con una fiera mordaza. Corrió al baño y abrió el grifo de agua del lavamanos; con sus dos manitas juntadas tomó agua desaforadamente hasta que la brasa que ardía en su interior fue poco a poco apagándose. ¿Y si fuese un veneno? ¿Debía de inmediato dar la señal de alarma? No. De ningún modo. Mejor se iría en puntillas a su recámara y esperaría a ver que pasaba, no valía la pena alarmar a nadie sin necesidad alguna, además la fina botella estaba en el lugar donde la abuela guardaba los comestibles, no podía tratarse de un tóxico, la inteligente abuela no comería nunca una sandez semejante. Celina entró en su dormitorio, vistió la pijama azul

que tanto le gustaba y se dispuso a esperar paciente y resignadamente los resultados de su travesura. A los pocos minutos quedó profundamente dormida y entonces, penetrando en el infinito espacio y tiempo de seres que parecían brotar de las paredes y mecerse en los límpidos aires de aquel embrujador entorno, Celina dio comienzo al sueño más increíble y maravilloso que hasta entonces la hubiera poseído. En él, apareció mirando fijamente el sol del medio día en la profundidad interminable de un radiante cielo azul, extendida sobre el mullido tapete de una pradera ligeramente inclinada que descendía hasta la ribera de un esplendoroso lago, desde el borde de un inmenso bosque de mangos situado en una tenue colina, con su carga de flores de diente de león, margaritas, campanillas y begonias de diversos colores, lirios, alhelíes rojos, blancos y amarillos, embudos y cholotes. Celina con lentitud se apoyó levemente sobre sus codos y ante sus ojos apareció, al fondo, el límpido y manso lago cuyas leves olas, formadas por la menuda y refrescante brisa que soplaba, la invitaban a sumergirse en sus cristalinas aguas. Celina se levantó con lentitud y luego, danzando y dando alegres giros sobre sus piecitos descalzos, metida en un camisón blanco y holgado que llevaba como atuendo, se fue acercando despreocupadamente a la orilla de aquella azulosa masa que desde el fondo lanzaba destellos de plata. En su orilla quedó pasmada al ver que, mezcladas con la blanca arena que circundaba las aguas, se encontraba una enormidad de piedrecillas de distintos colores y una multitud de pequeñas pepitas doradas, las cuales fulguraban con el esplendor de los carbones ardientes en una noche oscura. Sí, no había duda, se trataba de las mismas piedrecillas que en la capital había visto en las vidrieras de las joyerías, incrustadas muy precisamente en cajitas de metales preciosos formando anillos, collares, pendientes y otras alhajas. En cuclillas se dispuso a comprobar la certeza de su apreciación: efectivamente, ¡había obsidianas, esmeraldas, turquesas, ámbares, amatistas, jades, carneoles, ojos de tigre, lapizlázulis, opales, rubíes, zafiros y crisocoles esparcidos por doquier! Celina no podía dar crédito a lo que veía; entre sus dedos refregaba una y otra vez, unas contra otras, aquellas piedrecillas para comprobar que no estaba delirando. Dando saltitos de un lado para otro, tomaba aquí una turquesa, allí un rubí, aquí un jaspe, allá un cuarzo rosado, y con una inocente y satisfecha sonrisa en sus labios se sentía el ser más simple y feliz del universo. Tan contenta y ensimismada se encontraba jugando con aquel enjambre de pigmentadas piezas, que no advirtió la presencia de un poderoso señor que había llegado entre tanto hasta donde ella se encontraba, transportado en una litera por dos corpulentos hombres de pies descalzos que apenas vestían sendos taparrabos y capas de algodón de tonos multicolores y estampadas con dibujos geométricos. La majestuosa figura descendió de la litera y se acercó tocando con su dedo índice levemente el hombro de la niña. Celina dio un enorme salto hacia adelante, cayendo de bruces sobre el agua. Incorporándose rápidamente, comenzó a dar pequeños pasos en reverso sin apartar sus sorprendidos ojos de la portentosa figura que altiva se alzaba frente a ella. Era

un hombre muy alto, con una piel del color del bronce, de recia complexión atlética y porte majestuoso, ataviado con un enorme yelmo coronado con plumas de quetzal y otras muchas aves, que poseía la forma de una cabeza de águila y de cuyo pico extremadamente abierto surgía el rostro de aquel extraño ser que poseía una fisonomía casi humana: pómulos anchos y salientes, labios rojos y delgados, nariz grande y rectangular, dientes verdosos y brillantes como perlas, ojos rasgados, negros y resplandecientes como el onix, sobre los cuales dos pobladas cejas, no de pelo sino de finas hojas de adormidera, daban un carácter semiespectral y alucinado a su semblante. Su cuerpo, semidesnudo y ricamente adornado, estaba cubierto apenas con una larga capa que caía sobre su ancha espalda y en los genitales portaba un pequeño paño de algodón blanco exquisitamente bordado en los orillos con finos hilos de colores intensos. En su cuello llevaba enroscado un enorme collar de varios metros de longitud, hecho con delicadas cuentas elaboradas con corales rojos y negros, piedras preciosas y conchas de mar finamente talladas, combinadas de manera artística con trocitos de preciosas y perfumadas maderas de diferentes dimensiones, embutidas junto con delicadas semillas multicolores en un hilillo del más resistente material vegetal. En su pecho lucía un pectoral compuesto de dos grandes redondeles de metal bruñido en forma de caracoles, unidos en el centro por una figura zoomorfa parecida a un gato montés. Sus recios brazos lucían brazaletes fabricados en tumbaga reluciente, cuyas incrustaciones de esmeraldas, jaspes, opales y ágatas parecían despedir chispas de fuego por doquier. Sus antebrazos remataban en dos gruesas y anchas muñequeras de oro recargadas también de topacios imperiales, turquesas, turmalinas y rodonitas; la una salía casi desde el codo y semejaba la boca de un enorme cocodrilo, la otra una enredadera en cuyas hojas descansaban los más diversos animales de la selva. Sus tobillos también estaban fabulosamente decorados con ornamentos de metal, conchas y semillas. En su mano izquierda portaba un grueso y al parecer pesado cetro de ébano tallado, que semejaba una gran serpiente oscura de aproximadamente un metro setenta de longitud, cuya cabeza se transformaba en una enorme mazorca de oro que tenía por granos una variedad extraordinaria de piedras preciosas.

Sin inmutarse para nada el vigoroso señor miró fijamente los grandes y marrones ojos de Celina, diciéndole al mismo tiempo en un tono paternal acompañado de una media sonrisa:

- Soy Xochipilli, gran señor de las flores de todo el universo, de las artes de los hombres, soy el sol de la tarde. No sé cómo te las has arreglado para llegar a mis dominios y poder descender hasta el lago de las mieles; nadie, excepto mis familiares y sirvientes, tiene derecho a acercarse a este lugar consagrado exclusivamente para mi gozo y los rituales de luna llena. Es posible que seas un inofensivo ser enviado por Teteo Innan. Es posible que hayas sido enviada por alguno de mis enemigos con el fin de

causarme daño. Es posible también que el inocente cuerpo infantil que tengo ante mis ojos sea tan sólo una trampa más de Coatlicue, la terrible diosa de la muerte, para arrastrarme de nuevo al inframundo. Para saber quién eres y si provienes de las tinieblas y el lodo o bien de la luz y la bondad, tendrás que salir airoso en una prueba. Deberás nadar hasta la mitad del lago, sumergirte hasta el fondo de él y sacar para mí una de las flechas que Tlalhteotl robó al dios Chac, señor del rayo y de la lluvia, y dejó clavadas en el fondo de las aguas, antes que la diosa tierra fuese despedazada por Quetzalcoatl y Tezcatlipoca para servir como materiales de construcción de aquel planeta y su bóveda celeste.

Celina, muy perpleja, asustada y sumida en un estado semihipnótico, apenas sí acertó a confirmar con su cabeza la aceptación de la orden impartida por aquel ser vigoroso, ante el cual se sentía completamente impotente para poder contrariar su más mínimo deseo. Como una autómatas Celina caminó lago adentro, hasta que sus pies no pudieron sentir más el fondo sin haber hundido su cabeza en el agua, y nadando se fue alejando lentamente de la orilla en dirección al centro. Avanzó dando pequeñas brazadas laterales y fue dejando una estela de ondas a su alrededor que contrastaban con la paz infinita en la que se había sumido aquella blanda llanura azul, desde la aparición de Xochipilli en sus márgenes.

Cuando Celina llegó al centro del lago volvió su vista hacia la orilla y allí pudo observar a Xochipilli que había regresado a su litera, y sentado esperaba el cumplimiento de su orden. Celina tomó aire con todos sus pulmones, se sumergió en el agua y comenzó a descender rápidamente hacia las profundidades. Avanzó y avanzó hasta llegar al fondo de aquel transparente estanco, en donde pudo observar las flechas a las cuales se había referido Xochipilli enclavadas en las rocas, y tomando una de ellas entre sus manos, intentó arrancarla. Empleando todas sus fuerzas Celina logró finalmente su cometido y con ella sujeta fuertemente regresó a la superficie. Una vez allí pudo ver la sonrisa de satisfacción de Xochipilli, quien impasible permaneció en su sitio hasta que Celina llegó frente a su litera y posándose de rodillas se inclinó ante él y tendió a sus pies la flecha de obsidiana que acababa de sacar.

- Has cumplido cabalmente mi designio – dijo entonces Xochipilli –puedo contarte por tanto como una más de mis heroicas guerreras, esto te da derecho a permanecer en mis dominios por todo el tiempo que a bien tengas. Además, a partir de hoy, en este nuevo tiempo y esta nueva dimensión que se abren para tí, tu nombre será Itzpapalotl, esto es, Mariposa de Obsidiana ...

Itzpapalotl, Mariposa de Obsidiana ... Itzpapalotl, Mariposa de Obsidiana ... Itzpapalotl, Mariposa de Obsidiana ... repetía insistentemente la pequeña Celina bañada en sudor al despertar de aquel fabuloso sueño, el cual había sido para ella casi una vivencia real. A partir de entonces la vida de Celina estaría cruzada por las más espectaculares aventuras, signadas por el capricho de los dioses.

**WALKALA**

**Colombia**

**E- Mail:** [walkala@euroyage.net](mailto:walkala@euroyage.net)

## **Preferencia de la exsirénida**

Despertó en la playa, complacida por la ausencia de su cola: dos largas y bronceadas piernas la sustituían. Aún desnuda, corrió hacia el puerto para encontrar al marinero amado. Durante la búsqueda entró a la taberna y los hombres, incrédulos, se lanzaron sobre ella para manosearla. Un joven de brazos fuertes, enamorado a primera vista, repartió golpes entre sus adversarios y se la llevó al hostal. Meciéndose en la hamaca, ella le preguntó acerca de ese marinero por el que tanto rogó a Poseidón que la dotara de piernas. El joven, mostrándole su cuchillo, confesó que aquél había muerto la noche anterior, que él mismo lo había matado en defensa del honor de su hermana más pequeña. “Quédate conmigo — suplicó —, también soy hombre de mar: si quieres, mañana te compro unas aletas y un esnórquel para que me acompañes a sacar perlas. Verás qué hermoso es el océano”. Entonces ella soltó una salada gota de resignación, encendió su primer cigarro y se dirigió a la taberna.

***Will Rodríguez***

***México***

**[lalineaperfecta@yahoo.com.mx](mailto:lalineaperfecta@yahoo.com.mx)**



## **CAMBIO DE PAISAJES.**

Sé que mi vida ha cambiado mucho últimamente. La mía no fue una existencia monótona, precisamente, sino por el contrario, se vio golpeada del modo más rudo por la realidad circundante. Y de pronto, comenzó a cambiar. Luego de luchar contra los paisajes exteriores, comencé a divisar las cosas de otra manera: Casi puedo recordar cada día...

**LUNES:** Titánicos esfuerzos.

Era lunes, de eso estoy segura. El domingo habíamos almorzado tarde, con los amigos, y entre vinos, cafés y cigarrillos, había atardecido. Luego, la cena, medio a desgano, e inevitablemente, más cafés y cigarrillos.

Ahora el efecto se hacía notar de un modo imprevisible. Lejos de los dolores de cabeza y pesadez de estómago proverbiales, yo sentía que mi cuerpo se distendía de un modo especial, entre mate y mate.

A lo mejor, más que distenderse, la intención era extenderse, porque, levantando un poco los ojos, vi mi pie derecho rozando las molduras del cielorraso... La mano derecha, portadora del mate, se apoyaba en el respaldo del sillón, mientras la izquierda acariciaba por turnos mi entrecejo o la lámpara que cuelga del techo, siempre con su luz velada por una pantalla de vidrio barato, pero simpático. Mi pie izquierdo reposaba sobre la mesa ratona, en la que aún se apilaban vasos, tazas y ceniceros en absurdo montón.

Me había convertido en un gigante, y me reí de mi loca sensatez.

Si, una fría y razonada sensatez, hizo que me levantara, convertida en titán, y emprendiera la limpieza de mi casa. Esto cualquiera lo sabe: luego de un domingo con visitas, es una titánica tarea.

**MARTES:** Lo que no puedo remediar, no es cosa de mi incumbencia.

Después de haber faltado el lunes al trabajo, las tareas atrasadas me apabullaron. No hubo tiempo el martes, para pensar en mi cambio de vida, solo que al regresar a casa noté que estaba inmensamente tranquila. Las reprimendas de la jefa, los berrinches de los abogados, las quejas de los demandados por la lentitud de la Justicia no me habían afectado. Posiblemente, esta fue una de las razones que me indujeron a pensar que los planetas habían hecho algún giro extraordinario, o que un asteroide distraído, se había metido en la órbita de mi astro regente.

**MIERCOLES.** Videncia científica.

Así de pronto, como se revelan todos los secretos una vez llegado el momento en que deben ser revelados, tuve la visión de la formación de la galaxia.

Como todas las revelaciones - o por lo menos, como todas las mías - fue por la mañana, en esa hora de fastuosa soledad, en ese minuto de lujosa privacidad que se nos otorga a los madrugadores, mientras los remolones luchan por salir de sus camas obligados a abrir sus ojos.

Las vi. Vi a las tinieblas abriendo paso a la luz, a los átomos condensándose hasta formar los cuerpos celestes, estallando luego para dirigirse a la periferia en un movimiento armónico y centrífugo. Los pequeños planetas, más oscuros, burbujas capaces de reflejar claridades ajenas, convirtiéndose en satélites de sí mismas. El todo, girando en tiempos concomitantes. La cola blanquecina del inmenso cometa primitivo, envolvió todo en sus vapores... y yo ahí, recibéndolos en mi cara, sintiéndolos mezclarse a mi respiración contenida.

La experiencia duró tanto como duran los tiempos universales: Millones de años, escasos segundos.

Segura de haber presenciado un hecho inigualable, agradecida por haber sido elegida para la visión descrita, eché otra cucharada de leche en polvo en medio del café hirviendo y lo revolví, a la espera de ver otro universo en gestación. Pero alguien abrió la puerta, me habló, y la cosmogonía se perdió en medio de una charla de oficina.

No obstante, recomiendo la experiencia a quien quiera experimentar.

JUEVES: Paisaje Dantesco.

Bajé a los infiernos en la mañana del jueves. Una vaharada de viento frío primero. Luego, un tufo cálido, impregnado por el olor de los condenados que, sudorosos miraban (ya con cierta indiferencia) hacia lo más profundo de la mal iluminada caverna.

De pronto, el estrépito me hizo volver la cabeza. Vi apenas, a contraluz, a otros condenados que se desplazaban velozmente y que, entre relámpagos intermitentes, se aferraban a unos ganchos para no precipitarse en el abismo.

Me causó un profundo temor pensar que pronto estaría en las mismas condiciones. No obstante, cuanto me llegó el turno me colgué voluntariamente de mi gancho, y hasta casi llegó a parecerme un privilegio, pues quienes no lo poseían, elevaban con desesperación las manos en busca de uno. La presión de los cuerpos era brutal (o infernal, dado el caso) Casi no lograba percibir donde terminaba el mío y comenzaba el de mis prójimos, esta vez más próximos que nunca. A pesar de lo terrorífico del momento, tuve una inesperada diversión, cuando al picarme la nariz no pude levantar la mano para rascármela, ni aún moverme lo suficiente como para restregarla contra uno de mis hombros.

Esta situación se fue aliviando a medida que algunos de los condenados se dirigían a cumplir con los tormentos que les estuviesen reservados.

Cuando llegó mi turno, me alineé como todos, resignadamente. La corriente me fue llevando lenta e inexorablemente. De nuevo sentí la ráfaga de aire helado.

Tal vez debimos entonar algún cántico inaudible, una letanía que partía de nuestros corazones, latiendo al unísono, pues las dos filas de condenados ascendían con un ritmo parejo, las miradas dirigidas hacia lo alto. Bruscamente, un estrecho rectángulo de cielo iluminó las cabezas implorantes. Un rectángulo lluvioso, gris, como el de todos los días, pero cielo al fin.

Respiré la bocanada de aire puro al trasponer los umbrales del infierno. Los condenados se dispersaron de inmediato.

Me alejé de la Estación Perú (subterráneos de Buenos Aires, línea A), prometiéndome que para el próximo paro de colectivos, faltaría al trabajo.

VIERNES: ELLA DIJO LA ÚLTIMA PALABRA Y SE FUE.

Tal vez este viernes fue de otra semana, pero fue un viernes muy especial.

La anciana estaba allí, como había estado desde tres días atrás.

Cuando la vimos llegar, e instaló su silla de paja, de patas cortas, con la madera esmaltada de azul, y los juncos deshilachados ( ya se sabe que esas sillas son pan para hoy y hambre para mañana.) Al fin, la silla puede parecer un detalle sin importancia, pero en la primera mirada, la atención quedaba cautivada por esa silla, tal vez porque luego, al saber que esa mujer se había sentado en... pero no, aún no es momento de hablar de ello.

Desde ese primer momento, nos llamó la atención. Tal vez no fuéramos los indicados, tal vez ella no se proponía despertar nuestro interés en modo alguno, pero... La habíamos visto desde el balcón de la Municipalidad, un lugar prohibido para los empleados, pero que a las ocho de la mañana era, como todos los lugares de la Municipalidad, tierra de nadie. ¿Qué autoridad va a andar por Buenos Aires a esa hora? Recién se están levantando, en sus casas de la Provincia.

Nos asomamos, como muchas mañanas, a recibir el primer solcito con reminiscencias del río plateado, escondido tras las paredes de la Casa Beige (otrora Rosada). Y estaba ahí, sentadita, mirando como nosotros, hacia el Este. Todavía nos quedaban un par de horas de burocratizada libertad, compartida entre cigarrillos, facturas, café o mate, con charlas que pasaban inesperadamente de la nostalgia a la risa más dislocada... esos ratos de filosofía barata a que nos impulsa el perverso sistema administrativo de la gran ciudad, que amenaza de muerte prematura a las naturalezas creativas. Especialmente, a los empleados de la municipalidad. Y se nos dio la loca idea, tan loca como la de la señora que iba a sentarse en medio de la Plaza de Mayo, en su sillita de paja, de ir a preguntarle qué hacía, que se proponía.

- ¡Que me vea el señor que ocupa malamente esa casa, m'hija! ¿Que puedo proponerme? – nos dijo, apenas le preguntamos.

- La va a sacar la policía... – dijo uno de mis compañeros.

- ¡No le van a dar ni cinco de bola! No le dan bola a nadie... – apunté yo.

- Veremos...

Siguió mirando obstinadamente el Balcón, aquel balcón de tantas historias, de tantas promesas, de tantas desilusiones.

- Lo que podríamos hacer... es llamar a los medios... capaz... – apuntó uno, con ese brillo en los ojos que provoca la posibilidad de salir por TV.

- ¿Y para qué quiere que salga? –preguntó otro, indiferente al ataque de cholulismo del primero.

- El señor de enfrente? – completé la frase.

- Solo quiero saber si puede verme... fíjense, Uds. Me han visto...

- Y... habría que ser ciego!

- Este país está lleno de ciegos. Uds. no, pero ... creanme, son la excepción.

Volvimos a nuestro trabajo, intrigados. Algo nos alteraba, pero no sabíamos que era. Quizás, haber dejado a esa pobre anciana, sentada al rayo del sol, quizás no haber sabido interpretarla. Hasta se habló de llamar una ambulancia.

- ¡No, dejate de joder! ¡Pobre vieja! ¡Mejor que le dé un infarto en medio de la plaza, que morir en un hospital!

Allí despertó el tercer día, como les venía contando, o tal vez, nunca durmió. Y aunque de toda la historia, esto sea lo que más se parece a una mentira, debo contarles que el señor de enfrente, ese que ella esperaba ver, bajó a verla. Se habían reunido algunos curiosos, además de nosotros. De la prensa, ni noticias. Ni siquiera cuando el señor de enfrente (llamémoslo así, dejando una sombra de duda acerca de su verdadera e inauténtica identidad) interrogó a la viejita, tratando de ser simpático.

- Soy Eva Perón, Evita, para los amigos. Para los enemigos mejor no le cuento, porque me pusieron como mil sobrenombres.

Sonrisas, intercambio de miradas comprensivas. El señor, dado el lugar que ocupa en la sociedad, quiso hacer llegar una dosis sensatez, a la pintoresca situación:

- Señora, no quisiera discutir con Ud., pero... se supone que ha muerto hace un montón de años...

- Nunca pretendí hacerles creer que estoy viva... Pero tampoco he muerto... lo que no sé es porque he envejecido tanto. En el más allá, el tiempo pasa de otra manera... pero claro, yo siempre ando dando vueltas por acá... debe ser por eso.

Entonces, las sonrisas se convirtieron en risitas contenidas.

- ...en tal caso ... – volvió a sonar el mentado señor, con la voz de la sensatez

- ... nos encontraríamos en presencia de un milagro...

Ella sonrió, como si hubiera estado esperando que él pronunciara esa palabra. Entonces se nos borró a nosotros la sonrisa. La reconocimos. Era su sonrisa.

- No. Se trata solamente de una alucinación. ¡Milagro sería que no te cagara a patadas en el culo acá, delante de todos!!

Dicho lo cual, tomó su sillita por el respaldo y caminó rumbo al río, convirtiéndose en una nubecita blanca, antes de bajar la lomada.

**ZULMA OLIVETTA.**

**ARGENTINA**

**[robzul@uolsinectis.com.ar](mailto:robzul@uolsinectis.com.ar)**

## ENCUENTROS

La niebla leve guarda unos pasos, allí donde otros se alejaron antes. Guía mi cuerpo con calma, preparando esto, el dichoso encuentro.

Me hablaron de ella, dijeron que era silenciosa. Sus cabellos conjuraban el viento.

Proclamaron en alta voz, que todo se resumía a una disputa antigua. Que sus ojos tenían la oscuridad de cada partícula y su aliento se hermanaba a las sombras de seres remotos.

Me advirtieron que sus ansias no tenían retorno. Que le aquejaba aquel mal de antigua hembra buscando el espejo, mientras alimañas oscuras cobijaban el rostro de sus primeros muertos.

Me dije, que descendería sobre ella con destreza, que no habría tiempo, que no la vería a los ojos.

Portaba con seguridad mi escudo, mandrágora, fresno. Tenía sobre mí, piel de osos y ciervos. Cilantro y miel que las mujeres prepararon con fervor y paciencia.

Metales rabiosos ornaban mi cabeza, y fortalecían mi espada.

Era una de esas noches húmedas, el ruido del bosque se volvía eterno, eterna mi espera.

Ella, sin embargo, estuvo desde el principio, contemplándome sin que por un momento yo lo supiera.

Hasta que comprendí que se acercaba, por el lado mas abrupto de la colina. Y en el descenso, su cuerpo vertiginoso se volvía frágil, bajo el peso de sus cabellos de serpientes.

Pero yo, que enfrenté tantas batallas, yo, que estoy mojado con vísceras de hombres y bestias, no pude hacer sino verle. Porque me lo estaba pidiendo.

Vi mas allá de la sangre y de la sal, el dolor y la arena revueltos. Oí su voz, mientras el rocío llovía apenas sobre sus hombros.

Dicen que fui yo el héroe, el salvador que cortó su cabeza. Que fui ágil y diestro, que interpose a su mirada mi escudo.

No dicen que fuiste tú, la que guió su mirada hacia él.

No saben que fue tu luz blanca, de diosa corrupta, la que se ahuecó en su cuerpo disgregándolo, para cumplir una de tantas venganzas.

Lo demás, fue apenas algo que hice para evitar su agonía.

Hablan de mí, volando leve, con su cabeza goteando sangre maldita, cerca del mar.

Pero no dicen que he vuelto para recoger de esa hierba, las flores que todos niegan. No dicen que continuo regresando, cuando tú no rondas, cuando estás de caza, con tus ninfas y tus perros. No dicen que llevo su mirada conmigo para siempre.

Solo repiten: ha muerto la Gorgona a manos del héroe.

***Alejandra Pacheco***  
***Montevideo, Uruguay.***  
**[aledacia@yahoo.com](mailto:aledacia@yahoo.com)**

## **MELOPEA**

En el autorretrato del deseo, las plumas de la sirena reflejan la timidez del seducido que niega abandonarse en el desbordamiento de alucinaciones. El canto melodioso e irresistible del ave convierte en posesos a los demás lectores, que naufragan complacidos tras chocar en los arrecifes de su encanto. La hija de Calíope despliega su poder cautivador en cada poema, sus métodos de fascinación se revelan cadenciosos y desgarradores, colmados de bellas promesas que doblegan a los que tiene alas para volar. Otros, viajeros también, pero equipados con cera en sus oídos, no le escuchan. Lo mío es distinto, ni doblegado ni impasible, permanezco atado al mástil de mi barco. Tu Ulises.

**AYMER WALDIR ZULUAGA**

**COLOMBIA**

[puntoaparte@hotmail.com](mailto:puntoaparte@hotmail.com)

## **Sirena en Bahamas**

El 31 de marzo pasado, a las ocho de la mañana, seis hombres, que constituían toda la tripulación, acababan de abandonar el barco y se dirigían, en chalupa, hacia una bahía para pescar, cuando vieron aparecer, a algunos metros de la embarcación, a una mujer que mantenía la mitad del cuerpo fuera del agua, nadaba y desaparecía.

La sorpresa y el terror que embargó a los marineros son indescriptibles. Se detuvieron, esperando una nueva exhibición de la mujer marina para tomar una decisión. Esta, en absoluto intimidada, salió por debajo de la chalupa y los marineros pudieron comprobar que estaba perfectamente formada.

Se trataba de una sirena de gran belleza, que no tenía nada que envidiar a la mujer más atractiva. Tenía largos cabellos azules y manos alargadas, y expresaba su sorpresa al ver los hombres con chillidos agudos. La parte inferior de su cuerpo, que se adivinaba bajo el agua, se terminaba en una cola bífida.

Un marinero le tiró una naranja: la agarró con gritos de alegría, se la llevó a la boca -mostrando una hermosa dentadura-, y se la comió con gran rapidez. El patrón de la barca ordenó remar hacia la sirena, pero ésta se sumergió y reapareció en la parte posterior. Le tiraron otras naranjas, y también se las comió. Pero en cuanto intentaban acercarse a ella, huía.

Un marinero se lanzó entonces al agua y nadó hacia ella. La sirena, mejor nadadora, daba vueltas a su alrededor, aparecía y desaparecía. Hasta que el patrón le disparó y la hizo desaparecer definitivamente, herida, al parecer, en la cara.

(Jean Merrier, *Legénaire de la Mer*)

**CARLOS BARBARITO**

**ARGENTINA**

**[barbarito3@hotmail.com](mailto:barbarito3@hotmail.com)**



Todo es posible

La arena se sobresaltó con la presencia que surgía húmeda. La vio dirigirse hacia el muchacho que preparaba una comida marítima y terrestre. Ella recién liberada de su cadena de algas, caminaba sin pies, distribuyendo corales como espejismos de crepúsculos.

Él la invitó con pescado asado al tomate y albahaca. Ella se sentó sin cruzarse ni descruzarse de piernas.

Tenía el pecho erguido y desnudo, como la muñeca de proa de un barco encallado, habló y cantó.

Él se acercó todo piel y se encontró con una dificultad al final del cuerpo de ella, hermético y plateado, para completar el abrazo.

Probó con las palabras dijo mar y ella le mostró el infinito pequeño que guardaba en los ojos. Dijo al mar y ella se estremeció con un aleteo de peces, Dijo amar y como si un viento oceánico la obligara, ella se abrió.

No hay imposible pensó él mientras se secaban los jugos del amor.

**Cristina Villanueva**

**Argentina**

**[pluma@velocom.com.ar](mailto:pluma@velocom.com.ar)**

## **El sabio camino**

Tenía una cabeza descomunal y senos de mujer, cuerpo de león y alas de ave. Era grandiosa y magnífica.

Estaba agazapada sobre los majestuosos portones a la entrada de la gran ciudad de Tebas y el hombre sabio, sin quitar la vista de aquella monstruosa belleza, intentó acceder a la ciudad. Pero la esfinge exclamó.

—¿ Dónde vas? —y su terrible voz se esparció por valles y llanuras.

Impresionado pero firme contestó.

—A Tebas.

—Primero has de averiguar el acertijo que te expondré; si aciertas entrarás pero si yerras te devoraré.

—Dime, ¿cuál es?

—La deseas muchas veces pero no quieres tenerla siempre. Ella puede hacer que te sientas conocedor porque es la que adoctrina a la sabiduría. Ella es la que forma tu mente y la despierta porque estando con ella la imaginación vuela cómo pájaro de conciencia. Pero numerosas veces es mala, vejatoria y amarga. Sólo cuando quieres poseerla es por ti anhelada y resulta maravillosa. ¿Qué es? Reflexionó el hombre algún tiempo permaneciendo callado y la Esfinge se preparó para devorarlo abriendo su enorme boca e impulsándose para atraparlo pero entonces el sabio dijo.

—La respuesta es sencilla: La Soledad. Únicamente aguardaba para que te complacieras de mi compañía pues debe ser triste tu inhumano aislamiento. Y la Esfinge comprendió que aquel hombre era tan sabio que sabía elegir sólo la erudita soledad.

***Dori Siverio Fumero***

***España.***

**[comercial@alumiplaya.e.telefonica.net](mailto:comercial@alumiplaya.e.telefonica.net)**

## SABIDURÍA

El UNICORNIO dorado convertido en esfinge medita bajo el cielo milenario.

El crepúsculo se tiende sobre el horizonte pleno de púrpura belleza.

- ¿Podéis abrir la puerta de tu ORÁCULO? –preguntó la mujer angustiada postrándose ante Él.

- Tal vez – fue la respuesta lacónica.

- ¿La abriríais para esclarecer mis dudas?

El ruego no conmovió al UNICORNIO.

- Tal vez. – El mismo tono, la misma prudencia.

- He perdido el camino, agoniza mi ser en la incertidumbre de no encontrarse.

El espejo del afuera no refleja lo que creí ser. ¿Podéis ayudarme?

- No, estáis mirando el espejo equivocado.

***Emilse Zorzut***

***Argentina***

***Correo: [emizorzut@netverk.com.ar](mailto:emizorzut@netverk.com.ar)***

## Noche de desvelo

Fue una noche de verano, tranquila y caliente, donde aun la brisa quería echarse a morir. Las palmeras inmovilizadas por la pesadez del ambiente dejaban escurrir el rocío como si fueran lágrimas.

No podía dormir, el calor era insoportable. Había sido una tremenda estupidez quedarse a dormir en casa de Marzia, sabiendo que en esa casuchilla no había ni tan siquiera un abanico, que refrescara las ideas. Pero era tan tarde ya, y el camino de regreso a su departamento tan lejos que no quiso despreciar el ofrecimiento de su amiga.

¿Que hora sería? Habían llegado a eso de las 2:30am. de la discoteca. ¿Cuanto tiempo llevaba dando vueltas en la cama?, ¿mirando a través de esa ventana donde los minutos quedaban ahogados? Y ¿viendo que? Un patio inmenso y semioscuro que parecía no tener final.

No se oía nada... ¡nada!

Era como si el mundo se hubiera derretido de aburrimiento.

Una gota de sudor se resbaló con prisa por su frente y se le clavó en el ojo derecho, ¡le ardió como si fuera limón! Se lo restregó con la sabana y maldijo aquel bochorno, la pobreza de su amiga y ese condenado insomnio que adoraba sus ojeras.

Fue entonces cuando un pequeño insecto revoloteo hacia la ventana, una mariposa pequeña y café con porte de moribunda.

Se posó a un centímetro de su mano, que colgaba como muerta fuera de la ventana (para poder detectar alguna ráfaga de viento).

Con su uña mas larga le dio un empujoncito, pero el insecto no se movió.

--- te estas asando, ¿verdad condenada?--- le dijo mientras se reía de su propio mal chiste. Con delicadeza la sujetó por las alas como cuando las cazaba de niña y la puso sobre el dorso de la mano para observarla mejor.

La mariposa permaneció mansa, hubiera pensado que estaba muerta, fue entonces cuando sintió un picotazo terrible, ¿sería posible que ese horrible bicho la hubiera picado? Se sacudió la mano con rapidez, pero la polilla no la soltaba, en cambio sentía un aguijón que cada vez cavaba mas profundo bajo su piel. Soltó un gritillo de desesperación, golpeó su mano con mariposa y todo contra el marco de la ventana, varias veces, tratando de aplastarla, pero el insecto no sufría daño alguno, permanecía inmutable.

Uso su mano libre para apartarla, pero el animalillo frágil y tímido se había transformado en algo parecido a un broche metálico, imposible de desprender. El aguijonazo que sentía empezó a quemar y con escepticismo vio como la mariposa cambiaba de color... y de tamaño. Parpadeo varias veces para estar segura de que sus ojos no la engañaban.

Y por un instante se olvidó del dolor y quedó atolondrada mirando como las alas que antes eran color del barro, se volvían azuladas y tornasoles.

La alimaña había aprisionado una de sus venas, podía sentirla palpar a través de su brazo, y con cada pulsación la mariposa crecía milímetro a milímetro de tamaño.

¡Aquello resultaba imposible!, ¿sería acaso el calor que la hacía desvariar?

Y en aquel instante, como si la criatura que pendía de su mano conociera sus pensamientos, incrustó aun mas hondo su tubillo extractor, haciendo que una gota de sangre le rodara por el codo. Ema soltó un quejido apenas audible. Ella aún no podía aceptar que aquel espectáculo fuera verdadero y no quería despertar a la amiga que aquella noche le brindaba posada.

Se sentó en la cama, pues se sentía algo mareada y la boca la tenía seca. Ella era una mujer racional y sabía que esto que le sucedía era científicamente imposible, así que siguió buscando explicaciones, mientras la mariposa seguía sorbiendo y sus alas eran ya del tamaño de la palma de su mano.

La habitación empezó a girar y sintió que estaba próxima a desmayarse.

Trató de llamar a Marzia, de pedir ayuda, pero la voz no salía de su boca.

La mariposa agitó un ala, movió sus antenas y de un tirón extrajo su larga cánula. Ema ya no tenía fuerzas ni tan siquiera para quejarse.

Con mirada borrosa miró como aquel insecto desplegaba sus alas afelpadas y brillantes tomando impulso. Y dejó su mano, y voló por la pequeña habitación, sin dar tumbos contra las paredes o el techo. El animal sabía perfectamente como conducirse en aquel estrecho aposento.

Ema se dejó caer en la cama embriagada por la belleza del animal, que ahora volaba sobre ella. Podía sentir el aire que producían las alas al agitarse sobre su cara.

La mariposa descendió y se situó en medio de sus dos senos, que casi se salían del camisón prestado que le quedaba demasiado estrecho.

Eran pocas las fuerzas que tenía, pero extendió los dedos para sentir aquel ejemplar maravilloso. Su mano no pudo completar el intento.

La exquisita mariposa una vez más había hundido su afilada y diamantina cánula, atravesándole el corazón que con un pequeño espasmo... dejó de latir.

***Gabriela Peraza de Córdoba***

***Costa Rica***

**[gabiota@netrox.net](mailto:gabiota@netrox.net)**

## EL FAUNO

En el siglo XVIII, un curioso personaje anonadó con sus relatos a la corte francesa, incluyendo al rey. Era el controvertido conde de Saint-Germain. Estudiante del ocultismo y la nigromancia, Saint-Germain alegaba haber participado en las campañas de Alejandro Magno y dialogado con Platón. Hay quien pensaría que solo era un embustero, conocedor de la vida y obra de estos grandes hombres, y no se equivoca. En efecto, Saint-Germain era un mentiroso y para colmo un cobarde. Fue precisamente cuando un gran hombre como Napoleón Bonaparte entrara en la Galia, que nuestro amigo el conde huyó despavorido de la escena parisiense, aterrado por los sucesos del 18 de brumario. Mas, no sin antes avisar de que volvería en varios siglos, para prevenir al mundo de un acontecimiento que lo conmocionaría.

¿Qué le ocurrió al conde luego? Pocos lo saben y es eso lo que vamos a referir.

Tras su huida, Saint-Germain se refugió en la casa de campo de un amigo en Inglaterra, el *dottore* François Renount. Pasaba las horas del día buscando el elixir de la vida. En la tarde, cenaba y después dábale baños de tina en sangre de cabritillos.

Aconteció que una de esas tardes, mientras paseaba por el bosque, vio como un extraño hombrecillo se le acercaba. Era una criatura pequeña, de orejas puntiagudas, una piel gruesa y verdosa como la del cocodrilo y unos grandes ojos grises.

- ¿Quién eres tú?- interrogó Saint-Germain.
- No te preocupes, que no soy un espía del emperador. Si estoy aquí es por ti, tú eres quien me ha reclamado.

El conde, confuso y perturbado, no lograba comprender nada en lo absoluto.

- Yo no te llamé... Ni siquiera, te conozco.
- Pues yo a ti sí que te conozco. Quizá, hasta mejor de lo que tú mismo te conoces. Y vengo a socorrerte, ya que vienes a mi bosque. Desde mucho tiempo atrás te he estado observando.
- ¡Me vigilas e insinúas que deseas ayudarme, no te creo ni una palabra!
- Deberías crearme. En realidad no comprendo como siendo lo que eres no me reconoces.
- ¡No, yo no sé quien eres, no!- gritaba Saint-Germain al tiempo que corría como un loco en dirección a la casa. El sí sabía la identidad del personajillo, pero la idea de que fuese una realidad le aterraba.
- Eso no tiene importancia, huye si gustas, de nada te servirá, ya está decidido. Recuerda: ¡Yo no soy Napoleón, no soy mortal!- habló la voz del hombrecito, que habíase desmaterializado.

Saint-Germain no logró conciliar el sueño. Y mucho menos cuando en la noche, encontrándose en estado de somnolencia, aunque muy lúcido, una manita fría, muy fría, se posó en su rostro.

- ¡Por el Roble, el Fresno y el Espino! Monstruos de la noche, hombres equinos, silfos, ondinas, dioses paganos, sean mis testigos en este hechizo. Que conste que realizando uso de los poderes investidos en mí, le concedo a este mortal, la gracia de

regresar a la vida, durante una noche, el día en que la gente vuela, el día en que el hermano de la H inicie el cumplimiento de su destino.

Acto seguido la mano se evaporó, como el agua. Saint-Germain, conocía bien esas maquinaciones, incluso Shakespeare las citaba en *El sueño de una noche de verano*. Lo había visitado el Fauno, semidiós de los bosques y las selvas...

El inerte cuerpo del conde se encontró a la mañana siguiente, muerto.

El noble francés encontró la muerte en su más ferviente deseo y pudo cumplir su promesa, porque hay quien afirma haberle visto en víspera de estallar la Segunda Guerra Mundial.

**Guillermo Camilo Badía Hernández**

**Cuba**

**Correo: [mvh@infomed.sld.cu](mailto:mvh@infomed.sld.cu)**

## De la muerte a otros senderos

Puja un corazón desatinado en la penumbra del acontecer mortecino, entre vagas siluetas, noches de insomnio, locura y muerte. Trunco en el devenir del tiempo, ese tiempo hueco, que no transcurre ni a patadas.

Todo es tan confuso que ni a gancho se resuelve, como la locura. Quien quisiera volver el tiempo atrás, como si el tiempo, por pasado fuera mejor.

Mancebo acorralado en el destierro, huellas de felicidad que nunca fue.

Ella se llamaba olvido, tenía los ojos grandes y la mirada perdida. Nadie sabía su procedencia, pero casi todos la habían visto desfallecer, como un finado que no acepta su descanso, fantasma errante. Era su canto el de las sirenas, nereidas encantadoras que sugieren sexo y dan batalla con cuchillos.

Yo que para ser malevo, era bastante cobarde, algo quedado y poco seductor.

Me vi estrujado como esponja entre sus brazos, quizás fue un sueño o un engaño, de mis sentidos ya resentidos por el tiempo y la desgracia.

Parcelado el deseo insatisfecho, lloré a moco tendido como un gurís, maldije a Dios y sus ángeles, tuve miedo de ser tan cobarde y resolví hacerme de una gruesa cuerda para acallarme.

El árbol estaba seco, perdido en la llanura intransitable entre la niebla. No hubo nadie para despedirse de un cobarde, más que un cuervo amigo, que se haría cargo de mi carne.

No tenía sentido, no era yo un valiente Judas para emprender un largo viaje en el letargo, hacia el empíreo o el leteo, siendo Dante o Fausto más afortunados.

Ella se reía en un charco de sangre, en algún rincón de la extensa pampa desierta, donde aparecen estos señuelos para los hombres que andan sin rumbo, montados bajo la lluvia en un cimarrón o un pardo caballo viejo.

No acepté el desafío y me hallé ebrio en alguna pulpería, acompañando mi dolor con el recitar de una guitarra, que ahuyentaba los demonios o los atraía.

Comprendí de repente bajo los efectos del aguardiente, que yo ya estaba frito. El hechizo de aquella bruja me perseguiría como mi misma sombra, no existía el descanso ni en la misma muerte.

Inconsciente pasaron las horas hasta que de pronto me encontré en un rancho, tiritando en un viejo camastro, mientras una vieja sin dientes me ponía paños fríos en la frente: "No se preocupe mi hijito", me dijo revolviendo la lengua entre las encías gastadas. "Yo he conocido hombres como usted". Me habló amablemente de alguien llamado Fierro, que desafió al diablo a cuchilladas, envuelto en un haraposos poncho, el cabello y la barba crecida, la piel resentida por el sol. Dijo también que el diablo era mulato, algo malevo y fiero, pero igual Fierro no se achicó.

Después de un tiempo volví a luchar con mi espíritu, que era mi diablo. Ya no podía ponerlo a dormir, ni siquiera callarlo, pero si de algo estaba seguro era que no era el mismo, que había otro habitando mi endeble cuerpo.



Me apaciguó un soñoliento descanso bajo un ombú, cuando la luna redonda y fría se hacía ver coqueta entre las estrellas. Entonces recordé sin recordar, porque ningún recuerdo yo tenía, sus suaves manos, sus ensortijados cabellos desenfrenados, el sudor de dos cuerpos enredados en la penumbra. Luego me quedé dormido, el frío se hacía presente, mi caballo se había marchado, a lo lejos escuchaba el llanto de una guitarra y los gritos de un demonio, que parecían en plena batalla.

Ella estaría feliz y sola el resto de su vida eterna, de deidad o mitología. Yo, en cambio, sufriría mi herejía, para luego marcharme por la mañana. Triste, por el sendero que a lo lejos parece unirse al cielo, sendero que algunos llaman horizonte, que a veces parece incendiarse, allí donde nadie llega hasta que no expía.

Tan grande fue mi hastío, que resolví caminar hasta gastar mis suelas, atravesando el laberinto en pleno llano, que cada tanto como un espejismo, me dejaba ver una arboleda de eucaliptos. Hipnotizado ahora por un viejo sauce en el camino, un juego fatuo o la luz mala o la misma muerte. En fin, el fin estaba cerca, mi cara era de cera como un maniquí o un muñeco de museo, mis pies en carne viva, mi boca llagada. Mi alma en vía crucis, atravesaba el peor de los castigos y ella seguiría riéndose por tan fuerte castigo, que yo no podía revertir. "Pieda diosito, pieda". Pedí una y otra vez por mi descanso, ya estaba yo atolondrado, de tanto ir y venir. Acorralado y enfermo estaba y no dio resultado mi suplicar a un dios que me abandonaba a cada paso ciego en mi destino. Por más que llorara, perjurara y maldijese, como un perro sarnoso me dejaría sufrir la justicia divina.

De pronto se largo la de San Quintín, y un millar de ganado se me vino encima, escapando del agua instintivamente. No pensé en un milagro, ya que las muy cancheras me esquivaron en pleno trote, como si fuera yo el mismo diablo o un espectro en pena. Penas, penas era lo que me sobraba ya que no tenía descanso, ni siquiera las vacas, por salvar su vida, me llevaron.

Después que pasaron los años, mis cabellos como la nieve y mi rostro como un mapa, volvía a saber de ella, la innombrable. Era tan bella como antes, un resplandor la envolvía como una virgen santa y yo un recuerdo de hombre, una sombra entre las sombras, una inservible piltrafa.

Pa' que sepan no me acobarde, y ahí nomás me le fui al humo. "Perra hijaputa" le dije tomándola del brazo en un arrebato. Ciego y con las últimas fuerzas le clave el facón hasta el cuajo. En su mirada aún distante, vi celebrase un aquelarre. Cualquiera en mi lugar se hubiera pegado un julepe, pero en ningún momento sentí miedo, si yo ya estaba como muerto de hacía rato. Eso sí, me subió de pronto un frío por todo el cuerpo, que me dejó boquiabierto. La muy casquivana me lanzó otro hechizo para dejarme frito de veras. Aunque yo ya era fiambre, esta vez no conté el cuento.

Y así termina la historia de este hombre en aprietos, seducido por el engaño, la locura y la muerte, vaya a saber uno qué fue de sus despojos. Pobre maula

entristecido, sí aun me parece verlo atravesando la pampa, envuelto en trapos viejos, sufriendo el malestar de estar vivo y de estar muerto.

***Hernán Tenorio***

***Argentina.***

***[hernantenorio@yahoo.com.ar](mailto:hernantenorio@yahoo.com.ar)***

## El guante de encaje

Cierta vez, un paisano de La Aguada viajaba con su hijo en un carro por el camino viejo que une el poblado que llaman Capilla de Garzón con Pampayasta.

Cuando iban pasando por el campo de los Zárate, en el cruce con el camino nuevo, una mujer muy joven, vestida de fiesta, los detuvo.

Aunque era bien entrada la noche, la vieron desde lejos porque la luz de la luna era intensa y el color del vestido, blanco brillante.

- Mi novio se ha enojado conmigo y me ha dejado sola en medio del campo – dijo cuando el carro se detuvo- ¿podrá llevarme hasta la entrada de Pampayasta?, yo vivo ahí.

- Cómo no, señorita- contestó el paisano, y él y su hijo le hicieron un lugar en el carro.

Viajaron en silencio durante un buen rato, hasta que empezaron a hablar de cosas sin importancia, más por ser amables que por verdadera necesidad de decir algo. Y entonces ella confesó que le gustaba demasiado el baile y que se llamaba Encarnación.

Era una noche de invierno y la joven estaba desabrigada. Cuando el paisano la vio temblar, dijo:

- Convide, hijo, a Encarnación con un bollo de anís y un trago de ese vino con canela que llevamos, que es bueno para los enfriamientos.

Y el muchacho le ofreció los bollos y el vino. Ella dio un bocado grande al bollo de anís y tomó desesperada unos tragos de la bebida que le ofrecieron. Algo del vino cayó sobre el vestido y dejó allí, en el pecho, una mancha rosada como un pétalo.

- ¡Qué lástima! –dijo- ¡Era tan blanco!

Pero siguió comiendo el bollo con muchas ganas, tanto que cualquiera hubiera dicho que iban a pasar años antes de que volvieran a ofrecerle algo.

Cuando llegaron a la entrada de Pampayasta, muy cerca del boliche de Severo Andrada, la joven les dijo que habían llegado. El paisano detuvo el carro y ella bajó y fue corriendo a meterse en la casa de la esquina, frente al cruce.

Después de verla entrar, padre e hijo siguieron viaje. Habían hecho unas cuantas leguas, cuando el hijo vio brillar algo en el piso del carro. Se agachó y descubrió un guante blanco de encaje. Entonces se lo mostró a su padre y decidieron volver hasta la casa donde habían dejado a Encarnación, para devolvérselo.

Hicieron de regreso las leguas que habían andado, hasta llegar al boliche de Severo Andrada y se detuvieron en la esquina, frente al cruce. Bajaron los dos, pero fue el padre quien golpeó las manos.

- ¡Avemaríapurísima!- llamó, como llaman los paisanos.

Le contestaron los perros. Y después, la voz de un hombre recién arrancado del sueño.

- ¿Qué se le ofrece?

- ¿Aquí vive una señorita llamada Encarnación? – averiguó el paisano.

El dueño de la casa abrió la puerta. Estaba pálido, y se quedó mirando a los dos forasteros sin decir palabra.

- Venimos a devolverle un guante. Se lo ha olvidado hace un momento en nuestro carro.

El hombre siguió mirándolos en silencio.

- No lo tome a mal, - insistió el paisano- tuvo un disgusto con su novio y nos pidió que la acercáramos.

El hijo estuvo con la mano extendida, acalambrada de tanto ofrecer el guante al dueño de casa, hasta que éste habló:

- Es mi hija, pero está muerta... Ayer se cumplieron veinte años...

- ... pero dijo que venía de bailar – recordó asombrado el paisano.

- Hace veinte años... – contó el padre- ... fue para el día de Santa Rosa, murió bailando en las fiestas patronales. Del corazón, ¿sabe?.

El hombre y el muchacho, así como estaban, dieron media vuelta, murmurando una disculpa. Pero el padre de la joven reclamó:

- El guante... por favor. Es para llevárselo a la tumba. Todos los años, para la fiesta de Santa Rosa, se olvida algo en alguna parte y hay que ir a devolvérselo.

El muchacho le dio al hombre el guante de encaje. Después alcanzó en silencio a su padre que ya estaba sentado en el carro, azuzando a los caballos.

***María Teresa Andruetto***

***Argentina***

**[tandruetto@uolsinectis.com.ar](mailto:tandruetto@uolsinectis.com.ar)**

## AULLIDOS

Me estremecían los truenos que vomitaban cintas de fuego anaranjado, truenos que parecían ecos de salvajes tambores, las nubes se entrechocaban como si las rocas, las piedras, los peñascos se desmoronasen y se fuesen de sopetón al río.

Aquel fantástico acontecimiento se debía al extraño comportamiento del lobo blanco; lobo de los ojos azules que extendía su aullido hacia la madre luna.

AuuuÚUUUU, aúuuuUU... Se esparcía el aullido enfebrecido que entrecruzaba la montaña, sobrepasaba a los árboles y llegaba a la aldea en donde yo, por casualidad pasaba vacaciones.

Los animales temblaban y a pesar de ser salvajes buscaban y se escondían en sus madrigueras evitando las chispas que se escapaban de los relámpagos que pretendían prender fuego a las malezas.

-Es el lobo Zukalli, el lobo blanco, hijo de las deidades celestes, el que se pone tristemente enfurecido, por ello, sus aullidos son estremecedores.

-Si, yo presiento que sus aullidos han desmoronado los muros de cristal del cielo, por eso que los truenos y las nubes relumbraban el firmamento.

-Es que el lobo Zukalli, se ha enamorado de Balandra, la indiecita Shuar que tiene la piel llena de luminosidad.

Yo, que visitaba la cabaña, me sentí extrañamente embriagada, mi pensamiento concentrado y destilado era al momento como una espuma blanca, tenía la sensación de integrarme al misterio de la vida y el shamán, conociéndome como me conocía, no tuvo recelo alguno de indicarme esa especie de bola de cuarzo e invitarme a la maravilla que yo, simple mortal, tenía el privilegio de ser testigo: Balandra escuchaba el aullido y salió impelida por esa extraña fuerza del llamado.

Con su cintillo de colores, con su pelo de trigo y sus ojos de almendra, Balandra caminaba agitada, hipnotizada, apresurando el paso colina arriba, mientras las estrellas mudas y resplandecientes entraban en sus pupilas. Ya, junto al lobo se revistió de una blancura sobrenatural, bajó de su estatura y se transformó en una loba igual al lobo blanco.

Y fue desde ese momento que los lobos y yo, saboreamos del fruto prohibido del conocimiento.

***Marietta Cuesta Rodríguez***

***Ecuador***

***[marietta@etapaonline.net.ec](mailto:marietta@etapaonline.net.ec)***

## El puente

“ *De Abandonos extraños*” de Mirta Itchart Ed. Senda 1990



Eramos buenos amigos. El abuelo se sentaba a los pies de la cama a contarme viejas historias; otras veces jugábamos al truco, en la cocina.

Mamá estaba siempre barriendo, empujándonos de un lado para el otro con el escobillón. ¡Qué manía!

Cuando ella se ponía a gritar como una bruja, el abuelo se encerraba en su habitación tomándose la cabeza con las manos, en actitud de impotencia.

Durante el día daba vueltas por la casa, sin nada que hacer. Ni siquiera lo dejaban leer el diario en el sillón de la sala, ese donde da el solcito de la mañana.

A pesar de ser un chico, yo presentía su dolor. Cuando el abuelo quería arreglar algo, sus manos temblorosas dejaban escapar los clavos y el martillo que caían con estrépito contra el piso, y mamá, por supuesto blandiendo el escobillón, amenazaba con barrerlo a él también.

En casa también vivía un gato gris que dormía sobre los almohadones, se deslizaba ágil entre las plantas y se relamía con la comida tibia que mamá con gran paciencia le preparaba.

Una noche, preocupado por la tristeza del abuelo, me senté en la cama, empecé a recorrer la habitación con la vista, me distraje con mis chiches y ahí se me prendió la lamparita.

Al otro día mientras jugábamos a las cartas se lo dije. Él me miró con sus ojos acuosos y sonriendo me palmeó la espalda. ¡Este chico! Dijo. Yo entonces le conté que en mis largas caminatas por las calles del barrio había descubierto un parque muy amplio, donde me refugiaba cada vez que en casa se ponían espesos con todo el asunto del orden y los deberes. A un costado estaba el puente. Alguien me había dicho que pasando bajo la barandilla, al mojar los pies en el arroyo, nuestros deseos se hacían realidad.

Y era cierto. Juro que yo muchas veces lo había hecho y así logré zafar con las notas del colegio. Y me regalaron la bicicleta.

El abuelo al principio se reía, pero a medida que los escobillonazos iban aumentando proporcionalmente, también en esa proporción el abuelo quería ser como ese gato gris arrollado en el sillón de raso.

Salimos juntos un sábado a la tarde. Tomados del brazo cruzamos el parque; ayudé al abuelo a bajar los escalones de tierra y cuando llegamos a la barandilla le recordé que debía mojar sus pies en el hilo de agua y pensar en su deseo. Nos miramos y con gesto inteligente apretamos nuestras manos. Desde

lejos observé al pobre viejo que se iba mezclando con el pasto. Todo mi cuerpo temblaba de emoción, de miedo o de no sé qué.

La figura encorvada se fue achicando hasta que no lo vi más.

Volví cabizbajo. La ausencia ya se notó desde el primer peldaño del porche.

Mis días, entonces, transcurrieron con mucha tristeza. Nunca regresé al parque, tenía mucho miedo.

Sin el abuelo empezó una historia de soledad y de silencios. Ya no me contentaba con saber que él estaba bien allí en el mundo de los gatos, donde lo habían llevado. Desde aquel sábado no tuve con quien jugar a las cartas, nadie me contó viejas historias ocupados como estaban con barrer y hacer cuentas.

-¿Por qué lo llevé al puente? ¿Por qué?

Una tarde regresó. Lo vi venir enarbolando su larga cola blanca. Entró y se quedó mirando las cosas conocidas, refregó el lomo contra el cabo del escobillón y con altanero paso se instaló en el sofá guiñándome un ojo.

***Mirta Graciela Itchart***

***Argentina***

**[mirtaitchart@bvconline.com.ar](mailto:mirtaitchart@bvconline.com.ar)**

## “PIKITÚX”

A veces escuchamos cosas que son difíciles de creer y pocas veces tienen comprobación, pero que debemos aceptar, cuando las pruebas nos muestran la existencia de seres que viven simultáneamente con la especie humana.

Mi tío Juan se dedica a viajar frecuentemente en un carro color rojo que le proporciona la compañía donde labora, y al que casi siempre le falta limpieza, pues todo el tiempo se encuentra empolvado al llegar de carretera; y no bien tiene pensado lavarlo, cuando ya le indica la empresa debe salir de vuelta a otra ciudad, esa es la razón por la que siempre lo trae sucio, pues no le queda tiempo para lavarlo, lo único que tiene limpio son los vidrios.

Para salir de Poza Rica Veracruz, en México, donde vivimos, hay que atravesar un afluente del río Cazones que es muy ancho y rodea parte de la ciudad; para esto, se debe cruzar un viejo puente de hierro que lleva el nombre del río, vestigio del auge petrolero; aunque resistente y bien conservado, es insuficiente para el paso de tanto vehículo y se forman largas filas para entrar o salir de la ciudad; por esa causa, hicieron otro puente (Cazones 2) de aproximadamente 300mt de largo, con una moderna estructura en un área alejada de la ciudad, a unos 4 kilómetros de distancia del anterior; solo que la mayoría de la gente prefiere el viejo puente porque hay casas a uno y otro lado del río; en cambio el nuevo puente está totalmente en despoblado; lo único que existe al regresar a la ciudad, es una gasolinera a 200mt de distancia del lugar donde termina el puente, la que cierran a las 8 de la noche y reanuda su servicio a las 8 de la mañana.

Ya le habían dicho al tío que no usara el puente nuevo, porque podría ser asaltado en la noche, además, que algunas personas decían que como de uno y otro lado había solitarias milpas y sembradíos, seguro que allí habría duendes; pero él, como la mayoría de los de la familia: terco hasta los lomos; regresaba de un viaje a eso de las 3 de la madrugada y solo de pensar en la cola que debía tener el viejo sitio, quiso abreviar tiempo y decidió que era momento oportuno para conocer el recién estrenado puente, así es que haciendo caso omiso de las advertencias de mi tía (su esposa) y de algunos conocidos que lo previnieron, encaminó el vehículo rumbo al nuevo puente para llegar más pronto a la ciudad. Le faltarían unos 200 mt para llegar al final del puente en una parte de bajada, cuando de pronto le salieron al paso muchos “niños” que portaban varas con faroles encendidos; algunos tenían puntiagudos gorros en la cabeza. Lo primero que hizo fue disminuir la velocidad, para no arrollarlos con el auto, y al hacerlo, pronto el coche se rodeó de pequeñas criaturas que empezaron a trepar el carro por todos lados y a abrirle las portezuelas, por lo que apagó el motor; cuando se percató, ya tenía el auto lleno de chiquillos, y de los que quedaron afuera del auto, apagaron los faroles; unos se subieron en el techo y otros comenzaron a empujar el coche, así es que no tuvo tiempo de reaccionar ante esta intromisión, y hasta entonces supo que no eran niños, sino duendes; y que hablaban nuestro



idioma; entonces uno de los que se había metido al carro, de nombre “Pikitúx” (así lo llamaban), le reclamó por qué razón los humanos estábamos invadiendo su territorio; que si no nos bastaba con destruir las ciudades que nos habían destinado para cuidarlas y habíamos transformado la mayoría de los terrenos en inmensas lozas duras, donde no crecían las plantas ni árboles de ninguna especie, y que en lugar de aprender a convivir respetando la naturaleza, los animales y seres que habitan los bosques y las selvas, los tratamos de destruir a toda costa, exterminando especies de flora y fauna en poco tiempo, cuando a la naturaleza le ha tomado infinidad de años conservarlos. Estaba Pikitúx tan enojado que le dijo que por nuestra culpa se han contaminado los ríos, y que los bosques se están muriendo también por culpa nuestra y que la mina donde hace tiempo extraían oro se les había tapado con tanto lodo que les entró desde la inundación pasada, que aún no han podido entrar en ella; era tanto el coraje del duende, que empezó a coscorronearle la cabeza al tío. Mi tío le dijo que él no tenía la culpa; que más bien también era afectado, porque cuando nació, ya había mucha basura y materiales que no se desbaratan con el tiempo; y platica además, que Pikitúx muy enojado le decía señalando un pequeño cascabel en la punta del gorro, que ese cascabel lo había hecho con oro de la mina y que ahora tendrían que esperar mucho tiempo a que quedara destapada. La rabieta de Pikitúx fue en aumento, ya que se quitó el gorro y empezó a golpear con él al pobre tío, y no paró de pegarle, hasta que se desprendió el cascabel que rodó por el piso del coche, entonces suspendieron el regaño y comenzaron a buscar el cascabel, en eso el carro llegaba casi a la gasolinera. Esto es lo último que recuerda mi pariente.

Tres días después, lo encontraron en la ciudad y puerto de Cazones, a 45 kilómetros de distancia de la ciudad de Poza Rica (donde debía de estar); descalzo, vagando sin rumbo por la playa y con la cabeza llena de chipotes; el carro estaba mal estacionado a pocos metros del lugar donde él estaba, pero (cosa rara), al coche no le faltaba nada, tenía la radio, los papeles, las llantas y los tapones completos; al transcurrir las horas, el tío empezó a recordar esta aventura y a buscar como desesperado el cascabel adentro del piso de su coche.

Lo cierto es que el carro siempre sucio, tenía marcadas manitas de niños en todos lados y que se distinguían perfectamente gracias al polvo.

Ahora, cada vez que llega tarde a su casa, mi tía siempre lo recibe con un:

- “Si, ya se : Te fuiste a “Chelear \* con Pikitúx, y de regreso seguro que pasaste por un Kinder”-

Casi nunca enseña el tío el diminuto cascabel de oro que trae como amuleto en su llavero; pero lo que sí puedo afirmar, es que ahora recicla la basura de su casa, no fuma, ni toma y se inscribió a todos los lugares donde atienden las cuestiones ecológicas.

Lo que le quedó es un temor a salir de noche, así es que ahora viaja de día, y por nada del mundo lo hacen manejar por el puente nuevo; además, no descarta la posibilidad de encontrarse con alguien que quiera recobrar un cascabel perdido.

Vocabulario.-

Chipotes.- Contusión abultada en cráneo provocada por un traumatismo.

Chelear.- Consumir “Chelas”

Chelas.- Cervezas heladas.

Kinder.- Institución donde se imparte enseñanza a niños de 3 a 6 años.

***DRA. PATRICIA MORENO CUERVO***

***MÉXICO***

***[alvaradocuervo@prodigy.net.mx](mailto:alvaradocuervo@prodigy.net.mx)***

## Belac - Adnama

«Autx belac odagoha  
Adnama cabrt adagoha  
Saicimirp discendrt orujnoc  
Onu et sod autx belac adnama»

\* \* \*

Lo soñó.

Había sido un sueño loco, patético, desgarrador.

Y esa tarde, mientras caminaban por la ribera, los vio.

Como siempre, eran muchos. Jugaban en grupo y se divertían girando y saltando entre risotaditas burlonas, mirándole de soslayo. Podía ver cuando se lanzaban repetidamente al agua desde el borde de los cascos de los bateles.

Caleb se quedó parado observándolos.

Comprendió que el sueño se repetía intacto, sin mudanza ni variación. Su mente no podía engañarlo. Eran ellos, eran los mismos, los que siempre soñaba.

Cuando vio que le hacían señas, se volvió. No quería mirarlos. Aunque sabía que alguna rara y absurda persuasión ejercían sobre él. Su mente intentaba rechazarlo todo, pero su voluntad se negaba a obedecerle.

La voz de Amanda lo sacó de su ensimismamiento.

-¿Qué sucede, cariño? –preguntó ella, mirándole el rostro-

-No...nada. Me quedé como ido... pero estoy bien.

La chica asintió. Pero un gesto de desaliento se dibujó en su cara.

No era la primera vez que Caleb se abstraía. Aquella enajenación se estaba convirtiendo en una suerte de diabólica rutina, y ella lo sabía. Amanda podía advertirlo en el fondo de sus ojos. Sus ojos, que de repente se transmutaban y que ahora mismo flotaban en el misterio de la nada. Amanda podía notarlo en su mirada perdida, incorpórea y sin destino.

Tomándolo del brazo, lo apartó de la orilla. Atravesaron la carretera y entraron en la plaza.

Sentados en la mesita, bebieron café y desayunaron en silencio.

Caleb pensaba. Pensaba en lo que le estaba sucediendo. Todo eso, francamente, era una extravagante locura. ¿Se estaría volviendo loco? Pero no. Él sabía que todo era real. Tan real y tan cierto como que ellos habían estado allí, mirándolo burlonamente. Él mismo los había visto cuando se lanzaban y nadaban en el río. No tan sólo los percibía en sus sueños sino también podía verlos en *persona*.

¿En *persona*? ¿Estaría bien dicho eso?

Pagaron el servicio y se marcharon.

Apenas traspuesto el umbral de la casa, Pitt comenzó a rasguñarle el jean a Amanda, ronroneando entre sus piernas con solicitud.

-Pitt, mi querido Pitt...vamos a ver... ¿qué es lo que tienes en la boca? –dijo sonriente, mientras se inclinaba-

La chica levantó al animal y de inmediato lo dejó caer al piso, horrorizada. El grito hirió los tímpanos de Caleb, que estaba lavándose las manos en el baño. Salió corriendo hacia la sala y halló a Amanda acurrucada tras la puerta, con un gesto de terror reflejado en sus facciones. Los ojos casi se le salían y su piel estaba lívida.

-¿Qué sucede?

La joven apuntó hacia el animal, que había saltado tras el sillón.

Caleb se asomó entre los muebles y descubrió a Pitt agazapado bajo el asiento. Quiso sacarlo, pero el gato le lanzó un zarpazo que le desgarró la piel. Caleb sacudió el brazo y se incorporó. Quiso volverse hacia Pitt, pero éste había corrido a la ventana, brincando hacia la calle.

Apretándose la mano lastimada, Caleb se acercó a la chica y la levantó. Se sentaron en la sala y le preguntó:

-¿Qué ha sucedido?

La joven tenía los ojos dilatados y temblaba vivamente, sin poder decir palabra. Caleb la abrazó con ternura y le acarició los cabellos. Fue hasta la cocina y le sirvió un poco de agua. Amanda tomó unos sorbos y se fue recuperando. Por fin pudo balbucear.

-Pitt...no era Pitt...no era él.

-¿Cómo dices?

-No era Pitt...no era Pitt... –repetía sin cesar-.

Caleb la miró con extrañeza.

-Trata de calmarte, linda. ¿Quieres explicarme lo que ocurrió?

Amanda movió la cabeza.

-Esa cara... no era la de Pitt...era...era otra cosa...

-Vamos Amanda. No entiendo ¿Puedes explicármelo despacio?

-Te digo que no era Pitt...cuando lo levanté y lo vi, no era su cara...era otro rostro...y además, pesaba demasiado...

-¿Otro rostro? ¿Pesaba demasiado?

-Si...si...

-¿Y cómo era ese rostro? Vamos, dímelo, cariño...

-Era...como el rostro de un niño... no sé...porque cambió de pronto... se transfiguró...

Caleb se estremeció.

-¿Se transfiguró...? –repitió Caleb pensativo-

-Si... todo fue fugaz, pero pude verlo bien... créemelo...

Caleb suspiró profundamente, antes de inquirirle:

-Dime, Amanda... ¿Cómo era ese rostro? ¡Tienes que recordarlo!

Ella asintió, cerrando los ojos.

-Pues no era un gato...era otra cosa... diferente... sus ojos eran diferentes...los ojos eran distintos y también su cara...

-¿Cómo eran sus ojos? –insistió Caleb-

-Eran rasgados...orientalizados...no sé...

-¿Era un rostro de niño...grande?  
-¡Si, exacto! ¿Cómo lo sabes? –dijo Amanda sorprendida-  
Caleb guardó silencio, antes de susurrar para sí.  
-¡Dios mío! Son ellos. Son los mismos.

\* \* \*

Caleb no podía dormir.

Recostado en el lecho con las manos bajo la nuca, sólo pensaba. Las imágenes iban y venían revoloteando en su mente como hojas de otoño barridas por el viento.

¿Qué había sucedido aquella vez?

Tenía que recordarlo.

Volteó a mirar el rostro de Amanda, que al fin se había adormilado luego de expresarle largamente sus miedos y sus temores. Admiró su perfil recto y sus atractivos labios pulposos. Contempló su respiración entrecortada y sus grandes ojos cerrados. Aún laxa, en su semblante no había quietud. Ahora se sobreponía una sombra de turbación, de recelo, de temor a lo desconocido. Una lucha y un rechazo a una presencia velada que se cernía sobre ellos.

¿Qué había sucedido aquella vez?

¡Dios! ¡Tenía que recordarlo!

Se levantó y caminó hasta la cocina. Se sirvió un poco de agua y retornó a la recámara. Y allí lo vio, dormitando tranquilamente sobre el piso. El animal lo sintió venir y levantó la cabeza. Su cara era la cara de un gato. Caleb se miró la mano enrojecida que empezaba a cicatrizar, y sonrió.

Atravesó la estancia y retornó a la cama.

Y de pronto, como la luz de un relámpago, lo recordó. Las escenas le llegaron de repente, como aluvión, desbordando su memoria.

Si. Todo sucedió cuando era niño; cuando era apenas un mozalbete de diez u once años.

*«Estábamos jugando. Todos jugábamos en grupo, y teníamos que ocultarnos. Había que correr y correr mucho. Todo era monte; todo era maleza. Y esa vez corrí y corrí como nunca. Y de repente los vi, movilizándose en grupos. Eran varios, eran muchos, eran legión de ellos. No sé, pero creo que eran varios centenares. Parecía un inaudito ejército de niñuelos sin ropa. Porque... eran como niños... pero eran muy extraños. No llevaban ni un solo trapo encima. Sus ojos eran parecidos a...a los de esos niños de oriente. Porque los tenían rasgados, muy rasgados, como mongoloides...sí, ese es el término: mongoloides. Y brincaban y saltaban en grupitos de seis o siete, sin separarse demasiado entre sí. Siempre estaban juntos...y también eran... ¿cómo decirlo?... eran asexuados, sí... porque no les veía nada entre las piernas, y eran como enanos...sí...tenían las piernas cortas pero la cara de adulto... de adulto con cuerpo de niño...tenían un cuerpo como el de los enanos.»*

De inmediato quiso despertar a Amanda moviéndola de los hombros.

La chica abrió los ojos y lo miró con reconcomio:

-¿Qué...qué pasa?

-Nada, nada, cariño. Es sólo que... lo acabo de recordar...lo he recordado todo.

Amanda se desprendió sentándose en la cama. En pocos minutos, Caleb le refirió sus reminiscencias. La joven lo escuchaba absorta.

-¿Enanos? –Soltó Amanda, al escuchar la última frase-

-Sí...eso dije...enanos. Eran como enanos de circo... o alguna cosa parecida.

Se hizo un largo silencio.

Amanda, sin dejar de mirarlo, le preguntó en frases lentas:

-Dime, Caleb. ¿Estos...*enanos*... que viste en el río, tenían los ojos rasgados?

-Sí, sí, los tenían.

-Entonces eran iguales a los que viste cuando niño ¿No es así?

-No cabe la menor duda.

La chica se quedó pensativa. De pronto dijo:

-¿Crees que todo esto tenga algún significado? ¿Tendremos nosotros algo que ver con ellos?

-No lo se.

-Pero...aquella vez...cuando tu niñez... ¿Hicieron algo? ¿Notaste alguna cosa que te llamara la atención?

Caleb guardó silencio.

-No –dijo- A no ser por....

Amanda, desesperada por escuchar el resto de la frase, le arengó impaciente:

-¿A no ser por qué?

-A no ser por eso que....todos ellos decían...

El éxtasis de la joven iba en aumento.

-¿Podían hablar? ¿Entendiste lo que decían?

-Sólo gesticulaban y pronunciaban ciertas frases que todos repetían... pero no puedo recordar bien lo que era.

Amanda torció la boca, decepcionada.

-Oh, Caleb. ¿Te das cuenta que allí puede estar la clave de todo?

-No podría asegurar eso.

-Si, claro, no podemos asegurar nada, pero ¿No sería mejor investigar?

-Podríamos investigar, claro; pero ¿Con quien haríamos eso?

-No sé... pero podemos averiguarlo.

Caleb movió la cabeza afirmativamente.

Se abrazaron con fuerza y se dejaron caer lánguidamente sobre el lecho. El tibio cuerpo de Amanda se enredó entre las piernas de su esposo y se olvidaron por un buen rato de las apariciones.

Luego, se quedaron dormidos.

\* \* \*

-Mira Amanda, yo no sé lo que estás buscando, pero te aseguro que Butrón es un erudito en muchas cosas. Y ya que no me lo quieres decir, al menos deberían consultarle.

-¿Cómo puedo localizarlo? –preguntó la joven-

-Desde antes que se apartara de la universidad me dejó su teléfono. Llámale de mi parte, quizás te quiera recibir.

-Gracias, papá. Te lo agradezco de verdad.

Se despidieron, y Amanda salió a la calle.

Antes de encontrarse con Caleb, que había ido con el barbero, la joven decidió hacer la llamada. Pero no encontró a Butrón. Dejó sus datos en la grabadora del celular y cortó. Después, se encaminó al centro comercial donde se encontraría con su esposo.

En la barbería, Caleb hojeaba una revista de deportes mientras el peluquero le acicalaba el rostro con parsimonia. La navaja corría lenta entre el jabonoso afeitado, en tanto el joven se relajaba bajo la paz de los lienzos.

Fue en esos instantes cuando escuchó la risita.

Eran las mismas risitas del río, sarcásticas y mordaces; irónicas y virulentas. Sobrecogido, levantó al instante los ojos. La cara del barbero era la de un enano oriental, de ojos mongoloides, boca alargada y dientes afilados. Estaba subido en un banquillo de madera y sostenía la navaja entre sus diminutas manos.

Caleb se deslizó de la silla y corrió hacia la calle, sin ocuparse del pechero que llevaba puesto. En su rostro pálido y verdoso se advertía una expresión de terror que le expandía totalmente las pupilas.

Entró como una exhalación en la plaza y cruzó el vestíbulo. Divisó a Amanda, sentada en una mesa cubierta por una sombrilla. Se llegó hasta donde estaba y le ordenó que liquidara el servicio.

La joven, advirtiéndole su estado, se apresuró a obedecerle. Poco después, llegaban a su domicilio. Ya en la intimidad, Amanda se enteró con detalle de lo sucedido.

Molesta por todo lo que estaba ocurriendo, le confió a Caleb sus pesquisas y lo que había sabido de su padre. El joven sólo asentía, estremecido aún por los sucesos.

Por la tarde, sonó el teléfono. Era Butrón. Amanda y él intercambiaron palabras y acordaron una cita.

Al día siguiente salieron muy temprano. Caleb guiaba el auto por las montañas bajo el monumental aguacero que azotaba las cordilleras. Pensaba que al tal Butrón, con toda seguridad, se le había desajustado la chaveta y se había ido a vivir a lo más alto del macizo montañoso.

Tres horas tardaron en dar con él, entre divididos y solitarios caminos que se abrían paso por la apretada serranía.

Butrón era un hombre sesentón, de rostro inteligente, ojos vivaces, y muy poco pelo. Su calvicie se había acentuado casi por completo, y sólo tenía cubierta de canas la parte trasera de la cabeza.

Los recibió con seriedad y los pasó rápidamente al interior de la cabaña. Se trataba de una choza pequeña hecha de maderos naturales perfectamente

adosados. Afuera, la tormenta seguía cayendo con saña y los relámpagos y truenos se sucedían sin parar.

El hombre señaló el piso, donde se veían varios cojines. La pareja se sentó mientras recibían de Butrón una bebida servida en sendos vasos de cartón.

-Es aguardiente de miel que yo mismo he destilado. –dijo- Todo por acá es natural; nada de imitaciones.

Caleb apuró un buen sorbo y Amanda lo imitó. Algo caliente atravesó sus gañotes provocándoles una grata sensación de relajamiento.

-¿Y bien? –preguntó parcamente el profesor, mirando a la joven pareja.

Caleb le refirió toda la historia sin omitir ningún detalle. De cuando en cuando Amanda intervenía para subrayar algún punto que le parecía necesario recalcar.

Al terminar Caleb de relatar los hechos, Butrón se sumió por largo rato en la meditación y el mutismo. Después se levantó y entró en un cuartillo lateral. Varios minutos tardó en aparecer con un grueso libraco en la mano. Sobresalían entre los desgastados folios varias hojas decoloradas que contenían muchas notas escritas a tinta negra, medio borrosas por el tiempo.

Se sentó nuevamente frente a ellos, diciendo:

-¿De modo que no puedes recordar lo que decían, no es así?

Caleb asintió.

-Tengo por aquí algunas cosas que quizás sirvan –dijo el viejo- Te las iré diciendo, pero tendrás que esforzarte en recordar.

-Está bien –contestó Caleb-

Antes de iniciar, Butrón dibujó en torno a sus cuerpos un círculo de tiza en el piso de madera y pronunció algunas frases ininteligibles. En seguida abrió el libro y comenzó a leer.

Su voz era apenas audible entre los frecuentes estallidos de la tempestad. Pero Caleb y Amanda no perdían palabra de lo que decía. Por un rato leyó Butrón infinidad de versículos del extraño libro, sin detenerse.

*«Autx belac odagoha*

*Adnama cabrt adagoha*

*Saicimirp discendrt orujnoc*

*Onu et sod autx belac adnama»*

No es que las palabras y las frases que decía el profesor fuesen expresadas en un idioma conocido ni mucho menos, pero la pronunciación de esta última cuarteta, por alguna razón ignorada pero al mismo tiempo coherente, hizo cavilar profundamente a Caleb.

-¡Alto! –dijo- ¡Repita por favor eso último que ha dicho!

Butrón lo observó con una extraña mueca en los labios.

Volteó a ver a Amanda y sus ojos se encontraron como si fueran dos brasas de fuego. Amanda se estremeció y bajó la vista de inmediato.

El viejo, volviéndose al libro, repitió entre silabeos:

*«Autx belac odagoha*

*Adnama cabrt adagoha*



*Saicimirp discendrt orujnoc*  
*Onu et sod autx belac adnama»*

-¡Sí! –exclamó Caleb- ¡Eso era! ¡Eso decían! ¡Es lo que todos ellos repetían!

\* \* \*

Recogida entre los brazos de Caleb, Amanda no dejaba de pensar en todo lo que el viejo Butrón les había revelado en la soledad de la alta montaña. De tan sólo recordarlo, un escalofrío le recorría la espalda y algo duro y pesado se le formaba en el centro del estómago.

Caleb se había quedado dormido ya de madrugada, pero ella no había podido pegar los ojos en toda la noche. ¡Aquello era demasiado! Cuando el resplandor de las primeras luces asomó por los ventanales de cristal, se separó del abrazo de su esposo y se levantó de la cama.

Fue hasta la salita y se le quedó mirando al vetusto libro que Butrón les había entregado el día anterior, prestado por unos días. Se sentó frente a él y dudó un poco en abrirlo. Recordaba lo que el viejo y calvo erudito les había recomendado antes de que abandonaran la cabaña.

Amanda volvió a turbarse, pero en el fondo estaba decidida a hacerlo. Aun cuando Caleb no estuviera de acuerdo, ella buscaría la manera de enterarse de todo. Un fuego profundo avivaba sus instintos y no iba a cejar en su propósito sólo porque el viejo Butrón lo hubiera dicho.

Se inclinó y abrió las rancias solapas encuadernadas. Leyó por largo rato sin despegar la vista de las amarillentas hojas. De vez en cuando se volvía para mirar la puerta abierta de la recámara a fin de vigilar a Caleb, quien continuaba durmiendo profundamente.

Hubo un momento en que, habiendo llegado justamente al párrafo donde se hallaban escritas las frases que Butrón pronunciara solemnemente en la cabaña, la chica sintió extrañas presencias que comenzaban a manifestarse con insólito vigor a su alrededor.

Espantada por el tremendo efecto de terror que le producía el enrarecido ambiente, recordó que el viejo les había facilitado la tiza y el conjuro que debía pronunciarse antes de releer alguna de las cabalísticas cuartetas y sextetas escritas en el libro.

Amanda no quiso seguir, temerosa de echarlo a perder. Pero sí creyó conveniente asegurarse de tener a la mano los elementos del conjuro para continuar explorando a solas, en los momentos que le fueran propicios.

Pero por ahora, tenía que encargarse de los víveres. Se duchó, le dejó una nota a Caleb, y se fue de compras al supermercado.

Media hora después, cuando Caleb abrió los ojos, una rara sensación lo embargó por dentro. Como un autómatas abandonó la cama, se vistió, y como si estuviera obedeciendo a una voz invisible, se encaminó hacia el río.

Cuando llegó a la ribera, entre los numerosos bateles que se mecían suavemente sobre la superficie, se movilizaban cientos de asexuados pequeñuelos de ojos

rasgados y piernas cortas, como las de los enanos, que se divertían ruidosamente rociándose con agua y lanzándose al río entre el bullicioso aquelarre que sólo Caleb podía ver y escuchar.

Una multitud de brazos y manos se revolvían invitándolo a acercarse. Caleb, como un hipnotizado, se detuvo muy cerca de la orilla. Desde allí escuchó el cuchicheo de voces que pronunciaban al punto la frase, aquella frase que había oído desde que era pequeño, y cuyo desconocido significado aun no había podido adivinar.

*«Autx belac odagoha*

*Adnama cabrt adagoha*

*Saicimirp descendrt orujnoc*

*Onu et sod autx belac adnama»*

Pero en esta ocasión, el joven lo escuchaba todo como un canto, como una entonación, como una rara nota musical compuesta de estrofillas que le provocaban intensas sacudidas.

El murmullo de la sonata cantarina se intensificó y un grupo de pequeñuelos dejó los bateles para llegarse hasta Caleb. Tomándolo por los brazos lo fueron acercando a la orilla mientras los cánticos aumentaban de tono y el ritmo se hacía más veloz, todo ello con una intensidad avasallante.

La multitud de enanos había dejado de lanzarse al agua para contemplar con cáusticas sonrisas el esperado arribo de Caleb al polo de la ribera. Lo fueron metiendo lentamente en el agua hasta que ésta le cubrió las rodillas. Y entonces se hizo el silencio.

Ese silencio, después de la desvergonzada y escandalosa batahola, venía a ser una suerte de preámbulo inconcebible que auguraba, sin duda, el advenimiento de un suceso mayor.

En medio del aciago silencio, de aquel silencio que cortaba el tiempo, se escuchó la voz de uno de los enanos que profería solemnemente:

*«Autx belac odagoha*

*Adnama cabrt adagoha*

*Saicimirp descendrt orujnoc*

*Onu et sod autx belac adnama»*

Un sordo griterío se levantó de pronto y los juegos volvieron a desbordarse con más estridencia que antes.

Intempestivamente, cientos de enanos comenzaron a saltar sobre el dorso de Caleb, quien se agitaba y se doblaba al sentir el enorme peso de sus gravosos cuerpos sobre sus espaldas.

No pasó mucho tiempo para que Caleb se fuera derrumbando sobre las aguas, en tanto que la multitud enardecida no dejaba de echársele encima sin piedad, hundiéndose como se hundía el cuerpo de su víctima.

El ritual acabó muy pronto; casi tan pronto como había comenzado.

Cuando la legión de diminutos hombrecillos desapareció del escenario ribereño, el inmóvil cuerpo de Caleb no se veía por ningún lado.

\* \* \*

A pesar de la tormenta, el auto avanzaba a gran velocidad por el montañoso camino de curvas, a riesgo de volcarse en alguna de las peligrosas espiras.

Amanda, empero, no estaba dispuesta a aminorar la marcha por ningún motivo. Además, la cita con Butrón era a las cuatro.

Cuando el auto penetró en el sendero que conducía a la cabaña, Butrón ya la esperaba parado en el porche de troncos de pino.

Poco después, Amanda entraba con el profesor en la sala para ir a sentarse sobre los cojines.

-¿Qué es lo que ha pasado? –le preguntó Butrón-

-¡Caleb ha desaparecido! –exclamó la chica- Lo he buscado por todas partes sin resultado.

Butrón se rascó la barbilla mientras miraba con atención a la joven.

-¿Estás segura de que no se pudo haber ido a ningún otro lado?

-¡Claro que no! Conozco bien a mi esposo y sé que no lo haría sin avisarme.

El hombre no contestó. Pensó por largo rato mientras la chica lo miraba suplicante.

-Está bien –le dijo- Haré la investigación y sabremos en dónde está.

-¿Puedo quedarme para ver?

-Lo siento –dijo él- Tengo que hacer eso en privado. Pero puedes esperarme afuera.

La joven asintió, un poco desconsolada.

Salió de la estancia para ir a sentarse en el piso de troncos, y esperó. La tarde caía lentamente y los negros nubarrones volvían a amenazar tormenta.

No pasaron ni diez minutos cuando las gruesas gotas comenzaron a golpear el techo y el porche. Amanda se levantó y fue a acomodarse con el cuerpo pegado a los troncos de la pared.

Cuando Butrón abrió la puerta, media hora después, la joven advirtió que tenía el ceño fruncido.

Rápidamente se lanzó hacia él y le preguntó:

-¿Ha averiguado algo? ¿Sabe en dónde se encuentra?

El viejo movió la cabeza.

-¡Por favor dígame en dónde está!

-Lo siento mucho, Amanda... tendrás que ser fuerte.

A la joven casi se le salen los ojos de la cara.

-¿Qué quiere decir? ¡Vamos dígame....!

-Ellos han actuado. –dijo lacónico- Seguramente advirtieron algo y se nos adelantaron.

La chica lanzó un sollozo que a Butrón le estremeció el corazón. Lloró abrazada a él hasta que los espasmos fueron cesando. La noche había caído en la montaña, pero afuera, no paraba de diluviar.

Butrón le dijo:

-No será conveniente que te marches ahora. Seguro te estarán vigilando. Quédate conmigo y mañana buscaremos el cuerpo. Necesitamos rescatarlo antes de que ellos vuelvan a utilizarlo.

Amanda no le contestó.

El profesor le cedió su recámara después de hacerse un espacio en la sala.

Al día siguiente descendieron a la ciudad. Butrón le pidió a la joven que se detuviera frente a una tienda de autoservicio. Bajó, compró algunas cosas y volvió al auto diez minutos después. Llegados a la ribera, rentaron un bote de motor y fue el propio profesor quien condujo la lancha hasta el centro del río.

Con el rostro inexpresivo y las ojeras oscuras, Amanda lo miraba actuar sin hacer ningún comentario.

Butrón se sentó, se hizo de un platito de plástico y lo depositó en el fondo de la embarcación. Sacó después una vela de cera y un encendedor, y prendió la mecha. Dejó que la flama quemara la cera y la inclinó sobre el centro del plato. Luego, la pegó firmemente en el fondo.

Acercándose a la quilla, depositó el platito sobre la superficie del agua. Después, esperó.

Amanda había seguido las maniobras de Butrón en silencio, pero sobreponiéndose, quiso indagar lo que hacía preguntándole:

-¿De qué se trata todo esto, profesor?

-Aguarda y lo verás. –dijo Butrón-

Al principio, el plato se convirtió en una suerte de rehilete sobre el agua, y comenzó a girar velozmente bajo el impulso de las encontradas corrientes superficiales. Pero no pasó mucho tiempo para que se fuera deslizándose lentamente, como si siguiera una ruta propia.

Butrón activó la marcha y siguió lentamente el curso de la vela sobre el río. El platillo avanzaba hacia un punto; se detenía; giraba en círculos, y volvía a desplazarse hacia otro polo. Entonces Butrón lo seguía de cerca pero sin interferir en nada su curso.

Amanda ya se había incorporado y ahora acompañaba al profesor en la observación del insólito ritual acuático. Hubo un momento en que el plato, con la vela brillando dentro de sí, se lanzó con extraordinaria velocidad hacia un punto situado unos cincuenta metros más allá.

Butrón acercó la lancha con sigilo y en sus ojos brilló una luz de sospecha que Amanda no advirtió. La escudilla se detuvo por completo durante varios minutos en un determinado punto del río, para después comenzar a girar vertiginosamente.

El profesor esperó pacientemente hasta que, convencido de que había localizado lo que buscaba, comenzó a quitarse las ropas.

Amanda le preguntó sorprendida:

-¿Qué es lo que hace usted?

-Tengo que darme un chapuzón, pero no tardaré. –contestó impávido-

Cogiendo un manojo de cuerdas, le dijo:

-Tú espérame aquí. Y si ves o sientes algo raro, hazte el círculo y pronuncia estas palabras –dijo, dándole un papel doblado-

La joven asintió, con el ceño fruncido.

Butrón se arrojó al agua con los pies por delante y las cuerdas en la mano. Varias veces se sumergió y salió a la superficie sin decir nada. Butrón repitió las maniobras sin que Amanda alcanzara a comprender lo que hacía. La chica lo miró desaparecer y emerger sucesivamente, sin saber el verdadero propósito de su búsqueda.

Media hora después, por fin se trepó a la lancha. Sacudiéndose el agua, le dijo:

-Ya está. Ahora sólo tengo que jalar la cuerda.

Butrón colocó la punta del chicote en la polea y se dio a tirar de la bobina lentamente hasta que un bulto fue emergiendo por un costado de la embarcación.

-¿Qué es eso? –preguntó Amanda, con el rostro desencajado.

-Amanda, no quiero que veas nada. Te he dicho que seas fuerte, y tendrás que serlo más ahora que hemos encontrado a Caleb.

Los gritos de Amanda fueron tan desgarradores, que el mismo Butrón, que presumía de ser un hombre frío, no pudo evitar estremecerse a causa del dolor de la chica.

\* \* \*

Después de las exequias, Amanda no quiso ver a nadie.

Su encierro se volvió permanente, y ni sus familiares ni sus amigos pudieron sacarla de su estado depresivo.

Sólo el profesor Butrón, el amigo de su padre, no dejaba de visitarla, aunque pocas eran las palabras que podía cruzar con ella.

Pero a casi un mes de los funerales, Amanda comenzó a dar visos de recuperación.

Una semana después, ella misma buscó a Butrón. El profesor se alegró mucho de que la chica se esforzara en soportar la adversidad, y esa misma tarde forjaron el plan que Caleb, para su infortunio, no había podido concretar con éxito.

Se retiraron por varios días a la cabaña de Butrón, donde podrían trabajar sin problemas.

Lo dispusieron todo sobre el pisito de la sala de madera, y el profesor hizo el círculo protector pronunciando el consabido conjuro. Abriendo el libro, comenzó a explicarle a Amanda todo lo que sabía acerca del maléfico poder de los duendes.

Pero del extraño significado de la quarteta; aquella frase enigmática que encerraba la clave de lo que estaba sucediendo, Butrón se negó a hablarle hasta que todo hubiese concluido. Y aunque Amanda no estuvo de acuerdo, tuvo que conformarse con la terminante decisión del profesor.

Por tres días se mantuvieron ocupados trabajando en lo suyo. Ahora el paradigma era acabar con la maldición que Caleb había venido arrastrando por generaciones.

El profesor le fue explicando a la joven la forma como operaban los anatemas cuando ha existido en el pasado algún pacto o alianza con alguna fuerza oculta.

Le reveló que algunas de estas condenaciones, en muchos de los casos, llegaban a alcanzar a los hijos, a los nietos y hasta a los biznietos, sin que ninguno de ellos pudiera ni siquiera llegar a saberlo.

Tal había sido el caso de Caleb, aunque en aquellos momentos era totalmente inútil conocer todo eso.

Lo que realmente importaba -le dijo el profesor- era hallar el modo de que las tales fuerzas retornaran al cono del tiempo de donde habían provenido.

Butrón y la joven lo prepararon todo para el viernes siguiente.

Y llegado el momento, con todas las precauciones del caso, se protegieron con los conjuros salidos del libro de Butrón, y dibujaron un doble círculo de tiza blanca sobre el piso, donde debían permanecer protegidos.

Pero la mejor arma que tenían a su disposición eran las enormes lunas que Butrón había mandado colocar en una de las paredes de la cabaña, las cuales habían cubierto con un impresionante cortinaje que ellos podrían accionar desde el lugar donde se encontraban.

Lo probaron todo sin dejar un solo detalle al azar. Y esa noche, la noche de viernes, pusieron manos a la obra.

El profesor Butrón y Amanda, con sendos espejos colgando del cuello, empezaron a pronunciar las sextetas prohibidas que acumularían las fuerzas en su derredor, provocando la aparición.

No pasó mucho tiempo para que se empezaran a escuchar los primeros alaridos. Eran chillidos como de niños, acompañados de una serie de bullicios y alharacas igual a las que Caleb escuchara en sus sueños, y a las que advirtiera entre los bateles en la ribera del río.

Amanda se estremeció ante semejantes sonidos del infierno y se apretó contra el cuerpo del profesor en un intento por detener los conjuros. Pero Butrón sabía que no podrían volverse atrás.

Los primeros enanos aparecieron sobre las sillas, montados unos sobre otros, como intentando hacer cuadros piramidales entre bromas y risotadas. Reían a carcajadas mirando hacia todos lados, batiendo palmas, saltando y brincando, bailando y moviéndose sobre sus cortas patas.

Su presencia se multiplicaba prodigiosamente, y en pocos minutos había cientos de ellos dentro de la cabaña. Algunos comenzaron a tirarse los cojines, entre risas y carcajadas demenciales.

El profesor y la chica no dejaban de pronunciar la invocación mágica. Butrón sabía que necesitaba reunirlos a todos antes de dar el siguiente paso. Era curioso, pero los enanillos, al parecer, no podían ver a la pareja. El círculo de

tiza y el conjuro eran su más poderosa protección. Pero fuera de allí, cualquiera de los dos sería vulnerable y podía ser atacado por la turba demoníaca.

Cuando el profesor supo que la legión estaba convocada, tiró del cintillo que desveló la cortina de la pared. Los gritos y aullidos se dejaron sentir como los más impresionantes ecos del infierno. Uno a uno los duendes fueron desapareciendo entre el fragor de un fuego extraño que dejaba un olor a hueso quemado.

Mas cierto grupillo de duendes, adivinando la treta, comenzaron a girar sus cuerpos con una velocidad impresionante, moviéndose como un tornado por toda la estancia. Era inminente que fuesen a chocar con el profesor y la chica, que no pudieron sustraerse al impacto del golpe, y fueron a caer fuera del círculo.

Otro grupo de duendes cayó sobre cada uno con fuerza impresionante. Los alaridos de terror que Amanda profería podían oírse aún por encima del diabólico bullicio que los enanos producían.

Pero el profesor, cogiendo el espejillo que llevaba al cuello, lo levantó frente a su rostro y lo expuso ante la turba. Los duendes se esfumaron como por arte de magia.

Acudiendo en ayuda de la joven, repitió la operación arrastrándola con rapidez hacia el interior del círculo.

Media hora después no quedaba un solo duende visible.

La pesadilla había terminado.

\* \* \*

La cena había estado deliciosa, y Butrón se lo dijo a Amanda mientras le daba las gracias por la invitación.

La chica sonrió agradecida.

Cuando el profesor se levantó del asiento, Amanda le preguntó:

-¿Mandó quitar los espejos, profesor?

Butrón sonrió con desenfado.

-Bueno –dijo- Después de la guerra de guerrillas que enfrentamos, hasta a mí me gusta verme de cuerpo entero en esas lunas.

Amanda se carcajeó. Y también Butrón.

Ambos sabían que lo peor había pasado.

Amanda pensó en Caleb, pero ya no sufría. Había aprendido que de nada le serviría sufrir.

El profesor se dispuso a salir. Amanda, parada en la puerta, lo vio abordar el jeep.

Butrón encendió el motor y se deslizó lentamente por la calle. Pero unos metros más allá, se detuvo.

Amanda se sorprendió y salió hasta el pórtico a recibirlo.

El profesor caminó hacia ella y metió la mano en la bolsa de su chaqueta.

-¡Qué mala cabeza soy! –le dijo- Me olvidé que tenía algo para ti.

Sorprendida, la joven tomó el sobre.

Vio cuando las luces del vehículo se perdieron en la sombras.

Entró en la casa y abrió el sobre apresuradamente. Un extraño sentimiento le colmaba el corazón, llenándola de ansiedad.

Sacó la hoja de papel y la depositó sobre la mesa. Allí pudo leer el secreto que por fin Butrón le revelaba.

*«Autx belac odagoha*

*Adnama cabrt adagoha*

*Saicimirp discendrt orujnoc*

*Onu et sod autx belac adnama»*

*«Autx caleb ahogado*

*Amanda cabrt ahogada*

*Primicias discendrt conjuro*

*Uno et dos autx caleb amanda»*

El corazón le dio un vuelco.

Ella y Caleb habían tenido el secreto a la mano, pero no habían sabido interpretarlo.

Suspirando profundo, tomó la hoja de papel, entró en la cocina y encendió el quemador. Luego, metió la punta de la hoja.

Esperó a que las llamas terminaran de abrasar el papel, y después, lo tiró a la basura.

Los últimos restos de la flama se le quedaron grabados en la mente.

Pero Amanda sabía que el fuego purifica.

Y había que purificar ese conjuro para siempre.

***Alejandra Pinal***

México

[alejandrapinalpinal@yahoo.com](mailto:alejandrapinalpinal@yahoo.com)



## *EL BAILE DE LAS NINFAS*

Sólo un hechizo puede ser la causa. Los muslos cansados y pies hinchados cargan un cuerpo de piel canela que en alguna época fue frágil y coqueto, envuelto en un vestido blanco que le cubre hasta las rodillas. Corre por los cerros, sin velocidad, porque un peso que no desea se lo impide. Mientras pareciera huir, sus mejillas se vislumbran húmedas y sus ojos, esas grandes perlas de miel, dejan caer tímidas lágrimas. Cuando Diamela llega a lo más alto de uno de los montes, se sienta a observar el mar, se apoya en el verdor de los suelos y descansa apesadumbrada y triste.

Detrás de su cabellera azabache, escucha una música, la melodía de un flautín. Se embriaga con sus notas y camina hacia un bosque. Uno que jamás ha visto. La música la lleva de la mano por el arco iris que se filtra por las ramas de los grandes árboles y la detiene, donde un grupo de mujeres baila. Parecen mariposas, moviendo sus brazos delicados, agitándolos hacia fuera, hacia adentro. Damiela, por fin, sonríe. Un hermoso espectáculo está frente a ella. Siente deseos de bailar. Todas ellas, al verla, sin dejar sus plácidos movimientos, se acercan. Le muestran lo hermoso del bosque, mientras centauros tocan bellas melodías con flautas y flautines. Las hadas se columpian en lianas transparentes que caen desde las alturas y en el centro, aguas de múltiples colores, rodeadas de caracoles, cubren a una mujer. Damiela se siente impulsada a besar el suelo y pronuncia inconsciente el nombre de Yemayá. La diosa vestida de un azul profundo adornado de collares de siete cuencas de cristal y una corona de caballitos de mar le muestra su vientre abultado. Un niño se protege en él, un santo que parió el mar y Damiela comienza a llorar, porque su cuerpo esconde otro niño que también parirá el mar.

Luego, las ninfas llevan a Damiela a un lugar maravilloso, donde miles de niños juegan con esferas de plata y espumas celestiales disfrutando en su inocencia. Los pequeños giran alrededor de Diamela, la toman de su vestido y la invitan a jugar. La joven sonríe, pronto ella le entregará al mundo un niño más, uno que ella no quería, uno que ahora añora.

La escena encantada se va nublando, mientras las ninfas en su continua danza la devuelven a la realidad y Diamela despierta en el alto del monte, siempre frente al océano, porque es ahí, donde está quien la hechizó de amor, el que desnudó su cuerpo y le entregó su semilla. Diamela sabe que en un barco lejano se encuentra, en algún lugar del mundo sobre las aguas. Las ninfas bailan en su mente y le dan fuerzas, porque ya no llora. Sabe que una parte de él está por siempre en su vida, pero aún así, sólo pide frente al mar que Neptuno lo traiga de vuelta y que Yemayá atrape el ancla al llegar y no la suelte jamás.

***Alejandra Planet Sepúlveda***

***Santiago, Chile.***

**[alejandraplanets@hotmail.com](mailto:alejandraplanets@hotmail.com)**

## ESCLAVOS DEL TIEMPO

El ruido del tráfico sacudió su mente, Rafael volvió a mirar su reloj con desesperación. Llevaba un buen rato esperando, su cliente no aparecía, tenía además una cita al cabo de media hora en un barrio de las afueras.

"¡Cielos! Llegaré tarde a la otra cita". Exclamó, víctima del nerviosismo que se apoderaba de él.

Rafael vivía esclavo del tiempo, pasaba la mayor parte de su vida pendiente del reloj. Echó a andar rápidamente, bajó tres calles, luego torció a la derecha cogiendo la avenida, al llegar a la plaza se perdió en el interior del aparcamiento subterráneo, para reaparecer al cabo de unos minutos montado en su coche. Tomó la avenida directamente hasta las afueras de la ciudad, cogió el desvío de uno de los cinturones de autopista que la rodean. Iba mirando el reloj de su coche de vez en cuando, creía que el tiempo se le echaba encima. Su vida era una continua carrera contra el tiempo, siempre pendiente de los relojes, siempre llegaba tarde.

Por las noches llegaba a casa estresado, se preparaba una cena rápida o llamaba a algún servicio de comidas a domicilio, mientras cenaba leía el periódico y miraba las noticias. Finalmente, tras una breve ducha se iba a la cama y se sumía en el mundo de los sueños. Los sueños de Rafael eran un tanto frenéticos, al igual que su vida, una lucha total y abierta contra el tiempo.

Aquella noche en particular soñó que era un atleta y corría por el campeonato del mundo de velocidad. La prueba eran los cien metros lisos, junto a él los mejores del mundo. Sonó el disparo y salieron todos a gran velocidad. Rafael corría con todas sus fuerzas, la coordinación de sus músculos y cerebro era total, funcionaba a la perfección, la única meta superar el tiempo. Corrió con todas sus ansias e iba distanciándose de forma bien perceptible de los demás atletas, al mismo tiempo que su velocidad iba aumentando uniformemente. El resultado fue impresionante, supero a los demás en algo más de dos segundos al llegar a la meta, batiendo todos los récords registrados hasta el momento.

La alegría de Rafael era grande y no lo disimulaba en absoluto:

"He vencido, soy más rápido que nadie en el mundo, soy grande, he superado el récord".

De pronto la voz de su conciencia le habló:

"Rafael, Rafael, eres rápido, muy rápido, pero piensa que has batido un récord de velocidad establecido por otra persona, aún no has sido capaz de superar al propio tiempo".

Su alegría decayó de repente, era verdad, no había vencido al tiempo.

Por la mañana se despertó con un regusto amargo. Como siempre se tomó su café con leche y magdalenas en la cafetería que estaba debajo de su casa. Comenzó un nuevo día que como todos iba a ser una carrera abierta contra el reloj.

A las siete en punto salió disparado en su coche rumbo a la ciudad, sabía que iba a toparse con el atasco de todas las mañanas en la autopista, con el consiguiente retraso de media hora aproximadamente, después vendría el caos de circulación de la ciudad y que tardaría otro tanto de tiempo en llegar a la oficina. Una hora y media mas o menos en llegar a su trabajo, no estaba mal para un recorrido de unos 15 o 16 kilómetros.

A las 8:30 menos unos minutos Rafael había llegado a su oficina, el teléfono estaba ya sonando insistentemente, como anunciando el comienzo de lo que iba a ser un día frenético. Después de una charla telefónica y concertar una nueva cita, se sacudió la cabeza. Escuchó los mensajes del contestador y echó una mirada a las notas que le había dejado su secretaria, se programó el trabajo el día, la mayor parte de él iba a estar en la calle dando tumbos de un lugar a otro con el tiempo cayéndosele encima. Comería en un restaurante de comida rápida y masticando todavía el último bocado echaría a correr de nuevo.

Aquella noche su sueño fue de lo más movido, se hallaba en el interior de un enorme reloj, sumergido en una loca carrera contra el segundero, corría, corría con todas las fuerzas que era capaz de sacar. Tic, tac, tic, tac... El segundero seguía su curso impasible, él por mas que se esforzase no podía ir más deprisa que la aguja, se hallaba extenuado, no podía correr mas, sus piernas eran dos trozos de madera que se movían por simple inercia. De pronto paró y se dijo:

"Si corro contra el segundero, no lo alcanzo nunca, acabo agotado y se pierde lejos, muy lejos, pero si me detengo y lo espero aquí habré llegado antes que el. Así le habré ganado la batalla".

Aquello fue lo que hizo Rafael. Al cabo de unos momentos vio la aguja acercarse. Tic, tac... con su movimiento constante e imparable.

"Sí, sí, corre, yo ya estaba aquí por lo tanto he llegado antes que tú, te he vencido".

La aguja siguió su curso y pasó por delante de Rafael que se sonreía al verla pasar. Tic, tac... Andaba la aguja sin detenerse hasta que volvió a desaparecer. Rafael no cabía en sí de alegría, había vencido al tiempo, hasta que de pronto su cara cambió.

"Un momento, un momento, yo no he vencido a nadie, ni he luchado contra nadie, lo único que he hecho es detenerme a observar el paso del tiempo".

Rafael se sumió en una tristeza indecible, insoportable...

BIIIIIPPPPP, BIIIIIPPPPP, BIIIIIPPPPPP... Sonó el despertador.

Rafael se levantó con el sabor de la derrota, su obsesión le llevaba a los límites de lo absurdo. No tuvo demasiado tiempo para pensar en ello, tenía que darse prisa en ir a trabajar. Un día mas corriendo de un lado a otro, pendiente del reloj, sin apenas tiempo para detenerse a respirar y una oficina en la que no podía estar dos minutos sin que el teléfono le recordara quien era. Añadiéndole además que aquel día iba a tener lugar la visita de los altos cargos de la empresa. Menudo día le esperaba.

Rafael estaba francamente agotado después del día tan ajetreado que había tenido. Llegó a casa, apenas tenía ganas de comer, puso una pizza congelada en el microondas y la comió mientras veía las noticias. Después de una ducha superrápida cayó de lleno en la cama, bastaron solo unos momentos para sumirse en el más profundo de los sueños.

De pronto se halló en un lugar totalmente desconocido para él. Estaba en un lugar entre las estrellas, donde se iba a celebrar la carrera mas fantástica del universo, los atletas debían cabalgar sobre los rayos de la luz, aprovechando la velocidad de estos y la suya propia, deberían ver quien era el más rápido en cruzar las distancia entre dos mundos, en un juego de velocidad-tiempo.

Al iniciarse la salida los atletas salieron como una explosión. Sólo hay que imaginar a los atletas mas veloces del mundo con su velocidad unida a la de la luz, el resultado es fascinante. Rafael hizo uso de todas sus fuerzas, corrió como un descosido, toda su voluntad, todas sus fuerzas puestas en su empeño, realizó tal esfuerzo de voluntad, valor, coraje, que se vio premiado con el primer puesto de la carrera. Sí, aquella vez lo consiguió, con su destreza, habilidad y un juego de velocidad-tiempo, había sido más rápido que el propio tiempo, además de ser el mejor en superar la prueba.

Por la mañana no hizo falta ni que sonara el despertador, se levantó con la miel del triunfo en su haber, bajó rápido a la cafetería a celebrarlo. Mientras desayunaba no paró de incordiar al camarero con su logro, eufórico como estaba no se dio cuenta de las miradas de los demás clientes y hasta del propio camarero.

Al salir de la cafetería para ir a trabajar, el único comentario que hizo el camarero fue: "Este Rafael no está bien de la cabeza". Hubo un asentimiento general de la clientela.

Al día siguiente nadie echó de menos a Rafael en la cafetería. El camarero echó una ojeada al periódico local, le llamó la atención en especial una noticia de la página de sucesos, decía que un vecino de la localidad cuyas iniciales eran R.F.M. había tenido que ser ingresado en el hospital psiquiátrico, al ser víctima de un desorden psíquico de confusión espacio-temporal, puesto que creía ser más rápido que el tiempo.

—Pobre Rafael —Dijo el camarero.

***Bartolomé Adrover Guerrero***

***Mallorca***

**[Tomeu\\_adrover@wanadoo.es](mailto:Tomeu_adrover@wanadoo.es)**

## SUSANA Y EL UNICORNIO

Ese amanecer, cuando fue con su padre a la cuadra, se sorprendió al ver un unicornio... Inconfundible en su blancura, en su reluciente y larga crin, en su cuerno afilado, en el halo que lo envolvía, un unicornio pastaba entre los caballos.

Le gustaba ir bien temprano para escoger el animal de su gusto; le complacía ver como los ensillaban y ayudaba a cepillar sus crines. Pero esa mañana se había quedado sin palabras, contemplando el brillo de nube de aquel ser de leyenda, más antiguo que el tiempo, mezclado entre los caballos que se alquilaban para hacer prácticas de equitación.

- A esta niña parece que los ratones le comieron anoche la lengua – le dijo el granjero - ¿A quién te ensillo hoy, al Moro o a Linda?
- Por favor, **quiero que me ensille al unicornio.**
- ¿Qué? – dijeron su padre y el granjero al unísono.
- Aquel blanco, brillante...

Iba a decir “del cuerno en la frente”; pero se percató de que **nadie veía lo que ella.**

- ¿El nuevo? – sonrió el granjero - No le habíamos puesto nombre; el dueño lo vendió porque no sirve como animal de tiro... las patas muy finas. Le pondremos Unicornio, si te parece bien, aunque no sé si se deje montar por una niña, es un poco rebelde.

Susana corrió junto al unicornio.

**“Lo has visto, ¿verdad?”**, le dijo él con voz cantarina, que ella comprendió **que nadie más escuchaba.**

- Lo he visto - respondió, fascinada - pero, ¿por qué yo?

**“El hombre solamente puede ver aquello en lo que cree, por eso ha dejado de ver ángeles, demonios, hadas y unicornios. Al ser confundidos con criaturas naturales nos vamos adocenando, terminamos trabajando para él, en cuadras, circos, parques, fiestas, hasta que un día nos llega el olvido. Cada vez somos menos, apenas quedan dos o tres hadas, excelentes niñeras; algún demonio se alquila en fiestas como traga fuegos, conozco un ángel trapecista... Soy el último de mi especie.**

**A veces, alguien nos ve, humillados bajo la montura, haciendo malabares, ejecutando actos de falsa prestidigitación; en esos momentos nuestra tristeza aumenta, pues nada ni nadie ha de cambiar el destino, una niña que aún cree en la magia no puede torcer el rumbo de su especie”.**

Susana no tenía palabras para expresar su pena. Se acercó al bellissimo animal y le acarició las crines. Él posó mansamente la cabeza en su hombro.

- ¿Quién lo diría? – dijo el granjero acercándose a grandes trancos – Ayer no se dejaba tocar. ¿Probamos a ensillarlo?

- No sé... – dudó ella, mirando al unicornio.

**“Acéptalo. Mejor que la primera vez sea contigo”.**

- ¡Claro, que no se diga que soy cobarde!

Toda la jornada, hasta que el sol, cambiando su brillo a tonos rosáceos, le anunció que ya era hora de regresar, cabalgó Susana en el unicornio, sintiendo su leve paso que apenas rozaba la hierba, disfrutando de su voz como música, descansando para verle pastar flores color malva, bebiendo del arroyuelo, sin saber como agradecer a la vida aquel regalo que le llegaba en los umbrales de su adolescencia, momento en que sería obligada a incorporarse al mundo de los mayores, mundo que su madre no supo nunca aceptar y que ella tendría que asumir, aunque para ello tuviera que admitir que donde veía unicornios había caballos, que donde hadas, señoras gordas con sombrero paseando cochecitos de bebés, que donde ángeles, vendedores de globos... “Dales lo que te pidan, amor mío, solo eso”, le parecía escuchar la frase de despedida de su madre antes de emprender el vuelo.

“No querrás terminar en un manicomio, como ella”, le decía alevosamente la vecina cuando la veía hablarle a las muñecas. Pero ella sabía que su madre no era aquella mujer de expresión ausente que languidecía en un cuarto de hospital, aquello era sólo la cáscara que había quedado cuando voló su alma a reunirse con los seres que poblaban las historias con que siempre la acunó. Su madre, compañera de las hijas del aire como la pequeña sirena de Andersen, disfrutaba al verla cabalgar en un unicornio.

No podía creer la felicidad que estaba experimentando, mezclada con la tristeza de lo irremediable: ***ella no estaría siempre ahí***. Al terminar sus vacaciones tendría que volver a su rutina y el unicornio sería un simple caballo de alquiler. Éste era un lujo que apenas podía permitirse dos meses al año, y esos dos meses tocaban a su fin.

- Te quiero.

Le dijo mientras marchaban en trote suave de regreso.

“Si de veras me amas, hay una cosa que puedes hacer por mí: trae mañana una lima resistente, de las que cortan las más gruesas cadenas”.

No dijo más, se encerró en un triste mutismo mientras era desensillado, llevado a la cuadra y encerrado en su cuartón. Allí quedó resplandeciente, inconfundible entre los caballos.

Susana había comprendido.

- Vendré temprano – le susurró en el oído antes de marcharse.

Una vez en casa, comió apresurada y dijo que tenía sueño; el padre lo entendió, había estado todo el día cabalgando. Era un alivio la afición de su hija por los caballos, así podía adelantar los trabajos de mantenimiento del parque, sabiendo que ella estaba en buena compañía... La de él, a pesar de todo su amor, no era la mejor desde el día en que tomaron la decisión irrevocable.

La niña sintió los pasos alejarse de su cuarto y saltó de la cama, para ir de puntillas hacia la caja de herramientas. Tomó lo que había ido a buscar y regresó a dormir, realmente estaba muy agotada.

Era noche cerrada aún cuando abrió los ojos, sabía que los peones y el granjero llegaban al romper el alba, así que debía apresurarse. Con una linterna en la mano emprendió el camino, tan conocido que podía haberlo hecho a oscuras.

Al llegar a la cuadra la saludó el perro Guardián, que meneó la cola sin ladrar. Saltó la cerca con facilidad y se encaminó a la puerta por donde asomaba aquella cabeza tan distinta de las otras. No temía a las reprimendas, estaba saldando una antigua deuda del hombre con sus creaciones, se lo debía a ella misma, al unicornio, a su madre...

Sin decir palabra, comenzó a limar la pesada cadena.

“Susana, ¿recuerdas que nuestra mayor tristeza es ser reconocidos?”

Ella asintió sin dejar de limar. Pronto llegarían los demás, había que darse prisa.

“Detente y mírame: serás el último ser humano en ver un unicornio”.

Ella obedeció, con lágrimas en los ojos, comprendiendo que la lima no estaba destinada a cadena alguna. Pensando en lo que sucedería si un poeta, un músico, un pintor, un loco, o quizás otro niño que había crecido entre cuentos de hadas, llegara un día a esta cuadra, o a cualquier otra - siempre sería atrapado - y distinguiera aquel unicornio ensillado, cabizbajo, trotando en círculos alrededor de la pista mientras era pateado por un chiquillo al que llevaban en contra de su voluntad a las clases de equitación.

Los sollozos se le agolpaban en la garganta.

“No se trata de ver unicornios donde corceles”, sentía la voz de su madre, “sino de ver en cada caballo el sortilegio del unicornio”.

- Entonces... – dijo, conservando aún una gota de esperanza.

“¿Te importaría cortarme el cuerno?”

***Marié Rojas***

***Cuba***

***[tgrafica@cubarte.cult.cu](mailto:tgrafica@cubarte.cult.cu)***



## ***ÍNDICE DE ILUSTRACIONES***

***PORTADA : JOSÉ LUIS FARIÑAS, CUBA***

***LA CITA: JOSÉ GÓMEZ FRESQUET, FREMEZ, CUBA***

***EL MAGO-MAGO: CARLOS DEL TORO ORIHUELA, CUBA***

***UNA HISTORIA DE AGUAS: CARLOS MORÉ LEONARD, CUBA***

***LA ISLA DE URA: VIVIANA WALCZAK, ARGENTINA***

***EL PUENTE: NORAIDA SUAREZ, CUBA***